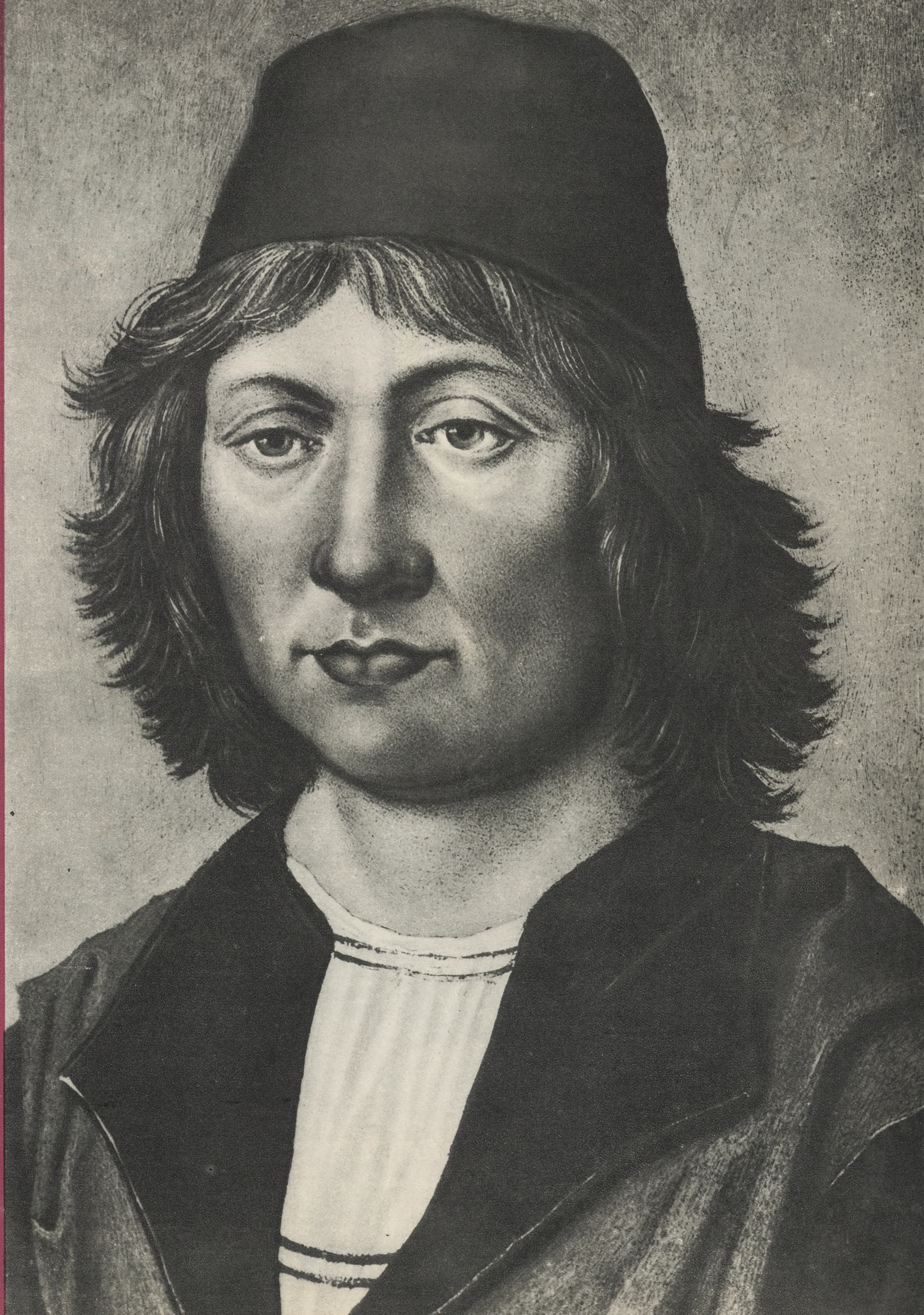


MUNDO HISPANICO



N.º 39 - 15 Ptas.

TEMA CENTRAL:
EL MEJOR MUSEO
PRIVADO DEL MUNDO
EL
LAZARO GALDIANO

OTROS TEMAS:
TESORO DE LOS
BRAGANZA

TANGER SEDE
INTERNACIONAL DE
LA VIDA COMODA

**SONRISAS PROFIDÉN
SONRISAS DE SALUD**



Defendiendo su dentadura, defenderá su salud.

Y la salud es fuente de vigor, de alegría y de optimismo, que permite gozar, plenamente, de todo momento de esparcimiento.

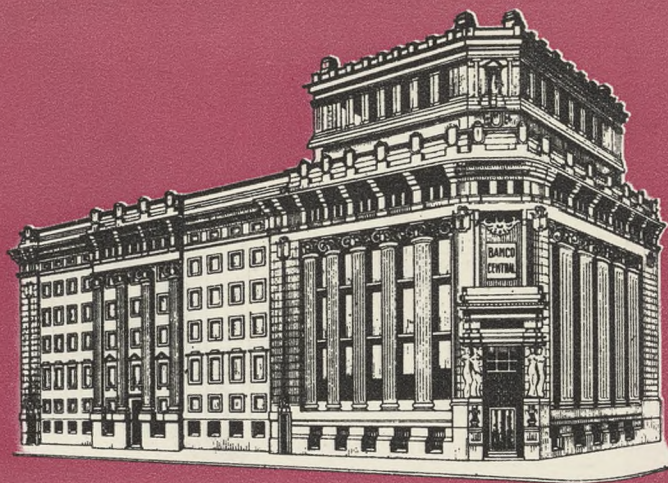
Cuide su dentadura acudiendo periódicamente al odontólogo, y cepílese, a diario, dientes y encías, con **Crema Dental Científica PROFIDÉN**, el dentífrico de toda garantía.



CREMA DENTAL CIENTIFICA

PROFIDÉN 

LABORATORIOS PROFIDÉN, S. A. • INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • Apartado 7051 • MADRID



BANCO CENTRAL

Alcalá, 49 y Barquillo, 2 - MADRID
OFICINA CENTRAL

279 Sucursales y 69 Agencias en Capitales y principales plazas de la Península, Islas Baleares, Canarias y Marruecos.

Capital en circulación 275.000.000 de ptas.
Fondos de reserva 275.000.000 de ptas.

Corresponsales en todas las plazas importantes de España y del Extranjero.

Aprobado por la Dirección General de Banca y Bolsa con el número 903.

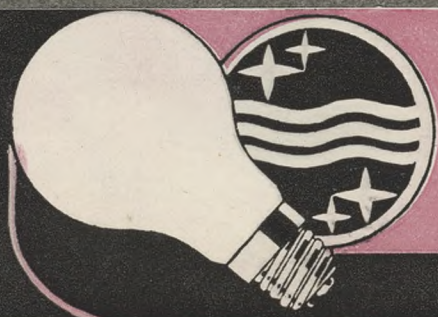
LA CULPA ES SUYA...



...Por algo las quieren

PHILIPS

Mejores no hay





TRANSPORTES AEREOS
PASAJEROS CARGA
PENINSULA - ISLAS CANARIAS
BALEARES - GUINEA ESPAÑOLA

AVIACION y COMERCIO

FLOTA: AVIONES «BRISTOL 170»

OFICINAS GENERALES: ADUANA, 33
(Esquina a Peligros) Teléfono 21 46 85 MADRID

DELEGACION MADRID: ALCALA, 42
(Edificio Bellas Artes) - Teléfono número 31 70 00

INFORMACION EN TODAS LAS AGENCIAS DE VIAJES

AEROTECNICA

PROYECTOS - ESTUDIOS - FOTOGRAFIA AEREA

Aerotécnica.—Obtiene perspectivas maravillosas y únicas de núcleos de poblaciones, fincas urbanas y rústicas, «chalets», fábricas, explotaciones forestales y agrícolas, pantanos, puentes, canales, etc., etc.

Arquitectos, Ingenieros, Contratistas, nuestras Panorámicas Aéreas facilitarán documentalmente vuestras certificaciones de obras.

Aerotécnica, a la vista de sus necesidades, le hará un completo estudio y presupuesto.

Aerotécnica ha editado una magnífica edición de postales denominada «Madrid Aéreo». De venta en todas las librerías y quioscos.

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA
Redacción y Administración: Serrano, 117.—MADRID

SUMARIO DEL NUMERO 66, CORRESPONDIENTE AL MES DE JUNIO DE 1951

(Número extraordinario dedicado al problema de la evolución biológica)

- Sobre la situación actual del problema de la evolución biológica, por *Emilio Palafox*.
- Origen del primer viviente orgánico, por *Jesús Muñoz, S. J.*
- La evolución vista por un genético, por *Richard B. Goldschmidt*.
- La evolución en el reino vegetal, por *Josefa Menéndez Amor*.
- Evolución y Paleontología, por *Bermudo Meléndez*.
- El desnivel entre lo físico y lo biológico, por *Francisco Ponz Piedrafita*.
- Sobre la noción de génesis evolutiva en Física y en Biología, por *Roberto Saumells Panadés*.
- La evolución desde el punto de vista de la Antropología, por *J. Kalin*.
- Poigenismo y evolucionismo a la luz de la Biblia y de la Teología, por *Teófilo Ayuso*.
- Crítica de la teoría de la evolución, por *Oskar Kuhn*.

SUSCRIPCION ANUAL, 125 PTAS. NUMERO SUELTO, 15 PTAS.

NUMERO ATRASADO, 25.

De venta en todas las buenas librerías.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

SUMARIO DEL NUMERO 21 (mayo-junio 1951)

- KARL VOSSLER: *Sobre la mentalidad del español.*—JOAQUIN RODRIGO: *Romancillo* («Lied» inédito, con nota crítica).—GREGORIO MARAÑON: *El Greco, otra vez más.*—J. LUIS L. ARANGUREN: *Lejanía y cercanía de nuestro tiempo a Dios.*—JORGE LUIS ARANGO: *Aurífices precolombinos: Los Quimbayas.*—A. MILLAN PUELLES: *Problema y misión de Europa.*—RICARDO KREBS: *Reflexiones sobre la cultura hispanoamericana.*—CINTIO VITIER: *Ocho poemas.*—L. FELIPE VIVANCO: *La escultura de Carlos Ferreira.*—CARLOS E. DE ORY: *La espera.*—DOLORES PALA: *Siluetas de Juan Sebastián Bach.* NOTAS.—Portada y dibujos del pintor español RAFAEL ZABALETA.

Dirección, Redacción y Administración: MARQUES DEL RISCAL, 3 - Teléfono 23 07 65 - MADRID (España)

MUNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL:
ALFREDO SANCHEZ BELLA

DIRECTOR:
MANUEL JIMENEZ - QUILEZ

REDACTOR-JEFE:
MANUEL SUAREZ - CASO

NUM. 39 - JUNIO 1951 - AÑO IV - 15 PESETAS

SUMARIO

	Pág.
Portada: AUTORRETRATO, POR BERRUGUETE	1
LOS LECTORES TAMBIEN ESCRIBEN y ESTAFETA	4
HERALDICA HISPANOAMERICANA, por Dalmiro de la Válgoma (ilustrado por Ferrer), y TABLONCILLO	5
BRASIL RECUPERA UN TESORO (reportaje gráfico de Sascha Arnisch)	7
PRIMER AÑO DE "CORREO LITERARIO"	11
EL MUSEO PRIVADO MEJOR DEL MUNDO, por Emilio Camps (fotografías Yustas y Müller)	13
VIDA Y PERIPECIAS DE D. JOSE LAZARO GALDIANO, por el Dr. Carlos Blanco Soler (ilustrado por Lorenzo Goñi)	19
ALGUNAS MARAVILLAS DEL MUSEO GALDIANO (reportaje en color, por Müller)	27
LAS ARTES EN EL MUSEO LAZARO GALDIANO, por José Camón Aznar	31
CALIFORNIA, RASTRO HISPANICO, por Carlos Manzanares (ilustrado por Eguía)	33
EN EL NORTE DE CHILE, COSTUMBRES Y TRADICIONES, por Pablo Garrido (ilustrado por Ubieta, y "fotos" del autor)	35
TANGER, SEDE INTERNACIONAL DE LA VIDA COMODA, por Fernando Sebastián de Erice (reportaje gráfico de Zubillaga)	45
ESTAMPAS CARTUJANAS, por Antonio González (ilustrado por Gabriel)	51

Colaboración artística de Luis González y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:
MADRID — ALCALA GALIANO, 4 — TELEF. 23-05-26
APARTADO 245—DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.)
PIZARRO, 17 — MADRID

Prohibida la reproducción de textos e ilustraciones, siempre que no se señale que proceden de MUNDO HISPANICO

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, MARSIEGA, S. A. (MADRID * HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) FOTOGABADO, FUGUET

ARGENTINA.—Queromon Editores, S. R. L. Oro, 2455.—Buenos Aires.
BOLIVIA.—D. Alfredo Prudencio. Librería Voluntad. Calle Comercio, 362.—La Paz.
COLOMBIA.—Librería Nacional, Limitada. Calle 20 de Julio. Apartado 701.—Barranquilla.
Carlos Climent. Instituto del Libro.—Po-dayán.
Librería Hispania. Carrera 7.^a, 19-49.—Bogotá.
Pedro J. Duarte. Selecciones, Maracaibo, 49-13.—Medellín.
COSTA RICA.—Librería López. Avenida Central.—San José de Costa Rica.
CUBA.—Oscar A. Madiedo. Agencia de Publicaciones. Presidente Zayas, 407.—La Habana.
CHILE.—Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1372.—Santiago.
ECUADOR.—Agencia de Publicaciones Seleccionadas. Plaza del Teatro.—Quito.
Nueve de Octubre, 703.—Guayaquil.
EL SALVADOR.—Emilio Simán. Librería Hispanoamericana. Calle Poniente, 2.—San Salvador.
ESPAÑA.—Ediciones Iberoamericanas, S. A. Pizarro, 17.—Madrid.
FILIPINAS.—Librerías y quioscos de Manila.
GUATEMALA.—Librería Internacional Ortodoxa. Séptima Avenida Sur, núm. 12.—D. Guatemala.
HAITI.—Librerías y quioscos de Puerto Príncipe.
HONDURAS.—Agustín Tijerino Rojas. Agencia Selecta. Apartado 44.—Tegucigalpa, D. C.
MARRUECOS ESPAÑOL.—Herederos de Francisco Martínez. General Franco, 28.—Tetuán.
MEJICO.—Juan Ibarrola. Libros y revistas culturales. Belisano Domínguez, 3-9.—Méjico.
NICARAGUA.—Ramiro Ramírez. Agencia de Publicaciones.—Managua, D. N.
PANAMA.—José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones.—Panamá.
PARAGUAY.—Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209.—Asunción.
PERU.—José Muñoz R. Mozón, 137.—Lima.
PUERTO RICO.—Librería «La Milagrosa». San Sebastián, 103.—San Juan.
REPUBLICA DOMINICANA.—Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Escofet, Hermanos. Calle Arzobispo Nouel, 86.—Ciudad Trujillo.
URUGUAY.—Germán Fernández Fraga. Durazo, 1.156.—Montevideo.
VENEZUELA.—Distribuidora Continental, S. A. Bolero a Pineda, 21.—Caracas.

✱

BELGICA.—Juan Bautista Ortega Cabrelles. 42, Rue d'Arenberg.—Bruselles.
Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, 14 a 22.—Bruselles.
BRASIL.—Livreria Luso-Espanhola e Brasileira, L. Livros Tecnicos e Cientificos. Av. 13 de Maio, 23, 4.º andar. Edificio Darko.—Río de Janeiro.
CANADA.—Comptoir au Bon Livre, 3703 Av. Dupuis, angle Ch. de la Côte de Neiges. Montreal.
DINAMARCA.—Erik Paludan. Fiols træde, 10.—Copenhague.
ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA.—Las Americas Publishing Company. 30 West, 12th. street.—New York, 11, N. Y.
FRANCIA.—L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles. 78, Rue Mazarine.—París (6^{ème}).
Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne. Réception Etranger. 8, Rue Paul Leong.—París (2^{ème}).
ITALIA.—Librería Ferial. Piazza di Spagna, 56.—Roma.
PORTUGAL.—Agencia Internacional de Livreria y Publicações. Rua San Nicolau, 119.—Lisboa.
VIENA.—Thomas Verlag. Renweg, 14. Zurich.

Los LECTORES también escriben

Montevideo, 1.º de febrero de 1951.

Estimado señor:

En mi calidad de lector asiduo de MVNDO HISPANICO me permito enviarle por la presente, relación de un hecho que considero de interés general y que le remito, a efectos de que de entenderlo digno esa dirección, se le publique en la sección «Tertulia de MVNDO HISPANICO».

Aunque parezca extraño, hay un error de información bastante frecuente en Iberoamérica, y en el Río de la Plata en particular, consistente en creer que el pabellón español que flameó en ciudades y fortalezas durante la época colonial, fué siempre y únicamente el rojo y gualda.

Tan es así que incluso los pintores que recogieron temas históricos de esa época padecieron del mismo error, induciendo, por tanto, a las generaciones posteriores, a perseverar en él. Puede comprobarse tal cosa, por ejemplo, con un cuadro existente en el Museo Histórico de Montevideo, debido al pincel, del a justo título uno de nuestros mejores pintores y de mayor empeño informativo, don Juan Manuel Blanes, al representar la ciudadela de Montevideo.

Sin duda que la búsqueda e información literaria no fué correcta, o que firmó el impresionismo o ensueño artístico.

La verdad, que es muy otra, es la que sigue, como usted, sin duda, sabrá:

La bandera de la autoridad española era blanca, según fué determinado por real decreto de Felipe V, el 28 de febrero de 1707, llevando sobre ese fondo las orfas rojas de San Andrés o cruz de Borgoña.

Dos reales ordenanzas, una, del 12 de julio de 1728, y otras, del 17 de marzo de 1734, que ratifica la anterior, establecen, para el emblema, el color blanco de la casa borbónica, pero determinan que en las banderas de coroneles o comandantes, las aspas rojas de Andrés se sustituyen por el escudo real.

De manera que la única bandera que flameó en todo lo que pertenecía a la gobernanación militar terrestre (ciudades, cabildos, fortalezas, ciudadelas, etc.) durante la época colonial, fué la bandera blanca con el escudo real en el centro. Y así son todas las banderas que de esa época se conservan en los museos de España y América.

El pabellón rojo y gualda fué instituído recién el 28 de mayo de 1785 por real orden de Carlos III y con destino expreso para la Marina de guerra, la que debía izarla junto a la bandera blanca con escudo real del Rey. Se hizo así para distinguir la flota de guerra española de la de otras naciones que usaban también el color blanco como distintivo.

Quiere decir que la insignia bicolor actual fué izada sólo a partir de 1785 y únicamente en todo lo que en América pertenecía a la autoridad naval (puertos, apartaderos navales, etc.).

Es de recordar que en España misma la bandera roja y gualda fué decretada nacional, recién en 1843, y es a partir de esa fecha, que se le izó en forma única y exclusiva en lo que restaba del viejo Imperio.

Queda así expuesto un punto que refuto interesante para la sección «Tertulia de MVNDO HISPANICO», acerca de cuya exactitud, así como del error que cito se comete con frecuencia por estas tierras, puede dar fe sin duda, la dirección del Museo Militar de Madrid.

Excuso el decirle que, de estimarse conveniente su publicación, quedan ustedes facultados para modificar la redacción, atentos a razones de espacio o por otras consideraciones, en la forma que lo crean necesario, máxime teniendo presente la maestría del buen decir y escribir que posee esa dignísima redacción de MVNDO HISPANICO.

Saluda a usted con la consideración más distinguida, s. s. s.,
Basilio Ernesto Valcárcel Pérez

S. c., calle General Luna, 1.180. Montevideo (Uruguay).

No hemos modificado nada. Su carta, muy interesante, se sale de la norma de esta sección, pero ahí queda.

Madrid, 27 mayo 1951.

Muy señor mío: Soy suscriptor y coleccionista de la Revista y estaba entusiasmado, tanto de la variedad de artículos, todos ellos interesantísimos para hispanoamericanos y españoles, como de sus huecograbados, todos de primera calidad, y siempre que enseñaba la Revista a alguien me enorgullecía de que en España se hiciera una Revista a tono con nuestro valer tan menospreciado por algunos.

Sin embargo, desde el número 30 en que se empezó a dedicar cada número a un tema central creo, y conmigo coinciden algunos lectores, que ha bajado bastante la calidad y amenidad de la Revista.

No le he dicho nada antes esperando que cambiase la tónica, pero mi desilusión aumenta según van llegando nuevos números, culminando en el último de abril dedicado a la mujer.

¿No cree usted que hay asuntos mucho más interesantes para hispanoamericanos y españoles que ver escenas familiares que en mayor cantidad se encuentran en cualquier revista femenina de sociedad?

También en este número se ha suprimido una página muy entretenida, aun siendo intrascendente: «Los lectores también escriben», que junto con «Tablón» y dos o tres artículos más hacían pasar un rato muy agradable.

En fin, para no cansarle más, vuelvan ustedes los ojos a la Revista tal a como la hacían hace dos años (¿Dónde está ahora ese papel «couchet» que tanto se prodigaba antes?), y a lograr que la revista MVNDO HISPANICO no sea una Revista vulgar, como llegaría a ser de seguir así, sino algo que sea envidiado por propios y extraños por ser única en su forma y en su fondo.

Suyo afmo. s. s.,

Ignacio Piorno.

Haremos lo posible para que no falte en cada número esta sección. En cuanto a lo demás, las opiniones son diversas. Los números monográficos dedicados a Galicia, los toros y Madrid, constituyen precisamente los mayores éxitos de MVNDO HISPANICO, tanto de venta como en felicitaciones del público lector. ¿Sabe usted a cómo se pagan—en Madrid y, sobre todo en América—, los ejemplares del número dedicado a Galicia?

Madrid, 2 de marzo de 1951.

Muy señor mío:

Como lector asiduo de MVNDO HISPANICO me dirijo a usted felicitándole por la altura periodística que ha alcanzado la Revista dentro de España y fuera de nuestra patria.

Al leer el número 34, correspondiente a

enero de 1951, veo la parte dedicada al Centenario de Isabel la Católica. Las firmas son magníficas, pero el espacio dedicado a ella es pequeño.

Mi punto de vista, modesto como es natural, es que todo un número se dedicase a la glosa de los Reyes Católicos cuyo centenario se celebra (abril, 1951-mayo, 1952) al igual que con Galicia, Año Santo y Navidad 1949. Su publicación sería en el intervalo 1951-52. El público, aun siendo su precio superior a uno corriente, lo aceptaría con sumo agrado. Este podría ser: España e Isabel la Católica (biografía, arte, historia, literatura), glosa de América a «la primera reina de América», como se afirma en el editorial del susodicho número de enero, con las primeras firmas americanas. Los Reyes Católicos, creadores de la política europea y ultramarina.

No quiero que estas líneas signifiquen reproche, sino que la figura excelsa de Isabel de Castilla, se expanda por todas partes, siendo nuevo heraldo de sus hazañas MVNDO HISPANICO.

¿Cómo no dedican otro número a Museos de Madrid, como hicieron en el del Prado, del año 1940: Lázaro Galdiano, Cerralbo, Instituto Valencia Don Juan, Academia de Bellas Artes de San Fernando, etc.?

Reiterando mi felicitación, queda suyo afectísimo y s. s., q. e. s. m.,

José Caser.

ESTAFETA

Desean correspondencia:

César U. Vega, Buenos Aires, calle Lavalle, 1488, con señoritas de todos los países hispanoamericanos para intercambiar revistas, libros, postales, sellos y monedas.

Manuel Gálvez Cabrera, Santiago de Chile, Casilla, 2.134, con muchachos y muchachos de Aragón, de donde es oriundo.

Luis Manso Collar, Estación Vasco, Cabañaquinta, Asturias, con muchachos y muchachas de Colombia, Cuba y Norteamérica, para intercambiar revistas y libros.

Ans Ester, Gildebroederstraat, 27, Tilburg, Noord-Brabant, Holanda, en inglés, con muchachos españoles de diecinueve a veinte años.

Moisés Boada, Cruz, 9, Puente Vallecas, Madrid, con jóvenes universitarias hispanoamericanas.

Fernando Laissle F., Consulado de Chile, Buenos Aires, chileno, con jóvenes de habla española de cualquier punto de la tierra.

Eva Aramendua y María Cristina Blázquez, Lagasca, 9, Zaragoza, con hispanoamericanos no menores de treinta años.



COOPERATIVA AGRICOLA

La Cooperativa Agrícola «CASTALIA», con asiento en Castellón, ha instalado un molino arrocero en Daimiel (Ciudad Real). Esta industria no se limita al pelado, blanqueo, limpieza y demás manipulaciones del arroz, pues posee cultivos propios en una zona superior a las cien hectáreas. Después del excelente resultado de la pasada campaña, este año «MOLINO ARROCERO CASTALIA» lanzará al mercado sémola, salvado, esquerrat, morret y mediano, productos derivados del arroz. El auge de esta marca es debido a don Pascual Quintana Pérez, presidente; don José Caballer, gerente en Daimiel, con quien han colaborado eficazmente los señores Caballer Cubero, Galofre Fabregat, Bansa Forcada y Agost Marzá.

BIBLIOTECA DEL SUSCRIPTOR

¡YA PUEDE ADQUIRIR LIBROS!

Forme su biblioteca ahorrando dinero.

Con el deseo de que pueda adquirir cualquier libro que precise, la Administración de Ediciones MVNDO HISPANICO le ofrece este lote de libros:

	PESETAS
Pío XII y Roosevelt. Su correspondencia durante la guerra.....	25,00
El problema político, Torcuato Fernández Miranda.....	25,00
La amenaza mundial, Williams C. Bullit.....	30,00
La Europa que he visto morir, Carlos Sentis.....	22,00
Hacia una nueva guerra, Pedro Gómez Aparicio.....	40,00
Dos dictadores frente a frente, D. Alfieri.....	40,00
Alemania y la reorganización de Europa, Claude Moret.....	20,00
Europa y sus fantasmas, Joao Ameal.....	28,00
Historia del mañana, Curzio Malaparte.....	40,00
De la guerra inevitable, León Van Vassenhove.....	13,00
Cruzada en Europa, D. Eisenhower.....	75,00
La crisis mundial, Winston Churchill.....	40,00
Hacia la Democracia cristiana. La democracia al día. Stafford C.....	40,00
Europa entre dos guerras, Jacques Chastenet.....	30,00
¿Qué será de Europa?, J. J. Inchausti.....	18,00
Dios no duerme, Susanne Chantal.....	30,00
Metafísica del bolchevismo, Iván de Kologriwof.....	10,00
El bolchevismo ruso contra Europa, Roberto Suster.....	15,00
Frente al Comunismo, Georges G. Degay.....	20,00
Juicio sobre el bolchevismo, Gaetano Ciocca.....	20,00
Roosevelt y los rusos.....	50,00
A través de la Rusia soviética, Juri Jermak.....	15,00
Stalin y sus crímenes, León Trotsky.....	30,00
Stalin en Norteamérica, señora de Roosevelt y otros.....	20,00
Yo escogí la Libertad, Víctor Kravchenko.....	40,00
Yo, comunista en Rusia, E. Vanni.....	40,00
Los Mariscales rojos hablan, Coronel Zirilo D. Galinov.....	25,00
Yo he sido marxista, Regina García.....	30,00
Rommel, Desmond Young.....	60,00
Goebbels (Diario).....	75,00
Historia de un año, Benito Mussolini.....	20,00
Los últimos días de Hitler, H. R. Trevor Roper.....	28,00
Goering ante sus jueces, Russell Danners.....	25,00
Kapputt, Curzio Malaparte.....	60,00
Mi defensa, Charles Maurras.....	20,00
Churchill. (Memorias). Fascículos publicados, 47; precio de cada uno.....	10,00
Roosevelt, F. La Madrid.....	25,00
Misión de guerra en España, Carlton J. Hayes.....	30,00
Por el exilio inmenso, P. Madrigal.....	30,00
Entre Hendaya y Gibraltar, Ramón Serrano Suñer.....	35,00
Asesinos de España, M. Karl.....	35,00
Españoles en Rusia, Rafael Miralles.....	20,00
Informe sobre España, Richard Pattee.....	18,00

Los libros van marcados a su precio y por cada pedido de 100 (cien) pesetas que usted haga recibirá un vale de 20 (veinte) pesetas, que puede ser canjeado en la adquisición de nuevos libros.

Formas de pago: En España serán enviados por correo contra reembolso. En el extranjero, previa remisión de su importe en cheque de dólares, que se abonarán al cambio del mercado libre en la Bolsa de Madrid, en la actualidad 39,85 pesetas por cada dólar.

También se admitirán cheques en cualquier moneda que se cotice en España.

Dirija sus pedidos: Señor Administrador de EDICIONES MVNDO HISPANICO, calle Alcalá Galiano, 4, MADRID.

TABLONCILLO

Pablo Garrido y Pedro d'Andurain, ganadores del Primer Premio del II Concurso de Reportajes de MVNDO HISPANICO—el primero como escritor y el segundo como fotógrafo—, están ahora en España y han visitado nuestra Redacción en Madrid. Con este motivo hemos sido advertidos de un error cometido en el número de MVNDO HISPANICO publicado en el mes de enero pasado, en el texto del fallo del citado concurso. Allí aparecieron, en efecto, los autores del reportaje premiado, «Nueva York, ciudad sin horizontes», como puertorriqueños, puesto que de allí habíamos recibido los originales, sin otra indicación, y allí tenían Garrido y d'Andurain su residencia. Sin embargo, no son puertorriqueños sino chilenos. Pudimos ahora saber, también, que Pablo Garrido es eminente musicógrafo con numerosos estudios realizados sobre el folklore hispanoamericano, y Pedro d'Andurain—además de aficionado a

la fotografía—famoso violinista con el mérito de haber sido solista de la Orquesta Sinfónica de Chile a los seis años.

En el huecogrado del número pasado de MVNDO HISPANICO, página 54, han aparecido dos pies trocados: donde dice «Vista general de la Exposición» debe decir «Instalación completa de urgencia» y viceversa; errata que el buen sentido de nuestros lectores habrá superado inmediatamente.

En el próximo número de MVNDO HISPANICO aparecerán los siguientes trabajos: «Los malditos del existencialismo», reportaje gráfico; «El Greco y El entierro del Conde de Orgaz», por Camón Aznar, con reproducciones a todo color, y como tema central del número, el elogio de los pueblos de España (réplica a la revista norteamericana *Life*). Definitivamente, Barcelona tendrá su número en septiembre. Antes, en el de agosto, MVNDO HISPANICO ofrecerá un gran reportaje gráfico, con páginas en color, sobre la Exposición de Arte Misional, que se celebra actualmente en Madrid.

heráldica hispanoamericana

Juan José Heraso (San Sebastián) y otros señores.

Este consultorio es de índole general, y cuantas respuestas se dan en la presente sección, únicamente a través de MVNDO HISPANICO. Sentimos cordialmente, pues, no poder complacer a los señores que nos solicitan contestaciones privadas, ya que es incommovible criterio de la Revista y del redactor de esta sección no mantener correspondencia relacionada, en manera alguna, con nuestro consultorio, ajeno a cualquier estímulo de tipo utilitario.



Juan Alberto del Hoyo (San Juan de Puerto Rico).—Oriundo de Palencia, desearía saber qué armas tienen los Torres de dicha ciudad.

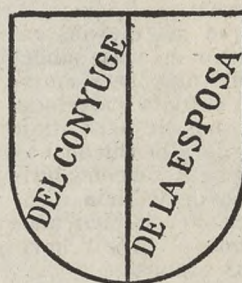
Como no puntualiza usted mucho, sólo cabe indicársele que en la catedral de Palencia, y en su capilla de San Sebastián, existe una sepultura de doña María Juárez de TORRES, blasonada de escudo de sinople, las dos torres de plata superadas de sendas cruces, éstas rodeadas de llamas, cuya heráldica acaso tenga relación con su pregunta. En el reciente estudio de D. Esteban Ortega, «Blasones y Mayorazgos de Palencia», se hace alusión a ello, acompañada de un diseño de semejantes armas.

M. R. A. (México y Madrid).—Desearía tener alguna noticia de efigies del famoso D. Ignacio Allende, adalid de la Independencia de mi patria.

Realmente, tal pregunta queda por completo fuera de esta sección. Sin embargo, dadas las circunstancias del consultante, se le contesta, indicándole que en la Biblioteca del Palacio de Oriente (antiguo Palacio Real) existe un grabado de la persona que cita, reseñado en el catálogo de dicha Biblioteca por Miguel Velasco Aguirre. Tomo VIII, pág. 431. En dicho centro se le darán, sin duda, toda suerte de facilidades para su examen y posible reproducción.

J. P. del Arenal (Sevilla).—Desearía me informasen sobre si existe o no alguna Ejecutoría de Nobleza dada para el apellido andaluz de Chacón, en el siglo XVIII, y si tiene escudo dicho documento.

Tratándose de linaje andaluz puede hallarse en la Real Chancillería de Granada. Como no hay todavía catálogo impreso de los documentos de hidalguía existentes en ese Archivo, debe usted formular su pregunta al señor director del mismo, quien sin duda le dará alguna orientación.



Ramiro Pita Enríquez (Maracáyo).—Desearía saber cómo poner, de la manera más sencilla, los escudos de mi esposa y míos; y si podría poner también ahí la Cruz de Calatrava, que tenía uno de mis bisabuelos.

Puede pintar en un solo escudo, «partido»—o en pal— (o sea que esté dividido por una línea vertical), a la derecha del mismo, sus armas paternas, y a la izquierda, las paternas de su esposa, tal como se indica en el gráfico que acompaña a esta nota. Nunca ese hábito de Calatrava a que usted se refiere, a cuya ostentación, desde un punto de vista heráldico, sólo tendría derecho perteneciendo usted a la ilustre Orden citada.

Juan Manuel Rodríguez Moreno (Santiago de Chile).—Desearía noticias de los Vera, pasados a Chile en el siglo XVII.

Sobre individuos de dicho apellido idos a ese país hacia 1590 puede consultar la voluminosa obra del recientemente fallecido genealogista chileno D. Luis de Roa y Ursúa, «El Reyno de Chile, 1535-1810» (Estudio histórico-genealógico y biográfico), publicada en España en 1945, a cuyas páginas se trae alguna genealogía de los Vera.

J. A. de la H. (Córdoba).—Desearía saber cuántos requisitos se exigían en el siglo XIX para ingresar en la Orden de Santiago, incluso si era necesario probar la heráldica.

Hecha la merced del hábito por Su Majestad, las pruebas—que se rendían por Real cédula eran encomendadas a dos caballeros diligenciarlos—uno de ellos religioso—pertenecientes a la misma Orden, y se ceñían a comprobar en las localidades originarias del pretendiente su hidalguía y limpieza de sangre por los dos primeros apellidos, sin obligarse a prueba alguna de armas—sólo reclamada en la de Alcántara—, aunque muchas veces los informantes reconocían casas solares del caballero, blasonadas, haciendo en sus atestados mención, más o menos puntualizada, de los escudos que veían al practicar tales probanzas. Actualmente se exige la prueba nobiliaria de los cuatro primeros apellidos del aspirante al rojo «lagarto».

(Pasa a la página siguiente.)



NO OLVIDE QUE VIAJAR POR

SABENA

LINEAS AEREAS BELGAS

ES MAS BARATO DE LO QUE VD. SE FIGURA. ¿SABE VD. QUE EL VIAJE DE IDA Y VUELTA MADRID-AMSTERDAM (VIA BRUSELAS) SOLO CUESTA 113.40 DOLARES?—(ENLACES EN BRUSELAS PARA EL MUNDO ENTERO). BILLETES: EN IBERIA Y AGENCIAS DE VIAJES.—INFORMACION: AV. JOSE ANTONIO, 57 - MADRID - TELEF. 21 87 96

Juan G. H. (Arévalo).—Una ejecutoria del Rey de armas Alfonso de Guerra, que tengo en mi poder, referente a varios apellidos de mi familia, ¿me serviría como prueba para ingresar en alguna Orden de nobleza?

Ese documento, ya antiguo, a que usted se refiere no puede, en forma alguna llamarse "ejecutoria", voz que tan sólo corresponde a la sentencia que alcanzó firmeza de cosa juzgada, o el despacho comprobante de la misma; y tales son, por ejemplo, las dictadas por nuestras antiguas Reales Chancillerías. Tampoco es elemento de prueba la expresada certificación heráldica para ninguna corporación nobilica, todas ellas exigentes de formales testimonios de la hidalguía de sangre del pretendiente, extendidas por los jefes de los archivos en que se conserva dicha probanza, legalizadas y legitimadas notarialmente. El despacho del Rey de armas a que usted alude—como otro cualquiera de análoga procedencia—únicamente tendrá valor para usted en cuanto respondan sus noticias a fuentes indubitables, concretamente señaladas ahí, a las cuales poder acudir hoy en verificación de las mismas, obteniendo así sendas certificaciones legales de cuantos extremos resulten de su interés para la composición de su expediente de pruebas en lo genealógico-nobiliario, ya que la prueba de armas solamente se precisa—muy circunstancialmente—en la Soberana Orden de Malta, y antes en la de Alcántara, en la cual, como en sus tres hermanas de Santiago, Calatrava y Montesa, no se efectúa ingreso alguno de caballeros desde la funesta II República.



Heráldica
Hispanoamericana

CUPON

PARA EL CONSULTORIO

A partir de 1.º de septiembre próximo, toda consulta relacionada con esta sección—"Heráldica Hispanoamericana"—ha de venir acompañada de dos cupones. No es necesario que estos dos cupones pertenezcan a número distinto. Basta con que sean dos cupones, aunque correspondan a un mismo número de MVNDO HISPÁNICO. Será desatendida toda consulta que no reúna estas condiciones. La correspondencia ha de dirigirse exclusivamente a:

MVNDO HISPÁNICO.—(Consultorio de Heráldica Hispanoamericana).—Apartado de Correos 245.—Madrid (España).

Las numerosas consultas llegadas a MVNDO HISPÁNICO con destino a esta sección, son y serán contestadas guardando un riguroso orden cronológico. Algunos consultantes solicitan respuesta privada. Importa, pues, insistir en que, bajo ningún concepto, podrán ser atendidas particularmente las consultas destinadas a la presente página. Conviene a ésta una absoluta independencia—que también quiere conservar su redactor—, centrada siempre en sí misma. Al crearse, pretendió la Revista encauzar generosamente, en la medida de sus posibilidades, una patente expectación de la gente arraigada en el Nuevo Mundo, que vive en asidua curiosidad por sus estirpes, originariamente españolas, dificultadas de establecer algún puente de conocimiento entre su primitivo solar y sus hogares de ahora, y así hubo de señalarse ya en pórticos del primer estudio al caso aparecido en MVNDO HISPÁNICO.

No nace, pues, esta página para servir otras razones que las eternas razones del sentimiento y de la raza, basadas en igual impulso de una sangre común, nada importa que en gran parte trasvasada ya definitivamente a aquellas ultramarinas lejanías. Porque unos nombres, de clara eufonía castellana—Velasco y Torres y García—a lo largo de incontables caminos de agua, bajo los cielos del mismo Dios, dan fe de que cualquier familia de allá puede hallar todavía su cifra más sutil de existencia—y de consiguiente responsabilidad—en saberse oriunda de una casa de Vizcaya, de León o de Galicia, timbrada con idéntico blasón familiar, y cobijo del linaje que, ayer o cien años atrás, o trescientos aún, buscó para alguno de sus vástagos el grácil horizonte inédito de otras costas en que plantar el árbol de sus afanes.

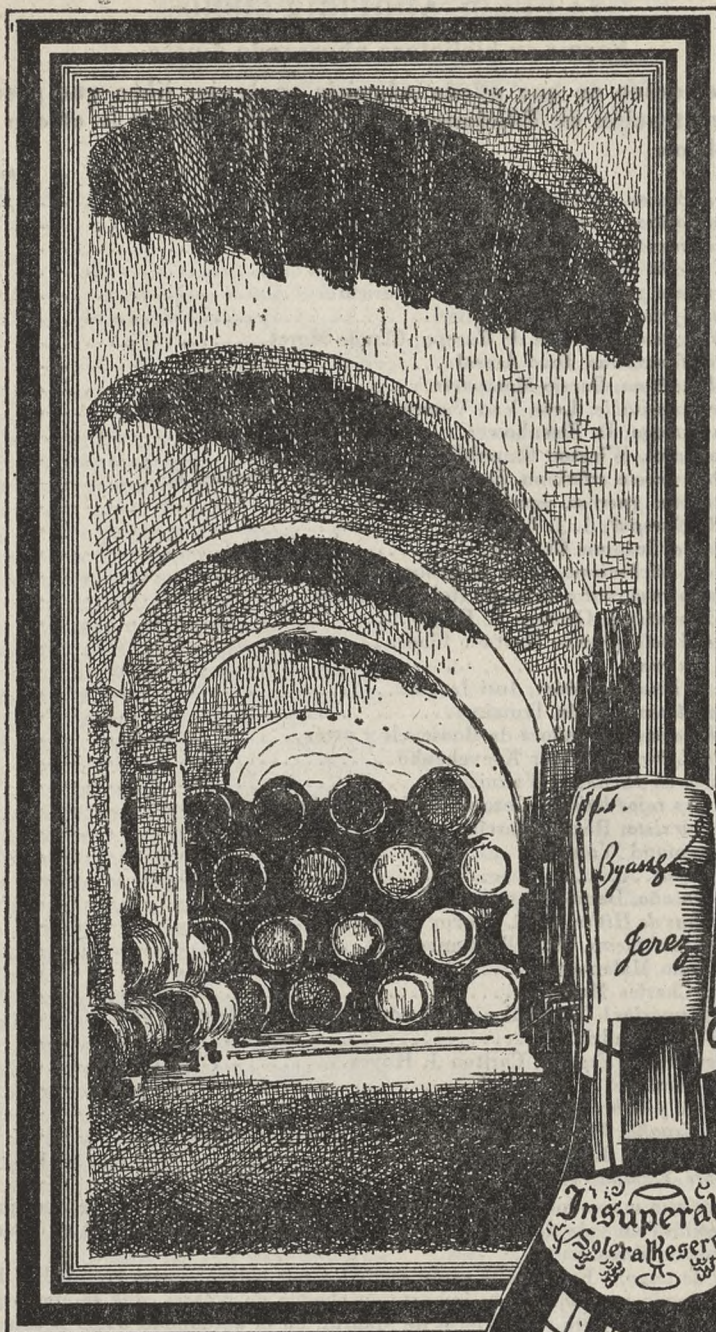
SOCIEDAD MINERO-METALÚRGICA DE PEÑARROYA
SECCION DE PUERTOLLANO

Fué en el año 1916 cuando la Sociedad Minero-Metalúrgica de Peñarroya cortó dos horizontes de pizarra bituminosa, desconocida hasta entonces en la cuenca. Inmediatamente se instaló una fábrica de destilación, profundizándose uno de los pozos, a fin de realizar, como ensayo, un tratamiento de 50.000 toneladas de pizarra. Este fué el origen de la actual Destilería de Calatrava, que desde 1922 funciona, tratando anualmente 22.000 toneladas de mineral. En 1929, el Instituto Geológico y Minero hizo unos sondeos en la cuenca, que fueron dirigidos por los ingenieros Alvarado y Menéndez Puget, quienes publicaron un interesante trabajo con este motivo. La Destilería tiene una capacidad actual que permite tratar diariamente unas 350 toneladas de mineral. Consta de un circuito principal de destilación, condensación de vapores de aceite y repercusión de aceites y grasas. La Destilería tiene además instalaciones complementarias para la destilación de aceites, taller de esencias, de sulfato amónico, parafina, etc.

Por lo que respecta a los carbones minerales, la Sociedad Minero-Metalúrgica de Peñarroya lanza anualmente al mercado 620 toneladas de carbón, que corresponden a 940.000 toneladas brutas. El rendimiento es, pues, de un 66 por 100. La cuenca norte es explotada por un pozo de extracción, con una producción diaria de 1.700 toneladas de mineral. La explotación se hace por los procedimientos de dirección y cámaras, sistemas que permiten una gran concentración de personal, lográndose así una producción de 100 a 130 toneladas por tajo. La cuenca sur explota diariamente 1.300 toneladas brutas, en tres pozos maestros, dotados de una potencia total de 120 K. V. A.

El lavadero central tiene una capacidad de 80 toneladas por hora, actualmente en ampliación, construyéndose una criba a granos de tres productos, para el tamaño de 15-25, que se segregará del *baum*.

Una instalación propia térmica consume los menudos de mala calidad y los mixtos del lavadero. Un ferrocarril minero une las distintas minas con el lavadero central, y éste con las estaciones de la R. E. N. F. E. en la Nava y Puertollano. El ferrocarril minero posee once locomotoras. Por último, los estériles producidos por el lavadero, las cenizas de la central térmica y los residuos de la fábrica de destilación, son vertidos en la escombrera por medio de un tricable apoyado en dos pilotes de 70 y 120 metros de altura, separados entre sí y de la estación por una distancia de 220 metros.



Las mayores bodegas del mundo, almacenan en sus inmensas naves todo el soleraje que es orgullo de Jerez, y que garantiza la verdad de lo que anuncia y vende.

Brandy

Insuperable

Solera Reservada

GONZALEZ BYASS



RAZGO
FOTOGRAFIA



EL viajero bienaventurado ha recorrido, desde el Paraná al Amazonas, estas anchas tierras del Brasil que conservan todavía en su olor a cosmos, ríos vírgenes y montes sin bautizar; y el viajero se sorprende de hallar en todas partes, burlando las difíciles distancias y vinculando las diversas fisonomías geológicas con que gesticulan estas tierras desde el Océano Atlántico al Río de las Muertes, un sentimiento colectivo de nación que unifica nueve millones de kilómetros cuadrados bajo la misma denominación de Brasil. Este sentimiento unificador merece un detenido análisis, pero ya podemos contar con un dato decisivo para la forja del espíritu brasileño: la presencia real de la monarquía en tierras del Brasil. Porque Brasil ha sido el único pueblo de América que «vió» a sus reyes. Mientras otras monarquías gobernaban a distancia sus pueblos de América, Brasil se vió en 1808 visitado por sus reyes de Portugal. Fué una pura circunstancia que tuvo para Brasil consecuencias sabrosas. La invasión de

BRASIL RECUPERA UN TESORO



Don Pedro abre uno de los cajones de la valiosa Biblioteca Imperial, que después de sesenta años de exilio vuelve al Brasil. Éste contiene la colección de almanaques Gotha.



Urna que guardó la ropa llevada por la princesa Isabel al ser bautizada. Alrededor, daguerrotipos; primeras fotografías hechas en América.



Pequeña estatua de don Pedro I, en bronce dorado, y coronas de laurel en oro de tres tonos, verde, rojo y amarillo; premios bélicos.



Los príncipes —ella la infanta de España, doña María de la Esperanza— muestran una rica sobera inglesa con la corona imperial en la tapa y las armas brasileñas a los lados. Sobre la mesa, parte de la vajilla de don Juan VI.



Traje de gala, seda blanca bordada en oro, con el que comparecía el Emperador del Brasil en la ceremonia de apertura de las Cámaras.



Don Pedro muestra a doña Esperanza la gran condecoración del Toison de Oro, Orden española.



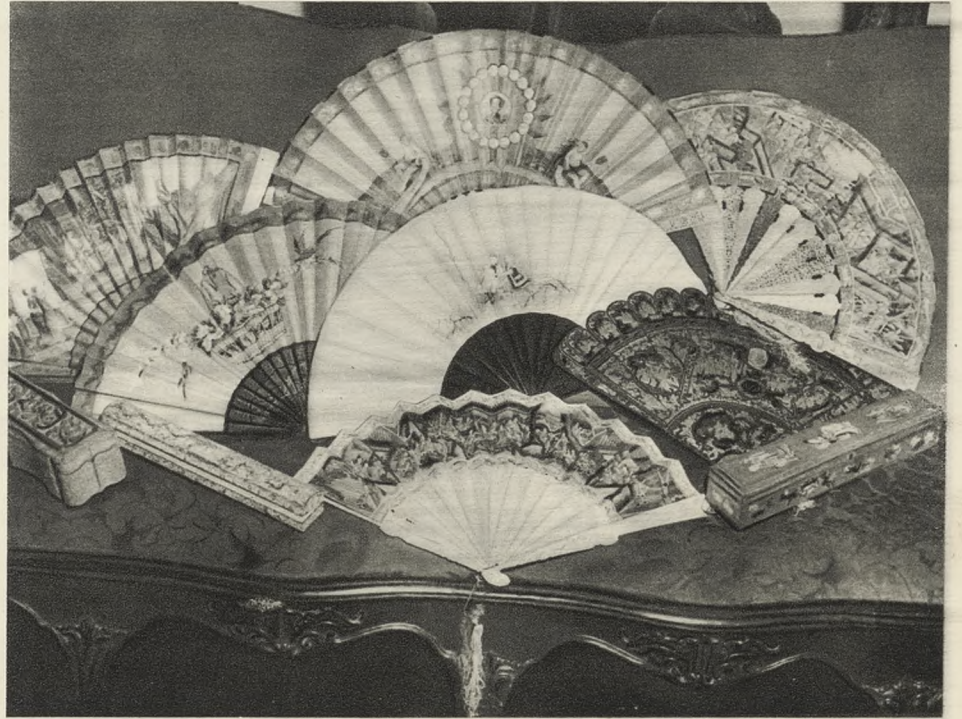
Molde de la mano del Emperador don Pedro II a los catorce años de edad, cuando juró la Constitución.



Don Pedro Gastão tiene en las manos uno de los cuadernos de estudio de la princesa Isabel. A su lado, más cajones de la biblioteca imperial aún sin abrir.



Busto de don Pedro II, en «terracota». A la izquierda, miniatura de la familia imperial. A la derecha, litografía hecha en Europa, dedicada a todos los amigos del Brasil.



Colección de abanicos, de fabricación china, con diversas representaciones de la familia imperial. Arriba, en el centro, Pedro I con una aureola formada por las provincias del Imperio.



PEDRO LÓPEZ



PEDRO LÓPEZ - Pez, 15 y Prado, 3 - MADRID

La Casa de más prestigio en objetos de plata de estilo antiguo. (Filial en S. Sebastián: Alameda, n.º 25.)

BRASIL
RECUPERA
UN TESORO



Doña María de la Esperanza abre una caja, de madera del Brasil, que contiene algunas de las condecoraciones de don Pedro II.

BIBLIOTECA TEATRAL

HA PUBLICADO LAS MEJORES COMEDIAS DEL TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO, LAS QUE OBTUVIERON EL EXITO MAS RESONANTE E INDISCUTIDO.

AV. DE JOSE ANTONIO, 11, 2.º NUM. 6 MADRID



Portugal por las tropas napoleónicas sacaron fuera de su reino a don Juan VI que buscó refugio, con toda su corte, en esa especie de «fazenda» rica que era el Brasil. ¡Qué alegres comentarios le ofrece a una imaginación la llegada a estos paisajes de una maltrecha monarquía con su reina loca, doña María I, desbaratada de razón, y una prole numerosa de príncipes niños que tenían por padre a un rey tranquilo y por madre a una española, doña Carlota Joaquina, que vivía en pie de guerra familiar y político! Brasil, que hasta entonces era, como un apéndice voluminoso de la historia de Portugal, comenzó a vivir su historia, a «vivir su vida», y a enriquecerse la fisonomía con esos gestos de buen y mal talante que toda corte trae consigo. Ochenta años de monarquía llevada en vilo por tres monarcas dejaron en Brasil un largo testimonio real. Hasta el día 15 de noviembre de 1889 en que el Gobierno provisional de la República convidó a la familia imperial brasileña a desalojar sus palacios de San Cristóbal y de Petrópolis. Don Pedro II se apresuró a salir de su reino sin tomarse tiempo para embalar sus bienes que sólo más tarde y por devotos cuidados de los nobles, fueron trasladados a Francia, al castillo d'Eu, donde había corrido a refugiarse la Familia Imperial del Brasil. Todo aquello,—vajillas, platerías, bibliotecas,—era ya de por sí un tesoro que ahora, pasados sesenta años, se convierte también en un tesoro histórico. Y Brasil acaba de recuperar ese tesoro merced a la generosa intervención de Su Alteza Imperial el príncipe don Pedro de Orleans y Braganza.

Valdría la pena dedicar una crónica succulenta a registrar este fenómeno de cordura que nos ofrece la presencia de la Familia Imperial brasileña en la República del Brasil. Como una sustancia histórica, se recoge en su palacio de Grao-Pará, en Petrópolis, esta supervivencia de la Familia Imperial respetada y querida de todos los brasileños. Y a ella se debe ahora la recuperación de este tesoro que ha pasado a figurar en el Museo de Petrópolis, la ciudad montañesa fundada por don Pedro II para liberarse de los cálidos días de Río de Janeiro. Las fotografías y sus comentarios darán cumplida idea del alcance de esta recuperación. Brasil, que es tierra de tesoros inéditos, se complace ahora en resucitar uno de sus viejos tesoros que había perdido.



Doña Esperanza examina algunos grabados y dibujos de Boulanger, que también han vuelto.

EL día 1.º de junio CORREO LITERARIO, revista de las Artes y de las Letras hispanoamericanas, celebró su primer aniversario. Con tal motivo reunió en los locales de la Asociación Cultural Iberoamericana de Madrid un numeroso grupo de escritores, periodistas y artistas españoles e hispanoamericanos.

Tres funciones, a juicio de la propia dirección, debía cumplir la revista: la información, la sana agitación y la formación. En camino de ello se encuentra ahora ilusionada y tercamente. Esta fué su pretensión en las horas fundacionales: «Dar, dentro del mapa total de la actualidad literaria internacional, vigencia, precisión, vigor y tono propio a un meridiano informativo y propagandístico de las Letras hispánicas». Y esta referencia a la propaganda quiere decir que una revista literaria de españoles e hispanoamericanos también debe aspirar al ejercicio de una soberana y honesta autonomía en la adjudicación de la fama.

Un breve discurso del director, plácemes y parabienes de colaboradores y lectores. Iniciativas, proyectos... Con esta singladura inicia CORREO LITERARIO su segundo periplo de navegación.



El director de «Correo Literario», Faustino G. Sánchez-Marín, pronuncia unas palabras en el acto de la recepción, con motivo del primer aniversario de la revista. En segundo término, de izquierda a derecha, el escritor y musicógrafo chileno Pablo Garrido, Julián Pemartín (director del Instituto Nacional del Libro), Ramón Ledesma Miranda y Manuel Fraga Iribarne.



Manuel Fraga Iribarne, director del Seminario de Problemas Hispanoamericanos, de Madrid, entrega a Pablo Garrido el primer premio del concurso de reportajes de «M. H.», concedido a «N. Y., ciudad sin horizonte».



Aurora Bautista, extraordinaria actriz española, con Haro Tecglen, Lara, Pérez Ferrero y Santiago Magariños (de izquierda a derecha).



Pablo Garrido, con Manuel Jiménez Quílez, director de «Mundo Hispánico», y Suárez-Caso, redactor jefe de esta revista (de derecha a izquierda).

1er AÑO DE Correo Literario

ARTE Y LETRAS HISPANOAMERICANAS

Julián Pemartín Jiménez Quílez Tomás Llorca Salvador Gay Tomás Salinas

Joaquín Campillo

Castillo Puche

Fraga Iribarne

Arroita-Jáuregui



S. Magariños

Antonio Macipe

Sánchez-Silva

Alfonso Moreno

Haro Tecglen

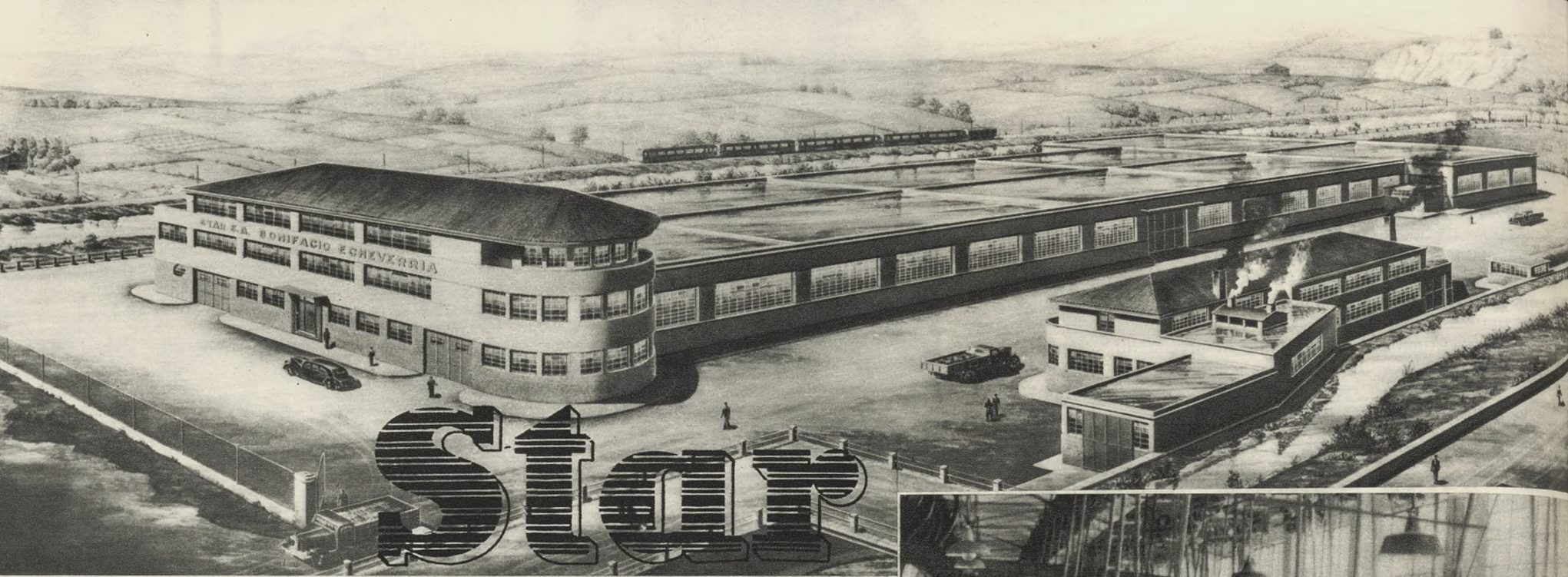
García Serrano

Suárez-Caso

Ledesma Miranda

Eduardo Rianza





ARMAS DE FUEGO BONIFACIO ECHEVERRÍA, S. A.

En la industriosa villa de Eibar, más próxima a Bilbao que a San Sebastián, se asienta la Fábrica de Armas de Fuego «STAR», BONIFACIO ECHEVERRÍA, S. A., surgida a fines del siglo XIX como una «ferrería» más del País Vasco forjadora de sables y bayonetas y que, a partir de 1905, por certera visión de su fundador, inició la construcción en serie de pistolas y revólveres automáticos. Con menos de cincuenta años de existencia la pistola eibarresa se ha hecho tan popular que basta decir «una Star» para que la gente piense en el arma con que el protagonista del film o el héroe de la novela policiaca conjura el momento difícil.

Más la fama tiene siempre un fundamento que, como el de la espada toledana, no es otro que la calidad mundialmente reconocida de las armas españolas por el desvelo constante de nuestros técnicos en depurar los materiales e introducir novedades en los sistemas, adelantándose a la producción extranjera.

La fábrica STAR, después de severos concursos, es hoy proveedor oficial en España de las Fuerzas Armadas de Tierra, Mar y Aire, Guardia Civil y Policía y, a pesar de estos compromisos, exporta al extranjero más del 50 % de su producción creando para el Estado una fuente de divisas de incremento progresivo; hoy la STAR se vende lo mismo a los E. E. U. U. que a Suráfrica o al Extremo Oriente y es reglamentaria en varios Estados de la América del Sur. Por su parte, es raro el turista



ARRIBA: VISTA GENERAL DE LA FACTORIA DE «STAR» EN EIBAR.
ABAJO: INTERIOR DE LA NAVE DE AJUSTE DE LA FACTORIA «STAR».



VISTA DE LA EXPOSICIÓN «STAR» INSTALADA EN LA DELEGACIÓN DE MADRID.



EL SR. ALVAREZ GARCILLÁN, REPRESENTANTE DE LA «STAR» EN MADRID.



DIFERENTES MODELOS DE ARMAS DE FUEGO FABRICADAS POR «STAR», EN EIBAR.

que no aprovecha su paso por España para comprarse una pistola «de Eibar» como el producto más expresivo y típico de nuestra industria artesana.

De las factorías STAR salen diariamente desde la pistola especial Olímpica calibre 22, para tiro al blanco, a la calibre 45 de la Policía Americana, pasando por los famosos 9 corto y 9 largo, 7,65 y el reducido 6,35 tipo «Madame». La STAR construye también el subfusil ametrallador plegable para servicios especiales ejército, paracaidistas, Policía del Tráfico — considerado como eficaz arma de guerra.

Verdaderas joyas de arte son las pistolas cinceladas en plata, cromadas, damasquinadas en oro, con escudos y anagramas de pedrería fina, como las que el Jefe del Estado ofreció como recuerdo a S. M. el Rey Abdullah, de Jordania, y, más recientemente, a los Soberanos de Persia y Egipto; en nuestros Talleres se han preparado pistolas de lujo para los Jefes de Estado de casi todas las Repúblicas Centro y Sudamericanas y en el Album de Honor se guardan las firmas y opiniones de los más ilustres visitantes.

De la precisión de la STAR pueden hablar los buenos aficionados al deporte y los trofeos y honores que los tiradores españoles obtienen en cuantos campeonatos participan.

Los talleres de Eibar cuentan con más de 300 obreros especialistas, maquinaria moderna para conseguir la absoluta intercambiabilidad de piezas, galería de tiro y banco de pruebas. Sus oficinas y Representación de Madrid, en Puerta del Sol, 10 — curioso museo para el aficionado — tramita los encargos y exhibe los modelos más recientes, alguno de los cuales ilustran esta información.



«STAR», BONIFACIO ECHEVERRÍA, S. A.
EIBAR (GUIPÚZCOA) SPAIN
REPRESENTACIÓN EN MADRID: E. Alvarez Garcillán.—Puerta del Sol, 10



MARFIL PARISINO DEL SIGLO XIV: «GOPA DE LAS ARTES».



ARTE ITALIANO DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIV: «POLÍPTICO DE MARFIL».

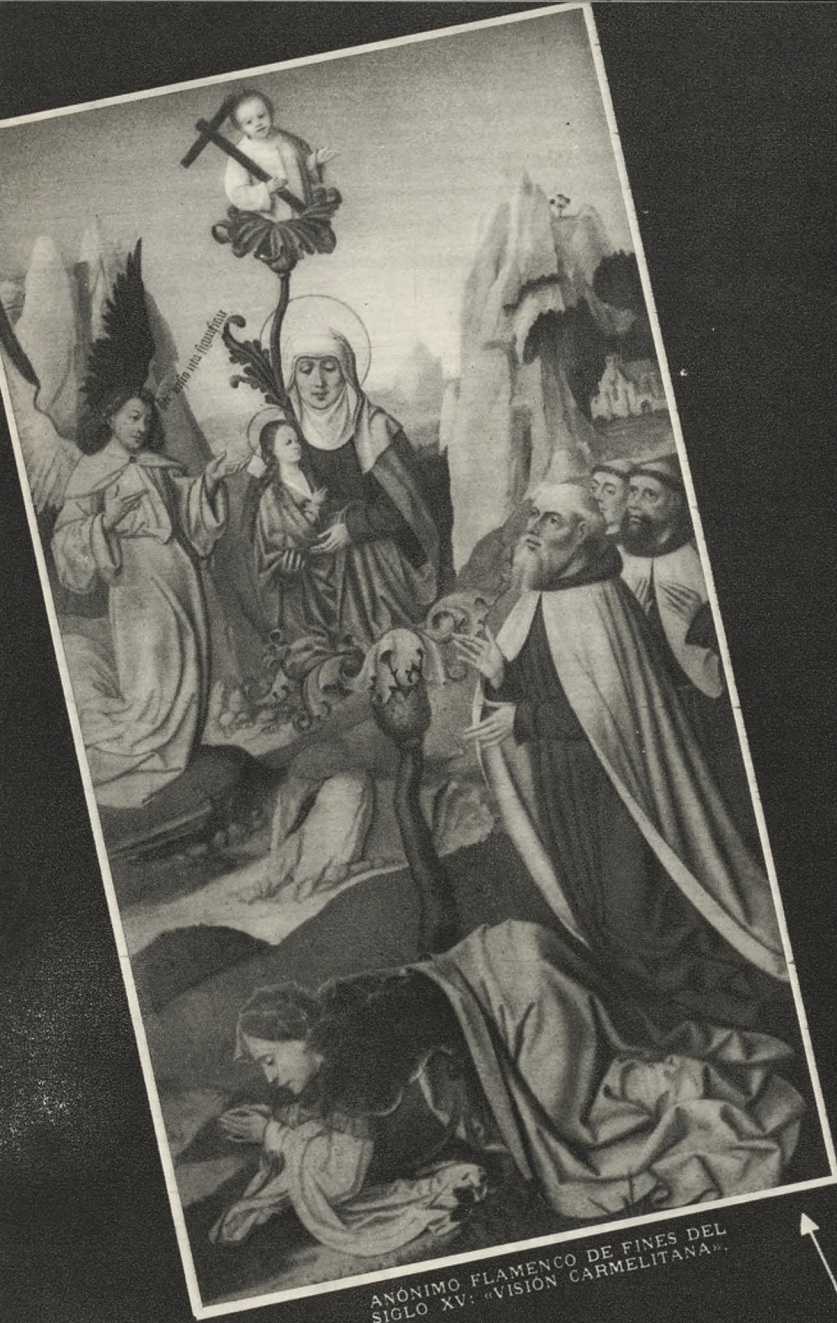
EL MEJOR MUSEO PRIVADO *del* MUNDO

POR EMILIO CAMPS CAZORLA

ESPIGAR no es difícil. Sobre todo cuando hay mucho donde hacerlo. Pero nunca un ramillete, por cuidadosamente que se haga, traduce un vergel. Hace unos meses que visita el público en Madrid el

Museo de la Fundación Lázaro Galdiano, y en él se encuentra sorprendido, constantemente sorprendido. Desde el propio edificio y su emplazamiento señorial, hasta la última de sus modernas instalaciones. Y en tal estuche, una

fabulosa colección de obras de arte, de un fondo de más de ocho mil quinientas piezas, que, por encima de toda otra calidad, se ha querido que sean de belleza excepcional.



ANÓNIMO FLAMENCO DE FINES DEL SIGLO XV: "VISION CARMELITANA".



QUINTIN METSYS: «DESCENDIMIENTO».



EL BOSCO: LA «VISION DE TINDAL».



ALBERTO DURERO: «VIRGEN».



ESTA SALA (UNA DE LAS 30) VALE MÁS DE 20 MILLONES DE PESETAS

SOBRE un fondo neutro, la alegría de las puras entonaciones de los primitivos flamencos pone una serie de golpes de color tan brillantes como piedras preciosas en la luminosidad calma de esta salita. El pequeño formato de los cuadros, que rima con el aire de intimidad del espacio en que se contemplan, da todo su valor a la emoción del apreciar las obras cercanamente, en su detalle más prolijo y definidor, casi con la misma morosidad despaciosa y táctil con que el artista las concibió. Imposible parece el destacar en ellas las más interesantes o, por lo menos, las más seductoras. Quizá la mancha carmin, el profundo y permeable paisaje, la gigantesca adormidera del San Juan en Patmos, del Bosco, que va reproducido en color en otro lugar, y en el que el artista prescindió por una vez de sus torturadas fantasías diabólicas. También la robusta monumentalidad serena de la Virgen atribuida a Alberto Durero, indiferentemente sentada de espaldas al paisaje; el intrigante tema y la clara entonación luminosa de la tabla votiva de los Carmelitas; el aquietado patetismo del Descend-

imiento de Quintin Metsys, caligrafado en su pintura como en las leyendas de sus portezuelas; las diablerías del Bosco, tremendas y ejemplares, en su Visión de Tindal; el encanto del fondo de la Virgen del Bello Paisaje; la serenidad afectuosa, de espaldas a la pura belleza formal, de la Virgen Madre, de Gerard David; el dulce encanto de la Virgen y la donante que a los pies de Cristo y sobre un fondo de riquísimo brocado colocara Humberto Van Eyck en una de sus más finas creaciones. Pero, no hay selección posible en una igualdad de seducciones; aquel caballero de la barba y la amplia gorra, por Bernard Van Orley... aquel delicioso retrato de la hermana del César Carlos... aquella Virgencita del Rosario en su aureola de rosas...

HUMBERTO VAN EYCK: «LA VIRGEN DE LA DONANTE».





BARTOLOMÉ DEL CASTRO: «NATIVIDAD».



MAESTRO DE ASTORGA: «TRASLACIÓN DEL CUERPO DE SANTIAGO».



ANÓNIMO ESPAÑOL DE HACIA 1535: LA «VIRGEN DE CRISTÓBAL COLÓN».



Y ESTA (DE PRIMITIVOS ESPAÑOLES) OTRA FORTUNA

VIOLENTA, cruda, sumida en una luz quirúrgicamente recortadora, la obra toda de los primitivos españoles a caballo en el 1500, de esta sala. Preside el autorretrato de Pedro Berruguete, reproducido en la portada de este número. Brava cabeza de regusto aldeano cubierta con estricto bonete, pelos hirsutos, barba dura rasada, atuendo simple, la mirada absorta en su interior contemplación... Sobre él, la duizura un poco a la italiana, de la Virgen del maestro Cabanyes da otra faceta de aquel momento tan pleno de sugerencias y a los costados, dos largas y bellas tablas con San Francisco y Santa Clara, aéreas sobre sus fondos dorados son de una elegantísima y rítmica composición. La bronca monumentalidad define el estilo de Bartolomé del Castro, por los cuatro cuadros de esta sala identificado. Agópanse en ellos las figuras

que acuden a primer término como con hipertrofia de personalidad, haciéndose ver en tonos espléndidos y enteros, con olvido casi de accesorios y paisajes. Las tablas de la traslación de Santiago, del maestro de Astorga, encalman su color por contraste con las anteriores, como si su luz se tamizara en los celajes galaicos y juntan a los detalles pintorescos los intentos de profundidad, perspectiva y la finura de un dibujo ajustado y firme. El obsesivo personaje arrodillado, a quien protege su Santo patrón Cristóbal, con la riqueza de su atuendo magnífico, y las sugerencias que ponen en el fondo el templo y el extraño poblado, así como las que nacen del escudo sostenido por los angelitos, nos atrae con el misterio de su personalidad concreta, que bien pudiera ser la del gran Almirante Colón, recordada en una tabla votiva posterior a sus días en algunos años.



«SAN JUAN EVANGELISTA», ATRIBUIDO A LEONARDO DE VINCI. EL OSESIONANTE ANDORGINISMO Y LA ENSOÑACION QUE SUME EN UN HALO SEDUCTOR A SUS FIGURAS SON EL GRAN MENSAJE PERSONAL QUE LEONARDO APORTA A LAS GLORIAS DEL ARTE RENACIENTE ITALIANO; MENSAJE PATENTE EN ESTA TABLITA, DE ENCANTO PLASTICO CASI MUSICAL.

HE AQUÍ LA VIDA FABULOSA DE UN ESPAÑOL QUE, CON LO QUE ÉL LLAMÓ «TRAPICHEOS CON LA BELLEZA», DE LA NADA LLEGÓ A MULTIMILLONARIO; DON JOSE LAZARO GALDIANO, ADEMÁS, LOGRÓ REUNIR LA MEJOR COLECCIÓN PARTICULAR DEL MUNDO EN OBJETOS DE ARTE

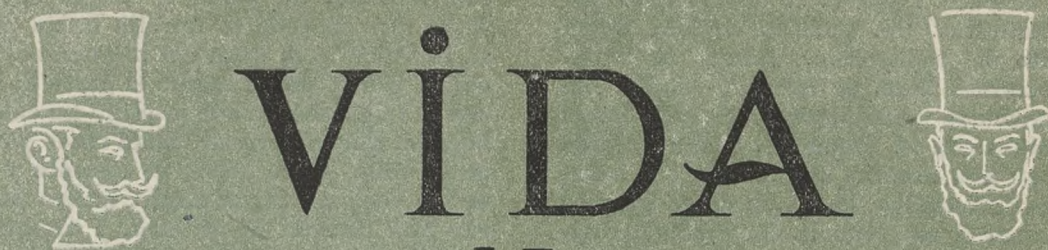
A mi pequeño ahijado José Carlos Lázaro Torres, sobrino nieto del gran coleccionista.

I El apellido Lázaro, dice Piferrer, procede de la Veguilla de Santillana. Uno de los ascendientes, Hernando Lázaro de la Vega, tuvo un hijo del mismo nombre; ambos se afincaron en Murcia, iniciando linaje ilustre. Otro linaje, derivado también de Hernando, comenzó en Belmonte. Castillo de oro sumado de un pelícano y la puerta defendida por dragón, son las armas de la familia.

Galdeano o Galdiano, que de ambas maneras se escribe, es también noble estirpe de Navarra, con casa solar en la villa de los Arcos, emparentado con familias de elevado porte, como la de Palacios. Son sus armas: escudo cortado, que en la parte superior, de gules, lleva manguante de plata, sobrepuesto a otro mayor jaquelado de oro y sable; en la parte inferior, jaquelado de lo mismo y costado de plata.

*

Nuestro biografiado, José Lázaro Galdiano (él jamás aceptó el cambio de la i por la e), nace en Beire, de familia que procede de Borja, cerca de Alberite, en Aragón. Se afincaron hace siglos en Navarra, por cuanto figuran en los anales del antiguo reino del mismo nombre. Los descendientes conservan un viejo manuscrito, que a la letra dice así: «Sus antepasados fueron cristianos viejos y de limpia sangre, sin mezcla de moros, judíos, ni agotes, ni penitencidos del Santo Oficio, hijos-dalgos notorios y comúnmente reputados, con escudo de armas libre, sin que haya tenido que pagar pechas ni tributos a la catedral de esta ciudad ni a persona alguna principal». Dueños de antiguo de gran hacienda, las guerras y la suerte, no siempre propicia, fué mermando aquélla, hasta muy limitada ya en vida del padre de José Lázaro. Gente de campo, agricultores y



VIDA Y PERIPECIAS

DE

D. JOSÉ LÁZARO GALDIANO

(APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA)

POR EL DR. CARLOS BLANCO SOLER

ganaderos, con sentido jerárquico y cristiano, los ascendientes de Lázaro gobernaban sus estados, sumiéndose lentamente en la pobreza con dignidad prócer y sin el menor renunciamiento a su prosapia personal e histórica.

El abuelo fué guerrillero en la Independencia y sufrió de presidio y deportación en Francia; después combatió por Don Carlos, al que guardaba un acatamiento casi fanático. Al hablar de los reyes lo hacía siempre presa de emoción tal, que velaba su voz y decía: «La vida es un préstamo que Dios nos ha dado para servirle y respetarle con todas nuestras fuerzas; pero también para amar y servir a nuestra Patria y al Rey». Vivió casi un siglo y acarició con sus consejas y legendarias aventuras la niñez de José Lázaro. Entre ellas, la que llena de romántica emoción, sirvió a Bécquer de motivo para una de sus famosas cartas.

El niño, pues, nació a la vida con una admiración sin límites a este abuelo Galdeánico, verdadero personaje de epopeya, que rodeaba a la familia de historia y orgullo. La vieja casa-palacio, descuidada porque las rentas iban disminuyendo, no dejaba de soportar el empaque que la tradición imponía a tan ilustre linaje, y la actitud ante el mundo, los pormenores inclusive, estaban matizados de imperativos, a los que jamás podía traicionarse.

El padre, Leoncio, maridó con Manuela Gal-

diano, natural de la ciudad de Olite, hija del Alcaide de la fortaleza. Leoncio, ferviente católico, como su mujer, llegaba a insospechados extremos en su fe: gustó de tener siempre—y desde los sesenta años en su propia alcoba—el ataúd en que había de ser enterrado, juntamente con la mortaja y blandones que le acompañarían en su fallecimiento. Todos los años, por determinada época, don Leoncio tomaba sobre sus hombros una pesada cruz, con la cual, durante sucesivas jornadas, caminaba descalzo hasta el lejano santuario de la Virgen de Ujué, escondido en la sierra del mismo nombre.

José Lázaro miraba desde niño, con asombro, las manifestaciones de su padre, que respetaba sin comprenderlas. Para él aquel hombre, abrumado por la cruz, congestionado y vacilante, no era su padre sino un personaje extraño que, de momento, lo suplantaba. Su padre era el que por las noches, con una voz que al niño le sabía a delicia, relataba leyendas nacidas en las ingentes montañas que limitaban el horizonte y que, más de una vez, suponía José que se poblaban, al caer la tarde, de legiones de espíritus excelsos, semidioses, héroes o locos. Así, pues, nunca entraba en el cuarto de dormir de su padre, por el temor supersticioso que los trastos de la muerte le producían. Cuando las prácticas re-

ligiosas difuminaban a aquél ante sus ojos, notaba en su interior un desasosiego que le hacía huir y esconderse en el rincón más apartado de la casona, a llorar amargamente y a dormirse después, fatigado de tanta intranquilidad y malestar. Sin poderlo definir, aquel espectáculo le repugnaba. Jamás el abuelo—cascarrabias lleno de encanto—había llegado a extremos semejantes, y el niño hacía buenas migas con el viejecillo, hasta cuando le reñía con una retahíla de «tacos», que asustaba a sus hermanitos, José reía en su interior y gozaba con el espectáculo del carlistón manoteando en el aire, agitando sus brazos como aspas de molino. El empujoncito que como castigo recibían las nalgas de José de aquellas botas de elásticos del abuelo, jamás dejó de saberle a mimo y a dulzura, y si alguna vez el anciano exageró el gesto, el niño esquivó hábilmente y con fingida malicia la enérgica reprimenda.

La madre, de gran belleza, transmitió a los hijos su palmito, viéndoles crecer gallardos y buenos mozos. Mujer de costumbres aristocráticas, rechazaba lo vulgar de manera instintiva, y hacía culto de cuanto al castillo de Olite se refería. El Alcaide, su padre, influía sobre la imaginación de José y de sus hermanos, suponiéndole cancerbero mayor del reino, dueño de la fortaleza y vigilante de fabulosos tesoros. La vida de doña Manuela fué la de toda mujer cristiana, madre y esposa sumisa, porque no de otra forma podía comportarse dada la tozudez de su marido, popular en todo el contorno.

José Lázaro fué un niño, pero no como todos. Sus hermanos siempre hallaron en él algo que les separaba hasta en sus juegos infantiles. Acataban su superioridad que, en menor grado, disminuía el cariño fraternal. Unidos a otros muchachos de su edad, correteaban todos por el bosque inmediato al pueblo, persiguiendo las picarazas o los pájaros carpinteros. Cuando piedra en mano esperaban la aparición de la nutria en el pequeño río Zidacos, José se echaba en el ribazo más próximo, incapaz de atacar al pobre animal. El bañarse en las pozas más o menos peligrosas que la débil corriente ocasionaba, fué una de las diversiones que dejarían para siempre huella en su memoria. ¡Ah, de aquél fresco del agua, tan limpia, donde algún pececillo huía asustadizo y al que jamás tocaba el niño, sino que animaba en su zig-zag de plata, entre la risa de sus compañeros de natación, que ya comenzaban a llamarle juglar! Su diversión favorita fué el presenciar los partidos de pelota en el frontón que don Leoncio regaló al pueblo. Jamás tomó parte activa en ellos; desde sus primeros años desdeñó los deportes. Avanzada su vida, consideró el sport sólo como motivo de bellas actitudes, capaces de inspirar emociones estéticas; pero el sentido higiénico que lleva consigo ni lo comprendió ni le dió beligerancia.

Muchas mañanas, apartándose de sus amiguitos y burlando la vigilancia de sus hermanos, salía sólo al campo y andaba largo trecho hasta llegar a un prado que le permitiese gozar de soledad y silencio. Entonces se echaba en el césped y, boquiabierto, veía cruzar el cielo al águila carnicera o los buitres chillones que olfateaban desde muy lejos alguna caballería muerta, colocada adrede en una colina lejana del poblado, que llamaban el Cabezo. Entristecía al darse cuenta de que el azul aquél que llenaba toda la bóveda celeste cobijara semejantes instintos y sin explicárselo volvía a sentir en su interior la desazón que notaba en presencia de las manifestaciones supersticiosas de su padre. Cuando aquellas aves, en primavera, se cambiaban por golondrinas, el alma le sabía a caricia y dilataba

sus excursiones más de la cuenta. Una vez se durmió arrullado por el airecillo tibio, cargado de aromas de los pinares próximos... y de pronto, una violenta convulsión le despertó sobresaltado. Su padre le exigía cuentas del susto que en toda la familia había producido su ausencia a la hora del almuerzo. Sin saber cómo, asoció en su mente el gesto de su padre con la impresión que le produjo un caballo desbocado, que vió cruzar cierta tarde por delante de su casa, entre gritos de espanto y carreras de los vecinos. En adelante, nunca pudo separar una imagen de la otra, y aunque ello le mortificaba, aceptó lo inexplicable. Pero el pájaro que siempre le subyugó fué la cigüeña. La seguía en su vuelo, que acababa siempre en la hechicera torre del castillo de Olite, y entonces surgía en su mente infantil un cuento en que tomaba parte su abuelo el alcaide, la cigüeña portadora de mágica misión, el hada que se le aparecía con la cara de su madre y no sé cuántos personajes más. El castillo de Olite



era, como de costumbre, para el niño, la leyenda cuajada en piedras. Había oído referir historias de un príncipe enfermo, que escuchaba versos de un amable poeta levantino entre los ajimeces de las galerías. Había oído también muchas cosas más: los nombres preclaros como el del buen rey Carlos el Noble; y los horrores y desmantelamientos bajo Cisneros, o la francesada. El castillo era un manantial de poesía para aquella infantil imaginación.

Lo que nunca pudieron sus hermanos ni sus compañeritos fué llevarle al Cabezo a presenciar el banquete de las aves de rapiña sobre la carroña de los viejos animales lanzados allí por la desidia e indiferencia de los hombres del pueblo.

Ya lo feo le llenaba de espanto y constituía una verdadera enfermedad para aquel espíritu sensible. Una vez, bañándose en el Zidaco y al ir a alargar la mano para comenzar a vestirse, vió aparecer entre la hierba una culebra y fué tal su repugnancia que quedó inmóvil, como petrificado. Su hermano Jesús, hábilmente agarró al ofidio y lo zarandeó en el

aire para evitar que se le enroscara en el brazo y aplastó sobre las piedras del puente la cabeza del bicho, entre las risotadas de los demás menudos bañistas, que se burlaban del temeroso José. Este, en silencio, protestaba del miedo que le achacaban; porque más aún que la presencia del animal le repugnó la actitud de Jesús, que ahora veía alabada entre extremos valentones por cuantos presenciaron la peripecia.

Los inviernos transcurrían en la escuela rural, en la que el viejo profesor, haciendo gala de preciosa caligrafía, obligaba a esmeros pendolistas a los muchachos, y cuando no, se pasaba las horas hablando de los carlistas y sus victorias próximas. El bueno del dómine fabricaba con gran rapidez, mientras continuaba sus peroratas, plumas de ave, para que fueran manejadas por las torpes manos de sus pequeños discípulos. Para ayuda de sus propósitos, repetía una y cien veces que por la letra se juzga siempre a la persona que escribe. Las matemáticas eran confusamente explicadas por el maestro, y gran número de veces los guarismos exigían una comprensión que excedía de los límites de aquellas débiles inteligencias infantiles.

Y entre los paseos campestres en el verano y la asistencia a la escuela en el invierno, discurría la vida de José Lázaro, cuando salía de su casona almenada de escudos sobre el portalón.



Un día doña Manuela murió. Aquella madre hermosa, poco a poco fué disminuyendo su actividad y en plena juventud se vió precisada a que el cuerpo no compartiera la inquietud que bullía en su alma. Gustaba en sus últimos años de rezos y limosnas. Antes de la cena leía a sus hijos y criados vidas de santos, deteniéndose complaciente en la de Francisco Javier. Afirmaba que aquellas narraciones eran el mejor estímulo de los que iban para hombres. Los otoños iniciaban en la buena mujer un anhelo respiratorio, que el frío convertía después en fatiga mortificante hacia la caída de la tarde. A mediados de enero se calmaba su angustia, que renacía con los primeros albos primaverales, para dejarla tranquila cuando el verano comenzaba. Aun creyéndose normal, el más leve esfuerzo llevaba siempre consigo el fantasma del ahogo que, al fin, había de matarla en un lluvioso día de noviembre, cuando la tarde huía acosada por el frío de la noche.

El mozuelo supo entonces lo frágil que es la vida y el milagro que representa conservarla siquiera un instante. No hay hijo que deje sentirse sorprendido por la muerte de sus padres. Pero cuando el accidente se da en los años jóvenes, el impacto psíquico puede cambiar un carácter.

José rezó en la vieja iglesia por aquella madre rubia, de ojos azules y manos hermosas, que acariciaron tantas veces la cabecilla que hoy, triste y confusa, pensaba en lo finito de cuanto le rodeaba. La pena echó raíces en el alma del muchacho y se sintió íntimamente distinto del que había sido hasta entonces. La distancia que le separaba de su padre se acortó insensiblemente y lo miró con cierta impertinencia, como si hubiese crecido en conocimiento y fuera el de su padre, menos alto de lo que hasta ahora suponía.

Faltando la madre, otra mujer ocupó su puesto en la casa, la fiel Sotera, el ama de llaves, que vino al mundo en la solariega mansión, la misma que había visto nacer a él y a sus hermanos. Era la que ocultaba al padre las travesuras; la que los vestía en días de fiesta para la misa mayor y la que los despertaba paciente las mañanas para ir al colegio. Con re-

ligiosa unción, procuraba que los niños repitieran en latín las oraciones que había aprendido de labios de la difunta señora. Con un beso despedía a cada uno cuando salían para excursiones o viajes, y los esperaba, inquieta, si tardaban más de la cuenta. Esta mujer la lloró José como a su madre cuando el Señor la llamó a su lado.

Por cierto que fué la que recogió las primeras emociones estéticas y, sobre todo, los primeros comentarios que él hiciera sobre arte. Al regreso del muchacho de su viaje a Burgos de la visita a las Huelgas, donde regía la comunidad la tía canonesa, José, como iluminado, describía a Sotera, a sus hermanos, al señor cura y a cuantos se reunían para oírle, las maravillas de la Catedral, del monasterio monjil, del Arco de Santa María, de San Esteban, de San Nicolás... Vibraba el alma infantil con una vehemencia que extrañaba a unos y hacía sonreír a otros.



Y pasó el tiempo.

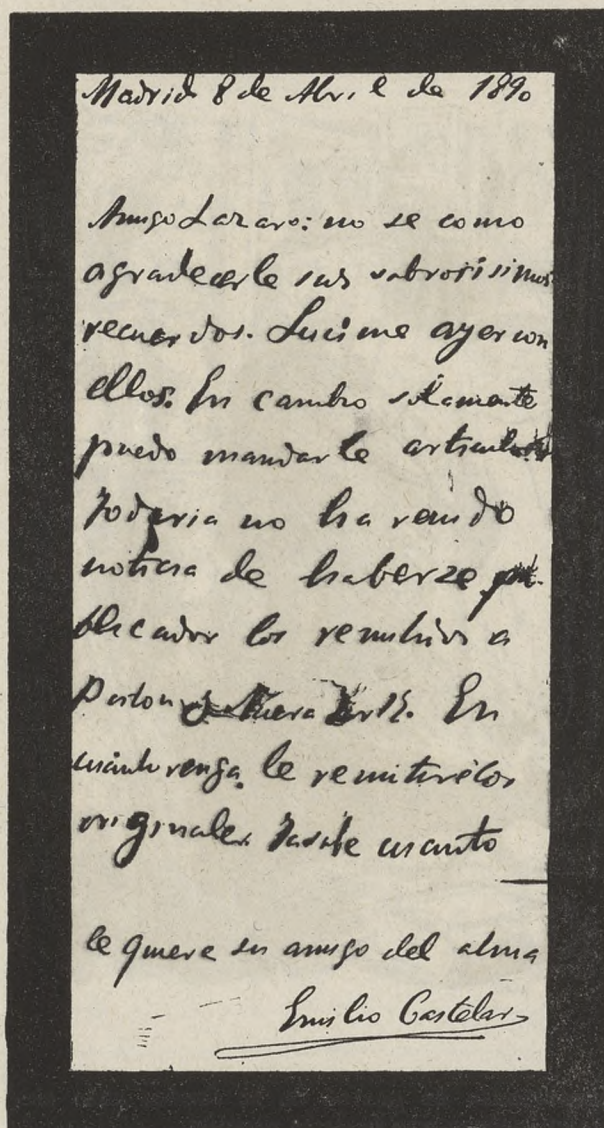
Don Leoncio dispuso que su hijo mayor estudiase el Bachillerato en el colegio de los Escolapios de Sos del Rey Católico, y una mañana, acompañado de un hombre armado y despedido por los lloros de Sotera y de sus hermanos, partió el cochecillo que llevaba como viajeros a don Leoncio y a Pepito, dispuesto este último a ser todo un hombre de provecho. El viaje no se hizo largo, aunque los caminos no eran ciertamente modelos de comodidad. Con alguna que otra parada y tal cual desvencijamiento, llegaron por fin al colegio, donde le esperaba—pues se lo habían recomendado—el venerable P. Rudesindo, virtuoso sacerdote que llegaba hasta llorar cuando alguno de sus alumnos le faltaba al respeto con bromas de dudoso gusto. Fué entonces cuando el colegial comenzó su amistad con el simpático Sarasate—pariente del gran violinista—muchachote aturdido y jaranero, fácil al chiste y mordaz en su trato. ¡Cuántas veces había hecho asomar las lágrimas a los ojos del P. Rudesindo! El alocado compañero acabó su vida en plena juventud, en un hospital, allá en la Argentina. Su muerte afectó a José, aunque hacía años que se habían separado, por el distinto modo de comprender la vida.

Lázaro fué un gran alumno; pasaba, por propia voluntad, gran parte de la noche estudiando a la luz de una vela. Tuvo gran inclinación por la música, las matemáticas y la historia. El padre quiso, como premio, colmar los deseos de su hijo, enviando al colegio un profesor de violín, que fué después el que enseñó el piano a la pequeña Asunción Lázaro, la hermana menor. Por su aplicación le fué concedido a José el raro privilegio de comer y departir después con la comunidad en el refectorio.

Su innata curiosidad le llevó en más de una ocasión a quebrantar a hurtadillas la vigilancia de los rectores y penetrar en la biblioteca, en la que experimentaba raro placer en acariciar los lomos de los viejos libros, los que, una vez hojeados, colocaba con maternal cuidado en el mismo anaquel de que los había retirado. Estas visitas furtivas, al principio, fueron más continuadas después, y acabaron por llamar la atención del Padre Superior, quien, de modo oculto, contempló una tarde en silencio la «diablura» del mozuelo, que llegaría a ser gran bibliómano. Este, al sentirse descubierto, no manifestó temor alguno, por el contrario, su-

plicó al Superior le fuese concedido permiso para consultar todos aquellos folios que hablaban del pasado y por los que ningún alumno mostró jamás interés. Con agrado de ambos el permiso le fué concedido tras una breve admonición y advertencia de que no podría hacerlo en las horas de estudio y con el mutuo acuerdo de que no significase aquél género de consultas menoscabo para la obligada atención a las disciplinas del bachillerato.

Por tal época, los Escolapios tenían por lema lo de que «la letra con sangre entra», y ciertamente que no lo echaron en olvido y lo practicaron con generosidad cuantas veces hubo necesidad de emplearla. Aquello no fué óbice para que el perillán de Sarasate, a quien parecía que Dios Nuestro Señor no le diera otra misión en la tierra que la de idear travesuras y agudezas propias de su carácter risueño y simpático, siempre dispuesto a ser grato a sus condiscípulos, calmara sus ingeniosidades.



Cierto día, y en la clase de estudios, tuvo que salir de su aula por breves momentos el sacerdote que vigilaba requerido por un compañero. El corto lapso de tiempo fué aprovechado por Sarasate quien, corriendo por entre las mesas, apoderose del olvidado birrete y, enarbolando un puntero como bandera y sacándose la camisa por la parte posterior de su persona, e imitando en sus gestos la voz del ausente cantó: «Yo soy descamisau; me gusta la igualdad. Si yo no tengo un cuarto, que nadie tenga más».

Y dirigiéndose a Pepe Lázaro, que tenía fama de repentizar romances, le espetó, sin abandonar su cómica actitud, y entre el regocijo de la alborotada clase:

—A ver tú, Lazarillo, si puedes responder alguna cosa en verso.

El interpelado, al sentirse llamar Lazarillo, abandonó su actitud sonriente y poniéndose en pie contestóle friamente:

—Sarasate, tú sabes muy bien que para firmar y para todo, antes que Lázaro soy José, el honor lo llevo en los apellidos de mis padres, no en el nombre; así, pues, podéis llamarme Pepe o como gustéis pero si alguna vez vuelves a tomar a broma mis apellidos, no tendrás mi amistad.



Por la vieja ventana ojival, tocada de travesuras renacentistas, penetraban los últimos rayos del crepúsculo. La claridad del día al disiparse parecía invitar dulcemente a cerrar los ojos y dejar vagar el pensamiento.

Dentro de pocas semanas abandonaría Beire. Se alejaría nuevamente de la casa paterna y el viaje no le llevaría a Sos del Rey. Era ya todo un señor bachiller que podía usar el Don ante su nombre y, en lo futuro, agregaría a éste el título de abogado, ya que por disposición paterna iba a estudiar Leyes. Hubiera preferido otras disciplinas más en consonancia con su espíritu. Pero su padre le consideraba inteligente, con facilidad de palabra y una gran voluntad. Aquella tarde, como otras muchas de las bien merecidas vacaciones veraniegas, estuvo leyendo cosas relacionadas con arte y literatura en las revistas que llegaban de Madrid y Barcelona. ¡Qué delicia los maravillosos grabados, en que aparecían escenas de caza, tumultos de batallas, bellísimos retratos... y, sin embargo, pensaba, había algo más atrayente en aquellas pinturas góticas, que tantas veces tuvo ocasión de gozar allí mismo, en Beire, o a lo largo de sus solitarios paseos a caballo, que concluían en alguna aldea del contorno, no sólo con el objeto de disfrutar de la presencia, para él nada indiferente, de su prima Manuela Galdiano, sino para extasiarse con su visita a la iglesia, en la que, tras breve oración, contemplaba con arrobos cuadros de vírgenes, de santos y trances de la dulce vida del Divino Maestro.

Y le daba pena pensar que todo cuanto hablaba de pasados siglos y que le ayudaba a soñar, estuviese ajeno a una mano amiga que le preservase de la acción destructora del tiempo.

Cada vez que, sudoroso y embelesado, regresaba a su casa, penetraba ligero y afanoso en la amplia habitación que servía de biblioteca y, a semejanza de lo hacía en el colegio, hojeaba incasable los libros hasta hallar lo que le interesaba.

De qué buena gana y obedeciendo a impulsos de su corazón, hubiera descolgado aquellos cuadros y cargado con ellos como rico botín, los transportaría a donde los pudiera mirar a sus anchas y mimarlos con aquella su juvenil pasión.

Estaba decidido; más tarde o más temprano comenzaría a trabajar, incansable, hasta rodearse de cosas bonitas, de reliquias gloriosas, cuyo verdadero valor creía apreciar mejor que nadie. La mengua de la hacienda, incompatible con su afán, empujaría al hidalgüelo al esfuerzo y a la aventura.

Pero, ¿acaso su padre no coleccionaba también toda clase de objetos de plata? Aquel par de candelabros artísticos que tenía frente a él eran preciosos a su modo de entender, al igual que todas aquellas fuentes, fruteros, platos, bandejas, de que estaba llena la casa. Su padre se ufanaba en atiborrar aparadores y anaqueles de cachivaches del preciado metal.

Por la abierta ventana se divisaba, como un

oscuro fantasma, la mole del castillo que tantas veces le invitó a sentimentalizar. Pero en este caso brincó en su memoria un alborozado recuerdo: creía ver a Galdeánico escuchando en las noches cálidas la fatigada voz del sereno: «Ave María Purísima. Las diez. ¡Viva la Constitución!». Aquel «viva» que estallaba como un feroz latigazo en los oídos del anciano, que se alejaba furioso, gritando con toda la fuerza de sus gastados pulmones: ¡Caraja, caraja!...

La imagen del querido viejecillo le daba nuevas fuerzas. El estudiaría Leyes, como había dispuesto el padre. Pero no le era suficiente, y lucharía, lo necesario para conseguir ver cumplidas sus aspiraciones de persona de calidad en el mundo del arte o la literatura. ¿No lo eran asimismo aquel don Emilio Castelar, o aquel don Ramón de Campoamor, cuyas cartas se recibían en casa y se leían con emoción en la tertulia familiar que seguía a la cena?

El ruido de los goznes de la puerta al abrirse, acompañado de un leve roce de gruesas faldas sobre el desnudo pavimento, hizo alzar al muchacho la cabeza. Era Zita, la vieja criada; traía en su mano izquierda un candelabro con el que iluminó la estancia tenuemente. Por todo saludo, murmuró:

—El señor desea que bajes a cenar.

Las mismas palabras todas las noches venían a cortar sus pensamientos.

Pronto empezaría el camino que habría de llevarle a hacer evidente su deseo.

IV

Llegado a Barcelona para estudiar Derecho, ocupó una casa de huéspedes en la calle del Conde de Asalto, en donde habría de permanecer gran parte de los años que viviera en la ciudad condal. Se trasladó después, en los últimos tiempos, a una flamante pensión que se inauguró en el Paseo de Gracia. Llevaba como único bagaje ajeno a sus esperanzas y afanes, una carta del tío Esteban Galdiano, director de la sucursal del Banco de España en Pamplona, para el que regentaba la del mismo establecimiento en la capital de Cataluña. Fué admitido como empleado de Caja, y desempeñó su puesto con asiduidad. El que se suponía inclinado a los quehaceres artísticos puso en los libros de balance, negocio de letras y documentos de crédito rara atención que, en lo sucesivo le serviría para amasar su colosal fortuna. Hizo compatible todo ello con su asistencia a la Universidad y con sus escauceos bibliófilos y peridísticos.

Escribió en «La Vanguardia» y en algún otro periódico sobre temas estéticos y acabó opinando en política hacia una democracia conservadora.

Posiblemente, había en Barcelona los diarios «Liberal» y el «Heraldo», dirigidos por don Darío Pérez, aragonés de fuste que, como Lázaro, vivió en la calle del Conde de Asalto y Paseo de Gracia. Formaban tertulia, además de Pepe, sus hermanos y el nombrado Darío Pérez, el doctor Simonena, médico navarro, que sería catedrático de la Universidad Central, Valentín Gayarre, sobrino del célebre tenor... Más tarde se les unió Mariano Benlliure, que por aquella fecha acostumbraba a firmar sus trabajos con el seudónimo de «El picapedrero». El artista valenciano se hospedaba con frecuencia en casa de Darío Pérez, en la propia redacción de «El Liberal» en la calle del Conde

de Asalto y almorzaba insistentemente en la pensión de los Lázaro. José ocupaba las horas que le dejaban libres su puesto y los deberes universitarios, en visitar las librerías de viejo y con su raro «olfato», rebuscaba ejemplares rarísimos, que adquiría y llevaba a su cuarto de la pensión, llegando a transformarlo en biblioteca de valor incalculable. Con esto comenzó su fortuna, pues los cambalaches entre los bibliófilos constituyeron su más productiva actuación.

No obstante, los mejores ejemplares los guardó con avaricia y fueron después germen del tesoro que forma hoy parte del «Parque Florido». Cuanto ganaba lo dedicaba, pues, a este aristocrático comercio, mitad por interés y mitad por su noble ansia de cultura. Una cosa compartía con todo ello las ganancias del joven estudiante, el afán de pulcritud y limpieza de su atuendo. Su manía era tal que se mudaba de camisa tres y cuatro veces al día. El planchado y almidonado de los hermanos Lázaro llegó a ser en algunos meses la partida más



importante de gastos de la fonda; más elevada incluso que la de la comida.

Crecía José Lázaro y su natural correcto iba lentamente estilizándose hasta lograr una suave cortesía, matizada de cierta afectación que no le hacía antipático, aunque bordeara lo cursi. Bien es verdad que su palabra llena de encanto permitía olvidar rápidamente aquella afectación. Los años no consiguieron borrar nunca esta leve pincelada de cursilismo. Sólo cuando las circunstancias económicas le permitieron cierta libertad para actuar, ocultó todo ello con la impertinencia del socialmente poderoso y la irritabilidad del viejo un tanto egoísta y socarrón.

En Barcelona se inició en José Lázaro un odio a los perros, que conservó toda su vida. Nacido de haber acompañado en los últimos momentos a uno de sus amigos, mordido y preso de hidrofobia. Quedaron en las pupilas de Lázaro los espasmos convulsivos, los gritos apagados, los dolores intensos, la parálisis y la agonía respiratoria que martirizó a la víctima largas horas. Nunca más consintió la menor broma relacionada con lo que él llamaba «el enemigo del hombre».

Al regresar a Pamplona, hecho todo un abogado, su tío Esteban le aconsejó una temporada en Londres, a donde habría de ampliar cuanto se relacionare con la técnica bancaria. No lo dudó Lázaro, tanto más cuanto que el tío Estebanillo le acompañó de buena bolsa y eficaces recomendaciones. Y allí fué Pepe, con deseo de ver mundo y estudiar ambientes desconocidos. En Londres vivió poco tiempo, y lo que hizo casi no lo comentó en el transcurso de sus años después. En realidad, la meta de sus afanes era Madrid, con su ambiente aristocrático y sus cenáculos literarios y artísticos.

—Debemos ir a Madrid—repetía a sus hermanos—, allí una nueva vida nos espera.

Y a la capital llegaron en una noche de invierno de 188...

V Vivía en un principio en la calle de Recoletos y ganaba su jornal en una notaría. José Lázaro fué lentamente separándose de sus hermanos. Siguió siendo el investigador tenaz y curioso de tiendas de viejo, casas de empeño, anticuarios y librerías... Su instinto nativo le permitía descubrir las mejores piezas, que pasaban inadvertidas a los propios comerciantes en la materia. Poco a poco fué haciéndose un extraordinario «marchante», que traficaba y se emocionaba a la vez con sus hallazgos. Ciertos objetos jamás los enajenó e iniciaron la maravillosa colección que le daría universal renombre. Conservó toda la vida su primera adquisición, una medalla del Pisanello que compró por cinco pesetas y que hoy luce su belleza en el Museo de la calle de Serrano. Todo ello le permitió poner casa en la cuesta de Santo Domingo, 16, que alhajó con singular acierto y servía de comercial escaparate y sitio a la vez de reunión a la mejor gente de la Corte, fueran o no de afanes coleccionistas.

Las habitaciones se hallaban dispuestas con graciosa intimidad, ajena a lo que pudiera significar utilidad comercial alguna. Parecía la mansión de un hidalgo que pusiera a disposición de sus amistades hasta los más recónditos lugares de su vivienda. La cultura y natural elegancia de Lázaro realizaron el admirable conjunto. El éxito conseguido le animó a inaugurar nuevo piso con idénticas características en la calle de Fomento, 7. Pero vivía en la Cuesta de Santo Domingo y dormía en la propia alcoba que enseñaba después. Lázaro pudo abrirse paso en la intrincada sociedad madrileña. No era muy alto, pero de armónica proporción, resuelto de gesto y sabiendo contener su brusquedad navarra bajo educadas formas. Sus ojos azules y vivos definían una mirada a la vez serena y marrullera. La tez blanquísima y sonrosada, contrastaba con su rubianca barba cuidada en extremo. Sus cabellos, rizados con cierta gracia, se escapaban perfectamente peinados y brillantes bajo un impecable sombrero de copa.

Conoció y trató a Cánovas, Castelar, Echeagaray, Galdós, Campoamor, Emilia Pardo Bazán, Basilio Paraíso y a tantos otros. La casa de la Cuesta de Santo Domingo era visitada por los ingenios de la Corte, los políticos y los aristócratas. Nadie que se las diera de culto podía faltar de aquellas reuniones donde se criticaba lo divino y lo humano a la vez que se hacían numerosas transacciones.

Lázaro conocía de pintura más y mejor que nadie. Entre los eruditos en la materia, pronto fué conocido con el nombre de «San Juan Bautista». Veamos por qué:

Era fama el que a Pepe Lázaro le bastaba examinar una tabla o lienzo cualquiera para descubrir el nombre de su autor con rapidez asombrosa y en la mayoría de las veces acertaba al «bautizarlo». Lázaro era consultado por los más eximios aficionados y su diagnóstico se admitía sin vacilar.

Asistía como contertulio a las más ilustres casas en prosapia o inteligencia. A donde más a su gusto acudía era a la de la Pardo Bazán. El semanario festivo «El Gedeón», dirigido por el inolvidable Luca de Tena, publicó una caricatura en tamaño postal titulada «La Huída a Egipto», donde aparecía montada sobre un horriquillo la gran escritora, llevando en sus brazos una niña, hija suya, que más tarde casaría con un joven de ilustre apellido, y el San José que completaba la composición y guiaba la brida del jumento, era el apuesto don José Lázaro Galdiano. Interrumpía de vez en cuando su estancia en Madrid para marchar a Francia, Inglaterra o Italia, de donde regresaba cargado de objetos que adornarían su deliciosa mansión y le proporcionarían pingües ganancias.

Todo esto no le evitaba colaborar en los periódicos, comentando asuntos artísticos y de vez en cuando opinar sobre la política del día. De «El Liberal» fué redactor y colaborador asiduo; más tarde figuró en el consejo de «El Imparcial». No era ciertamente Lázaro un sabio sino un perito de cuanto se relacionaba ampliamente con el mundo del arte. De natural surgía en su cerebro la clasificación de aquello que veía o presentaban a su consulta. Infinidad de veces el más sorprendido de su acierto era él mismo. Repasaba los libros indispensables, quizá menos de los que constituyen el bagaje de cualquier vulgar aficionado. Dueño de una memoria visual extraordinaria, quedaban fijadas en él las impresiones de sus reiteradas visitas a museos y colecciones particulares. Completaba esto con una enorme cantidad de fotografías, que continuamente estaba revolviendo. Hasta el fin de sus días, su verdadero estudio fué un incesante mirar y remirar fotografías.

Una facultad discriminativa congénita era explotada por Lázaro, con gran sentido común. Hombre cerebral, jamás hizo estandarte de su corazón. Nada de afectividad, ni en los últimos años, fáciles como todos los viejos a las lágrimas, aparecían éstas al socaire del menor impacto psíquico. Para él los marfiles paleocristianos o las miniaturas persas, los primitivos del cuatrocientos o las estatuillas italianas renacentistas no significaban la menor intranquilidad espiritual. Como un jugador, su deleite se hallaba en acertar con la exacta clasificación y, después, atesorar... Deleite también fué en él arrebatarse a quien fuere la presa que se consideraba comprometida. En su vida existen anécdotas deliciosas llenas de infantil ingenuidad. Sabiendo que de Portugal salía una Comisión que habría de recoger, para el Museo de Lisboa, el retrato de Pedro III monarca lusitano, Lázaro, adelantándose, lo adquirió silenciosamente, gozándose después con la natural contrariedad de los comisionados, a los que dejó llegar hasta el lejano «marchante» que poseía el lienzo. Exactamente ocurrió con las piedras-retratos de la familia Imhof. ¡Cómo se divirtió el viejo don José ante el director del Museo de Berlín, cuando éste, creyéndose dueño de las deseadas piedras, se asombró de que se le hubieran escapado de las manos y cayeran en las de Lázaro! Estas travesuras las relataba, socarrón, con gestos de picardía aldeana y acompañándose de una risita, que

encandilaba sus ojillos grises como su barba.

Pero volvamos a don José Lázaro en su devaneos cortesanos del Madrid décimonono.

Asiduo al Ateneo, enredaba su charla con Romero Robledo, Núñez de Arce y tantos más que, después, recibía en su casa de la Cuesta de Santo Domingo. Una tarde le notaron los amigos como ensimismado. Al salir del círculo se despidió de ellos con urgencia y bajó sólo por la calle del Prado.

Había contemplado días pasados un extraño y bello cuadro que había llamado poderosamente su atención. Caminaba con la obsesión del pequeño lienzo. Lázaro, en aquella época de su vida ganaba mucho y nunca tenía un céntimo. El dinero contaba poco para él, fa-

nal y procedía de un convento de provincias, habiendo pagado por ella bien pocas monedas.

Lázaro tampoco se daba cuenta a ciencia cierta del valor de aquella pieza que se había clavado en su retina con perennidad de obseso. Pero él, mejor que nadie, tenía la intuición de lo que significaba. Amaba el arte antiguo y se ufanaba, no sin cierta razón, de ser en aquellos tiempos su único comprador en España. Y comenzó la batalla en el terreno económico. La misma batalla que tantas veces libraría en su juventud. Siempre se dijo: «Nada más fácil que engañar a un enamorado del arte antiguo». Pero en este caso el engañado fué el honrado comerciante, que en mil pesetas tasó la venta. El trato se cerró en ochocientas cincuenta, pagaderas en dos plazos. Y de este modo fué adquirido el cuadro.

Pasaron los años. La pintura en cuestión se colgó en el «Parque Florido» cuando Lázaro, en la plenitud de su fama, había logrado una prodigiosa colección. Y fué preciso que un visitante extranjero, amigo de la casa, reparase en la adquisición feliz y aun desconocida de años atrás. Aquél hombre quedó perplejo, como en éxtasis divino. ¡Leonardo de Vinci, lo firmaría ahora mismo con mi sangre!, exclamó con alegría infinita. ¡Leonardo!, repitió Lázaro a tiempo que con sus acicaladas manos traía hacia él el rostro de la hija de Verrocchio que el gran maestro italiano plasmara en la pequeña grande obra. A los pocos días sumas ingentes de dinero se ofrecían por el lienzo que manos de angel parecieron pintar.

Esta es la historia del cuadro que se expone hoy día a la admiración pública en los espléndidos salones del Museo Lázaro Galdiano.

*

El sentimiento de la Patria no fué de los olvidados por Lázaro. Si no lo cultivó por lo menos lo supo conservar como recuerdo que convertiría en llama en momento oportuno. Eran los tiempos de la guerra de Cuba cuando Lázaro fué a La Coruña, con Rogelio, a despedir a su hermano Jesús, que marchaba a las Américas.

En cada hogar marinero, como en los de tierra adentro, se rezaba en silencio por los hombres que peleaban con valor y desesperación en las lejanas islas, que se desprendían ensangrentando a la nación madre, que las honró civilizándolas.

El aire que envolvía a la ciudad temblaba con anuncios de tristes presagios. La lluvia sabía a lágrimas. Se tenía la certeza de que la escuadra española carecía de carbón en sus calderas. Que sus hombres se habían juramentado para vender con honor sus vidas ante el yanqui potente y orgulloso. Que barcos como el «Indian», el «New York», «Oregón», «Massachusetts», «Texas», «Iowa» iban formando un gigantesco arco de acero que aniquilaría sin piedad la hidalguía de los viejos navíos de España. Y así fué. Uno tras otro, con la misma gloria que sus abuelos en Trafalgar, cayeron aquellos bravos que inmortalizaron, tiñendo de rojo, el cálido amanecer del 3 de julio de 1898.

En la noche silenciosa, arrullada por la breve brisa marina, un clamor, primero, un griterío ensordecedor, después, se esparció por la ciudad. La tirada extraordinaria de un periódico se voceó, rabiosa y estridente, a las tantas de la madrugada «con el hundimiento de la escuadra española». En un momento La Coruña animó sus rúas. Todas las clases sociales se agolparon en ellas. La amargura, el escepticismo y desaliento aparecía en cada



Continental Express.

SOCIEDAD ANÓNIMA
AGENTE DE LA REAL CASA



Transportes terrestres y marítimos,
correo y facturación de equipajes de las estaciones a domicilio y viceversa,
despacho de Aduanas, compra de toda clase de encargos, embalaje
y envío de los mismos a cualquier punto del globo.

GIROS, COBRO DE INTERESES, COBRO DE VALORES Y DESCUENTO DE LIBRANZAS DEL GIRO MUTUO
Teléfonos públicos.—Conferencias y despachos.

*Adjuntas 25 pesetas.
El vergonzoso que un hombre
joven viviera de esta ma-
nera.*

*Por última vez, estoy dis-
puesto a pagar el viaje a
América, dar dinero para
el bobillo, un cheque para
cobrar allí a fin de vivir
hasta encontrar colocación
y un baul de ropa vieja
nueva para llegar bien vestido,
cosa indispensable en Amé-
rica donde se estima mucho*

el oro y la concecion

*Si aceptar y dar tu palabra solo
exijo la salida directa, sin ir a
Bilbao, ni pensar en cobrar ni
pagar deudas, ni decir nada
a nadie mientras no hayas
ganado una fortuna, cosa allí
fácil que sería cuando pa-
gases lo que quieres, lo que debes.
La respuesta a la Calle de
Tormento, 7, por escrito.*

(CARTA DE LÁZARO GALDIANO A UN PARIENTE.)

nático, enamorado del arte. Entró en la tienda; en la repisa de una chimenea estaba la codiciada pintura. Un menudo retrato de admirable traza y autor desconocido. ¿Una bella copia? ¿Un momento feliz de gran inspiración de un artista ignoto u olvidado? Ante aquél óleo habían pasado indiferentes, sin fijar su atención, toda clase de visitantes. Desde el lego en la materia hasta figuras señeras y rectoras del Museo del Prado.

El propietario del establecimiento, el anticuario Domínguez, hijo, ignoraba por completo en sus juveniles años que aquello era una obra maestra; había llegado a sus manos casualmente; era su primera compra como profesio-

gesto, en cada expresión y en cada palabra.

Pepe Lázaro miró con dolor y tristeza infinita hacia la calle. El no tenía nadie luchando allá, en la manigua ni en el mar. Apoyó los codos en el alféizar de la ventana, crispó los puños desesperadamente hasta hacerse sangre y lloró como en sus primeros años, allá en Navarra, cuando una ilusión se esfumaba de su corazón.

¡Cuánto amó en aquel momento a la Patria!

—«Todo nos lo han quitado. Todo nos lo han llevado»—decía meses más tarde. —«Hasta se habla por los corrillos políticos que los Estados Unidos pretenden cobrarse la indemnización de guerra en obras del Museo del Prado. Si en mí estuviera, si la Virgen de Galdiano me hubiese elegido para ello, llevaría a cabo durante mi vida una tarea gigantesca. Con la misma fe que el anacoreta en su retiro, con el mismo cariño con que la cigüeña de Olite, que tanto contemplé en mi niñez, va y vuelve incansante hasta formar su nido, realizaría una tarea desconocida hasta ahora en España: la de traer nuevamente los tesoros que fueron españoles y otros que merecen serlo y que están perdidos en Europa o al otro lado del mar.»

VI

«La España Moderna» nació de un deseo de Cánovas, el que pensando dotar a Madrid de una revista de cultura general, pero adicta a sus inspiraciones políticas, se aconsejó de Castelar para cubrir el puesto de director. Y fué el tribuno republicano el que indicó a José Lázaro. Nació «La España Moderna» con formato libresco, imitado de lo que acontecía en París, y en sus páginas colaboró lo mejor de la intelectualidad de su época. Lázaro dió al periódico un amplio sentido de discusión y doctrina. Se cultivaron todos los géneros, desde el arte a la filosofía, desde la elevada política a la poesía y la crítica literaria. Fué un anticipo de lo que muchos años después había de hacer la «Revista de Occidente». Trajo a la Patria las intranquilidades que temblaban en el pensamiento intelectual del mundo y se importaron matices españoles a los problemas que se debatían.

«La España Moderna» fué una personal y brillante aportación de Lázaro al periodismo español y, después, un motivo editorial que supo popularizar entre los estudiosos, artistas especialmente.

Como curiosa expresión del espíritu que animaba a los redactores y especialmente a su director, copiamos el enunciado que apareció en el tomo 168, año 14, con fecha 1-XII-902:

«Deseando corresponder al favor del público, y con el objeto de que la Revista pueda ser adquirida por personas de posición modesta, en lo sucesivo, mejorando las condiciones intelectuales, y sin cambiar en nada los materiales, los precios de suscripción serán los siguientes:

En España, seis meses, 10 pesetas, en vez de 17.

Idem ídem, un año, 18 pesetas, en vez de 30».

Los trabajos del número en cuestión iban firmados por Potapenko, Santos Chocano, Emilia Pardo Bazán, Gómez de Baquero, Fernando Araujo y Juan Pérez de Guzmán. Por cierto que Gómez de Baquero comenta «la reciente» entrada en la Real Academia de la Lengua de don Ramón Menéndez Pidal, cuyo discurso versó sobre las fuentes en que bebió Tirso de Molina para escribir «El condenado por desconfiado».

✱

Y llegó a Madrid a pasar una temporada doña Paula Florido, acompañada de sus hijos.

Paula, ya madura, iniciada la cuarentena, fué la primera esposa del comerciante argentino Francisco Ibarra, con el que casó adolescente. Ella, de modesta posición, respetó a su marido que le llevaba muchos años, y le cuidó con cariño hasta su muerte, acaecida a poco de su matrimonio. Ibarra dejó a su viuda un hijo y una buen fortuna, que las circunstancias económicas de la República del Plata elevaron después extraordinariamente. En un viaje por España, Paula se enamoró en Sevilla de un andaluz ciento por ciento, Vázquez Barrios, periodista modesto, que se dejó querer y quiso después a la que con tanta generosidad se le entregó. Muerto también el segundo marido, que si no pudo dejarla capital alguno le dejó una hija que hacía las delicias de la viuda por segunda vez. De regreso en la Argentina volvió Paula a casarse con un apuesto criollo, el joven Rodolfo Gache, que también sucumbió y que igualmente que los anteriores, fué el padre de un niño. Y Paula, quizá para ahuyentar de sí tantas penas, inició por Europa nuevo viaje, acompañada de sus tres hijos, que por ser de distintos maridos los consideraba sólo suyos y los amaba con ternura infinita. Porque ellos existían, no consideraba fracasado su amor. Sin ellos, el recuerdo de ausencia la hubiera sumido en la tristeza y misantropía.

—Sois únicamente míos y habréis de amarnos entre sí—les decía—porque el mismo amor os ha concebido. El mío, únicamente el mío. Fuí yo quien os pensé y quien os hice en mi alma, y nada ni nadie tiene participación en vuestra vida. Unidos debéis estar, como partes de mi propio corazón.

Los hijos adoraban a aquella madre guapa, dulce e inteligente que había sabido llegar a gran señora desde modesto origen. Las ternuras de Paula para sus hijos comenzaban por saber arreglarse y lucir entre la sociedad de su tiempo. Afirmaba que era su obligación para conservar la admiración que por ella sentían, pues nada como el asombro para mantener el cariño. El que estuvieran orgullosos de su madre era el incentivo que necesitaban para amarla locamente. La delicia de su trato para ellos y el cuidado de su persona y atuendo lo suponía inseparable e imprescindible.

—Es necesario que me crean un poquito «diosa»—repetía con frecuencia.

Paula, en el transcurso de su vida, fué educando su espíritu. Leía incansablemente y tenía afición a objetos raros, que contemplaba después, a solas en su habitación del hotel y enviaba a Buenos Aires cuando otra nueva compra ocupaba el lugar de la anterior.

Naturalmente, Paula fué a casa de Lázaro, en la Cuesta de Santo Domingo, y Lázaro se sintió atraído por aquella mujer culta, delicada, de buen ver y afectada elegancia. Paula admiró al navarro en lo que por su tipo y maneras tenía de atrayente y lo consideró hombre despierto y escritor de gran abolengo.

Se inició una mutua simpatía, más en él que en ella. Esta le adelantaba en varios años y, además, los reiterados y fallidos matrimonios habían pincelado su alma de cierto matiz de escepticismo. La persecución fué implacable; a cuantos sitios llegaba Paula, allí se encontraban los ojillos grises y emocionados de José Lázaro. En saraos, espectáculos, paseos o conferencias, de las que era muy aficionada, siempre tenía como fiel admirador y acompañante a distancia a Lázaro.

Y llegó lo inexorable. El día 19 de marzo de 1903, y en la iglesia de San José, se casaron el joven periodista y la madura dama argentina.

Ya Lázaro había construído una fortuna. Es necesario que de una vez para siempre desaparezca el lugar común de que Lázaro maneja con acierto el peculio de Paula. Evidentemente que lo hizo, pero no lo necesitaba para llevar una vida amable y tenemos la seguridad de que sin su matrimonio hubiera muerto

dejando una magnífica colección y ocupando un elevado puesto como prócer de las finanzas.

De cómo administró los bienes de su mujer y cómo los aumentó, quede patente cuanto ha conseguido y lo que sus hijastros poseen en América.

Lázaro amó tiernamente a Paula y ésta fué dichosa en extremo. Los cuidados y las atenciones que de continuo recibía la esposa, hacíanle una vida llena de sugerencias y encanto. Construyeron, a poco de casarse, el palacio «Parque Florido», al final de la calle de Serrano, difícilmente urbanizada, y congregaron allí lo mejor de la sociedad madrileña. Se deslizaban sus reuniones en un ambiente de culto discreto, que las hicieron originales y atractivas, sin el menor matiz de soporífero engolamiento. Hay que leer las crónicas de sociedad de León-Boyd, por ejemplo, para darse cuenta de la calidad y cantidad de personas que concurrían a las fiestas del «Parque Florido». Y ya se hacían lenguas los cronistas de sociedad de las maravillas que encerraba la casa y las comentaban con exagerados elogios.

Lázaro seguía su vida de trabajo. Desaparecieron sus casas de la Cuesta de Santo Domingo y Fomento. «La España Moderna» trasladó su redacción a «Parque Florido». Las actividades la desarrollaba en adquirir los más extraordinarios objetos. No obstante, dueño de una sólida fortuna, animó su vida en el mundo de las finanzas, recordando sus comienzos bancarios y los consejos de su tío Estebanillo Galdiano. Como hombre de talento y ajeno a profunda emotividad, alcanzó rápidamente gran prestigio entre los corifeos de los negocios. Desde entonces, y aparte de los lógicos cambalaches de todo gran coleccionista, su afán fué atesorar la mayor y más hermosa colección.

Viajaba el matrimonio de continuo a la caza de una rara pieza artística o a repetir una y mil veces la visita a museos y colecciones particulares. Para estas excursiones siempre estaban a tiempo y nada se oponía a un viaje del que pudiera traer un bello botín. Las relaciones que se proporcionaron entre coleccionistas de todo el mundo fueron tan extraordinarias que requerían de una persona que le ayudara diariamente a despachar el correo procedente de los más alejados rincones de la tierra. En las cartas había peticiones de cambios, ofertas de venta o compra, consultas... Todas las contestaba Lázaro con el humor que ponía en lo que llamaba «sus trapicheos con la belleza».

Lázaro coleccionaba con afán de atesoramiento. Por encima de la emoción estética estaba su ansia indomable de poseer. Esto fué hipertrofiándose en el transcurso de los años y llegó a extremos casi patológicos en sus últimos años.

La vida se deslizaba, pues, entre sus quehaceres artísticos y el cuidado y mimo de su esposa. Hacía tiempo que se había separado de sus parientes. Sus hermanos casi no le veían. Todos hombres orgullosamente honrados, no querían que la posición encumbrada de José pudiera estimarse como señuelo para sus asiduidades. En adelante su aislamiento de la familia fué casi total.

Fueron muriendo los hijastros. Quedó sólo el mayor Ibarra, que matrimonió con una señorita de su país, y vivió feliz con un hijito en la residencia de su padrastro.

Lázaro se unía cada vez más a su mujer, pues en el consuelo de las penas de ésta ponía la mayor ternura. Las desgracias apretaron el lazo del cariño. Ella le ayudaba en su trabajo, opinaba juiciosamente, le animaba en las dudas y calmaba sus desasosiegos.

Rápidamente fueron llegando prebendas y honores. Los consejos financieros le buscaron o se imponía en ellos por una operación de fortuna.

La guerra del 14 la pasaron en Madrid, como de costumbre. Lázaro supo aprovechar las circunstancias y aumentar su caudal honradamente. Cuando mayor era la felicidad, un sorprendente episodio apagó la dicha y la familia aquella, que se suponía alejada para siempre del dolor supo de la hondura de la pena y de la locura del alma humana. Cerraron el palacio y salieron todos para América. Durante un tiempo, el silencio fué el único dueño del «Parque Florido».

Lo ocurrido unió más si cabe al matrimonio. El hijo con el nieto quedaron para siempre en Buenos Aires y ellos regresaron a Madrid. El carácter de Lázaro se iba haciendo huano, salvo si necesitaba de amabilidades para conseguir lo que se proponía; su situación social de ventaja le permitía sacar a luz su altanería y su orgullo de hombre que ha triunfado. Esto, unido a una casi salvaje independencia le fué malquistando amistades y creándole una atmósfera de pequeño ogro, que era total-

timos, la de algún aficionado que, mediante recomendación, deseaba visitar el museo y nada más. Paula, dichosa, escribiría a su sobrino Rodolfo Lázaro que la felicitaba por sus bodas de plata: «... y espero que en ese día nos tengáis presentes, que de no haber tenido la terrible pena de perder a mis dos hijos en la flor de la edad, no podría ser más feliz de lo que soy con Pepe, que sé que lo es tanto también conmigo».

Paula, desde la muerte de sus dos hijos y de la desgracia ocurrida en 1914, venía notándose cierta torpeza de movimientos y al esfuerzo, fatiga, cuando no anhelo. Los síntomas fueron aumentando en intensidad y acompañándose de otros que definían una arterioesclerosis, especialmente localizada en los vasos cerebrales y en la aorta. Se inició un reumatismo deformante que, poco a poco fué inmovilizándola, y en 1931 sólo podía transportarse en silla de ruedas. Lázaro atendía con paternal solicitud a su mujer, la rodeaba de

haya efectuado sin derramamiento de sangre, yo le aseguro a usted que lo habrá. ¡Y de qué forma! Carecen los que hoy han tomado el Poder de la humana delicadeza que el alma debe poseer como premisa imprescindible para poder gobernar. Créame, el motor de las más bárbaras acciones es la aspereza espiritual que no se modifica ni por un desmesurado afán de cultura. Porque en ciertos momentos el alma lanza la carga de lo artificial, de lo sobrepuesto y, desnuda, se lanza a su nativo salvajismo con un goce infinito y un frenesí incontenible».

La muerte de Paula, unido a los trastornos políticos, le ahuyentaron de la Patria y fuera de ella se dedicó a la compra de los mejores especímenes artísticos que se le presentaban. Entonces, en París puso casa y la atestó de maravillas. Trasladado a Nueva York, realizó lo propio. Consiguió en fabulosa suma el Tríptico de Morgan, que hoy se admira en su museo, y vivió de su afición y del recuerdo de Paula, que le seguía constantemente.

La guerra del 36 le sorprendió en Nueva York. En los Estados Unidos dió conferencias sobre arte español y sobre la historia del descubrimiento americano, ensalzando a la Patria sin el menor tinte político. Al concluir la contienda, Lázaro volvió a Madrid, a su «Parque Florido», que durante la ocupación roja había sido Gobierno Civil y que materialmente no había sufrido el más insignificante despojo.

Cuidó su colección y la aumentó con mucho de lo recogido durante la obligada ausencia de la capital. Desde el 42 al 45, permaneció en América del Norte, donde sus compras fueron extraordinarias. Comenzó a traer a Europa—Lisboa y París—cuanto había adquirido en tierras americanas. Es curioso que devolviera al viejo Continente muchas de las cosas que la desidia de sus naturales había permitido salir del mismo. Su más interesante lección la dió en el Instituto de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York con el enunciado: «La elegancia de la raza española, la joyería y la orfebrería». «Porque España—dijo—tiene una doble historia: una, a partir de los Reyes Católicos, bien conocida, y otra, olvidada, anterior al descubrimiento de América; historia olvidada, pero ilustre, cuyos acontecimientos influyeron en la civilización mundial».

Durante este tiempo surgieron diferencias entre ciertos organismos estatales y él. Cada uno mantenía su punto de vista y los incidentes de esta lógica disparidad de criterios le agrió el carácter, de por sí demasiado irritable ya. Al regresar a Madrid definitivamente, comenzó a traer a su casa los tesoros que encerraba en las de París, Lisboa y Nueva York. Venían lentamente y en persona dirigía la apertura de cajones y acariciaba las piezas con la dulzura que lo hiciera a una persona viva y de la cual estuviera enamorado.

Lázaro, en sus últimos años, había exagerado aquel carácter que le creara la hostilidad de muchos que antes eran sus amigos. Su afán de atesorar sin medida, se definía en el «Parque Florido», donde por pasillos, sótanos y habitaciones, buenas o malas, se amontonaban los cuadros y las estatuas; los vasos griegos, las tablas primitivas, los lienzos de incalculable valor. Aparecían en el suelo, en un rincón, unos encima de otros, sin el menor deseo de colgarlos o de presentarlos, incluso para que él mismo gozara de cuanto poseía. Las paredes se cubrían materialmente de pinturas, sin orden ni concierto, las repisas de bandejas, las vitrinas, de arquetas, esmaltes y medallas; los armarios de alhajas, cajas de pedrería, relojes, piezas de marfil, miniaturas, esenceros del XVIII, relicarios, etc.

Repetimos que nada tenía orden ni concierto. Los esfuerzos de su secretario, culto y honrado, y de la mujer de éste, persona competente y admirable, servían para bien poco. El, sola-



mente falsa. Esperó de cuantos le adularon alguna recompensa que definiera públicamente la estimación que le debían y jamás llegó. No era fácil al ruego y a la intriga. Las academias no le abrieron las puertas, las sociedades científicas, salvo alguna excepción, ni mencionaron su valer. Este olvido creó en él un complejo que atizó en su corazón el fuego de su agreste independencia y de su repulsa por el mundo oficial. Posiblemente notaría la incomodidad que semejante posición siempre proporciona; pero, testarudo, jamás pactó con quienes no quisieron reconocer sus méritos. No obstante, el Congreso Nacional de Historia le eligió presidente en 1921 y su actuación fué brillantísima, poniendo a disposición del certamen su casa, su fortuna y su colección.

Nuevamente se ocultó en su concha, pero a la fuerza, sin ganas, con mal disimulado rencor. La pena de que nunca se contara con él la llevó consigo hasta el último día de su existencia.

Solos, el matrimonio vivía nuevamente en «Parque Florido», pero retirados de la vida social. Recibía la visita de sus amigos más ín-

cuantas comodidades se requerían y su vida fué una constante preocupación por aliviar el estado de su querida enferma. Guardamos nosotros los libros-catálogos de la colección Lázaro, el que de su puño y letra puso en uno de ellos, refiriéndose a mis cuidados: «Al doctor Blanco Soler, de cuya ciencia espero lo que más ansío, con singular afecto».

Paula, pese a cuanto se hizo, murió, tras breve agonía, de una hemorragia cerebral. La noche que sufrió el «ictus» permanecimos a su lado el que esto refiere, como médico de cabecera de la casa, su marido José Lázaro y algún servidor. El deseo de aislamiento de José Lázaro se acrecentó desde entonces hasta insospechados límites.

La proclamación de la República conmovió al prócer, no porque fuera herido en su monarquismo. El era monárquico porque consideraba que semejante modo de gobierno significaba orden en España. Orden que le permitía viajar, vivir y dedicarse a sus aficiones. Una mañana, paseando conmigo por el parque de su palacio, me dijo:

—«Por mucho que el cambio de régimen se

mente tenía en su cabeza el catálogo de todos sus objetos. A nadie enseñaba sus hallazgos, con nadie se expansionaba. No sentía la menor necesidad de comentar su alegría, ni de participar su delirio artístico. En realidad, es que sobre el goce que le proporcionara el arte, se hallaba en su alma la avaricia de la posesión. Como tal guardaba con recelo y con celo cuanto poseía.

Continuaba repasando portfolios, barajando fotografías de colecciones oficiales o particulares, reseñando revistas...

Apartado totalmente de su familia, sin amigos, recluso en su afición y, sobre todo, en su afán, vivía creyéndose poco menos que inmortal. Todos sus afectos los sentía apagados; pero sin querer confesarlo, el de la Patria permanecía vivo. Por esto y nada más que por esto, bajo su mandato, le iban llegando los tesoros que estuvieron más allá de la frontera luegones años. Su religión era el recuerdo de lo que aprendió en su infancia. Tenía un deísmo profundo, pero no practicaba confesión alguna. La educación que recibiera de su madre se disolvió en sus años mozos, impregnándose del liberalismo a la moda y de un anticlericalismo muy español. La frase de Gambetta al referirse a cualquier sacerdote: «Voilà l'ennemi», la hacía suya y sin la menor palabra de mal gusto para la Iglesia practicaba el dictado del tribuno francés con notoria injusticia.

Ya no se movía de Madrid, a no ser para vigilar lo que aún no había llegado o para solucionar los conflictos que le surgían en Francia, especialmente, al querer trasladar lo que era totalmente suyo. Con buena voluntad y comprensión por parte de todos, fueron arreglándose los incidentes y en 1947 la cosa estaba encauzada. Cuántas veces, al comentar todo aquello, decía: «¡A Napoleón y los suyos no le pusieron traba alguna para el despojo que del patrimonio artístico español hiciera durante su ocupación y huida después». «Bien es verdad—se consolaba—que España fué una más de las expoliadas. ¡Qué sería del Louvre sin la rapiña del corso y de cuantos le rodearon!... En esto, el Museo del Prado tiene una ejecutoria de limpieza que pocos podrían presentar. El zarpazo no ha sido arma que usara el español a través de su historia de paz o de guerra».

VII

La salud de Lázaro iba debilitándose; el corazón comenzó a declinar. Conservaba despierto su sensorio y, salvo las limitaciones y bien mínimas, propias de sus ochenta y pico, hacía una vida normal, de hombre cincuentenario. Algún episodio catarral, o tal cual espasmo vascular-cerebral, le obligaron a temporadas de reposo y aislamiento, en el Ritz, donde vivió hasta meses antes de su fallecimiento. Los mareos, al cambio de posición, fueron los pródromos de lo que había de acontecer, y como mi réplica era viva para que se cuidara, procuraba ocultar sus achaques para evitar la reprimenda médica consiguiente.

Los años fueron pasando. Cada vez que nos veíamos hablábamos poco de Medicina y mucho de intimidades de su vida particular. Cuando, violentando su deseo, intentaba someterle a mis consejos profesionales, contestaba:

—No creo en la Medicina; pero cálmese usted, creo en los médicos—. Y luego, gentilmente, concluía: —Creo en usted.

A pesar de fe tan amigable, olvidaba mis recomendaciones, cosa que daba ocasión a peloterías casi infantiles, que recalaban siempre en la plácida delicia de las bellas artes, firmando unas paces que volvían a romperse fácilmente a nuevo encuentro y diálogo.

Coincidimos una vez en la exposición de retratos ejemplares habida en los bajos de la Biblioteca Nacional, en el pasado 1947, y, a la salida, discutiendo el valor del retrato de la condesa de Chinchón, comenzamos un paseo Castellana arriba, para concluir en el «Parque Florido». Lázaro, gris su barba, grises sus ojos, gris su traje y gris su humor, me contaba contrariedades y episodios desagradables, que pretendía tranquilizar yo con la consabida frase: «La Patria es lo único eterno». Oía estas pala-



bras con mal disimulado rencor, pero aguantaba el machaqueo, que no era, por cierto, sólo mío; algunas de las pocas personas que le rodeaban repetían también la cantinela, a fin de conseguir aplacar el carácter del prócer. De pronto, cogiéndose a mi brazo y dando un tono de intimidad a su conversación, me dijo:

—Verá usted mi deseo... Y tras larga pausa, durante la que no dejó de mirar al suelo, como si contara el ritmo de sus propios pasos, añadió: —Quisiera que mi fortuna se empleara en una fundación cuyo núcleo sería el museo «Parque Florido»; un museo particular, «norteamericano», que fuera encanto y atracción del forastero que a Madrid llegara; un museo vivido, donde se conservaran mis recuerdos y sirviera también para levantarlos en cada uno que lo visitara; un museo que el curioso abandonara con pena.

—¿Y por qué—interrumpí yo—no lo hace en vida?

—Lo haré, lo haré; pero me queda tan poca...—y suspiró con añoranza, sin duda por

lo que pudo realizar y el tráfigo de coleccionista le impidió llevar a buen término. Habíamos llegado a la altura de Lista; comenzamos a subir la cuesta que une la vieja vaguada de la Castellana con la pulcra calle de Serrano; don José se fatigaba ligeramente y me dió oportunidad para hablar de su salud. Me rechazó una vez más para insistir en sus pequeños incidentes y luchas, en gran parte hipotéticas y pueriles. Volví a apaciguarle y hasta le reñí cariñosamente cuando en un instante de desahogo me explicó planes para el futuro no compatibles con su patriotismo de navarro.

*

En los últimos días de octubre la voz de don José Lázaro se asomó a mi teléfono y sin dar la menor importancia a sus palabras, dijo:

—Doctor, venga usted, ha llegado mi hora.

A los pocos minutos estaba al lado del enfermo; la muerte era inevitable; el color gris que fué su acompañante durante los últimos años de su vida dejó paso a un amarillo que, lentamente, iba apoderándose del querido amigo. Después de reconocerle hablamos y, como de costumbre, de temas ajenos a la Medicina.

Mis lógicos argumentos convencieron y calmaron su inquietud. Al día siguiente recibía el Estado español los tesoros del «Parque Florido». Unas horas más tarde comentaba cuanto había hecho:

—Comprendo que no son estos momentos para dejar suelto el mal humor—dijo—, sino para poner a la superficie la vena de amor a la Patria que todos llevamos en el corazón... ¿Están ustedes satisfechos?

Fijó en mí su mirada, después en su secretario, que fiel e inteligentemente tanto le había ayudado, y sonreímos los tres complacidos. A continuación añadió en un tono que jamás habíamos oído:

—Pero, sobre todo, entrego a España una cosa muy mía que no reparé con nadie; mi sentimiento estético, con el que he temblado emocionalmente tantas veces y que vale más que cuanto he podido reunir... y este sentimiento estético—repetió deletreando cada sílaba—sólo persistirá si continúan estas paredes tal y como están ahora, porque yo las ordené y cuidé con mimo y deleite. Mi cuerpo podrá entregarse a la ley física de la materia, pero mi espíritu aquí queda.

Hubo un expresivo silencio, y mirando amorosamente a una Virgen de Vicente López, que colgaba a los pies de su cama, quedó dormido cogido a mi mano.

Al salir de su alcoba tropezamos con un tesoro de estatuitas del Renacimiento que antes de su corta enfermedad se entretenía en desembalar. Chispas, de Donatello, de Sansovino, de Richi, de Miguel Angel, de Verrocchio, de Gaspar Becerra, y de tantos más, aparecían alineadas después de recibir la caricia de don José Lázaro Galdiano. Ellas formaron la guardia de honor al viejo coleccionista en la última noche que pasó su cuerpo en el «Parque Florido».

ALGUNAS MARAVILLAS DEL MUSEO LAZARO GALDIANO



Gran Virgen de marfil. Escuela de París, siglo XIV.



Virgen románica de marfil. Principios del siglo XII.

En esta página y en las siguientes reproducimos sólo algunas de las maravillas del más reciente museo español. Su fundador, don José Lázaro Galdiano, logró reunir en él las mejores colecciones del mundo en esmaltes y joyas de todos los tiempos, con piezas de valor incalcu-

lable; además de notabilísimas esculturas, armaduras y joyas. La pinacoteca del Museo cuenta con más de quinientos cuadros, firmados por Goya, el Greco, Velázquez, Ribera, Zurbarán, Alonso Cano, Tiepólo, Brueghel, Lawrence, Mengs, etc., aparte de la famosa serie de los

Turner (más de dos mil dibujos). De todo ello han sido seleccionadas únicamente algunas obras que demuestran la importancia excepcional de este Museo, uno de los mejores españoles, único en el mundo entre los particulares y superior a muchos nacionales extranjeros.



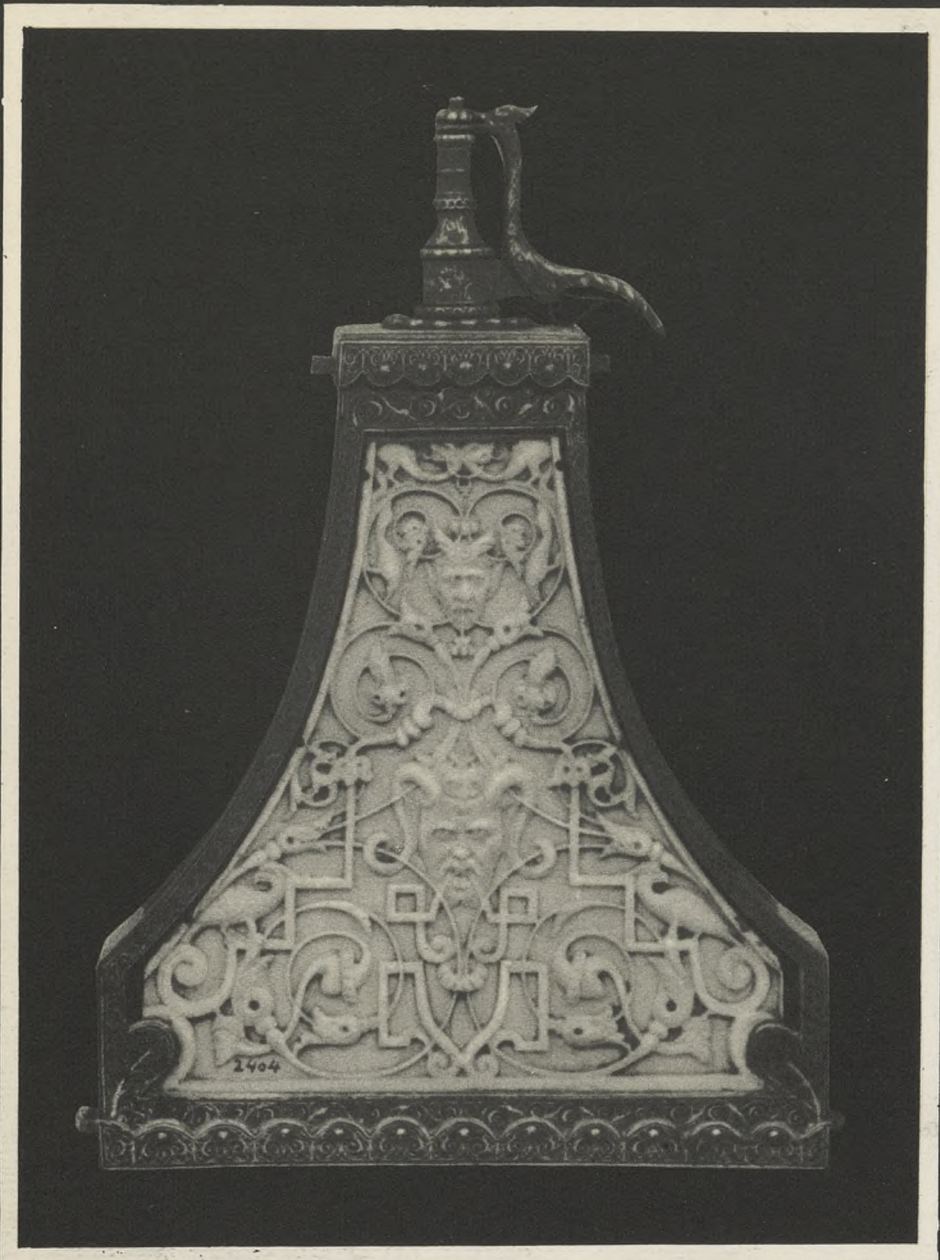
Lámpara de mezquita, en vidrio esmaltado. Taller de El Cairo. Siglo XIV.



Virgen del pajarito. Escuela de Memmling.







Polverera de marfil. (Arte francés de tiempos de Luis XIII.)



Jarra de beber, en marfil y plata. (La usó Carlos V en Augsburgo.)



Angelito músico. (Arte francés o italiano, comienzos del siglo XV.)



Arqueta de marfil. (Arte bizantino del siglo X.)

El encanto de la talla del marfil tiene en el Museo Lázaro Galdiano una representación tan dilatada como impresionante por su belleza, desde obras de tipo alejandrino del siglo V de C. hasta refinados ejemplos modernos. Dentro de esta amplitud, que hace tal conjunto uno de los más ricos de la casa, es inolvidable la serie de los marfiles medievales franceses, que arranca de una magnífica imagen de la Virgen Madre sedente, de ojos ligeramente oblicuos, hierática, frontal, dentro de los convencionalismos románicos, y pieza fuera de serie de la primera mitad del siglo XII. Tras ella la serie de vírgenes góticas francesas es numerosísima y variada: de pie o sentadas, pequeñas y grandes, algunas con restos de policromía, otras excepcionales por su tamaño y belleza, van desplegando ante nuestros ojos toda la dulzura de formas y toda la

refinada ingenuidad de expresión de las obras de la escuela de París. Con ellas alternan los dipticos, los retabrillos, las arquetas, la deliciosa Copa de las Artes, los peines, las guarniciones de espejos, etc., etc.

Y ya en obras del siglo XV, unas francesas, otras flamencas, alguna alemana, el acento personal del modelo se manifiesta en alguna seductora estatuilla de María de Magdala, y el patetismo nervioso en unas inolvidables escenas de la Pasión de Jesús.

Al lado, un fuerte grupo de marfiles islámicos de la segunda mitad de la Edad Media, hispano-sicilianos sobre todo. Y después, copas de Augsburgo, polvoreras francesas, italianas y alemanas, dagas italianas, etc., guarnecidas de marfil tallado y calado en minucioso encanto.



Angelito músico. (Arte francés o italiano, comienzos del siglo XV.)

LAS ARTES EN EL MUSEO LAZARO GALDIANO

CON una generosidad sin precedentes el ilustre prócer don José Lázaro Galdiano legaba, en 1947, por disposición testamentaria, todos sus bienes al Estado español. Y este Estado, en lugar de dispersar por Museos y Fundaciones de distinta índole la complejidad de este legado, lo reunía en una Institución cuya finalidad fuera exponer dignamente sus extraordinarias colecciones, abrir la selecta biblioteca y fomentar y promover vocaciones y estudios de arte en nuestra Patria. Y así surgió la Fundación Lázaro Galdiano, cuyo primer hecho público ha sido la inauguración del Museo, realizada solemnemente el día 27 de enero de este año por el Jefe del Estado español, Generalísimo Francisco Franco.

Es difícil concretar en un artículo la maravillosa variedad de este conjunto, la selección de sus series y la eminencia de las obras que las representan. Como atributo general de todas ellas podemos señalar su calidad siempre cimera y la pura belleza que las ha inspirado. Ni preocupaciones arqueológicas ni historicistas han presidido su selección.

Comencemos por las artes en las que este Museo puede colaborar con mayores esclarecimientos. El conjunto de los marfiles presenta tal variedad que desde el siglo IV al siglo XVIII puede decirse que está representada toda su evolución por ejemplares cumbres. Comienza la serie por un marfil muy raro, pagano, alejandrino de época constantiniana. Entre los bizantinos, una arqueta magnífica, análoga en todo, excepto en las medidas, a la de Veroli, del Museo Victoria y Alberto, de Londres; de talla turgen-te y temas báquidos, pieza eminente de finales del siglo X, con típica decoración de rosetas. Varios botes y arquetas musulmanes sículo-españoles. Y ya dentro de la Edad Media occidental, el despliegue es deslumbrador y contribuye a alterar la cronología y la sucesión de estilos aceptada desde Koechlin para el marfil francés. Preside la serie una imagen de la Virgen de hacia 1115, absolutamente excepcional. Con un hieratismo dulcificado por la gracia de la talla, la delicadeza exquisita y exótica del rostro, la rítmica armonía de los ropajes dispuestos en revolantes y caligráficas lineaciones y la concepción total del volumen en simétrica frontalidad, permiten situarla estilísticamente en la escuela borgoñona, no lejos del arte de Vezelay.

Se suceden después las imágenes góticas de talleres parisinos. La obra cumbre de la eboraria gótica francesa del siglo XIV, por su gran tamaño y hermosura, es una Virgen aquí expuesta. En su refinamiento conserva una gran serenidad. Muestra una belleza sin afectación y una gracia sin decadentismo. Una sensación de pureza, de alegría y de íntima felicidad emana de esta escultura maravillosamente tallada. Otras seis de tamaño menor la acompañan, todas ellas del siglo XIV con esa gracia afectada y exquisita, con ese refinamiento que las curva y las llena de inefable ternura. A su lado se encuentra una serie de dípticos, también de escuela de París y del siglo XIV. Las escenas evangélicas se hallan trabajadas con vivacidad y dramatismo, pero emergiendo siempre esa alada elegancia tan típica de esta escuela y momento. Se completan por otros marfiles profanos de tema erótico, por la Copa de las artes y por tres trípticos italianos de gran rareza. Singularmente, uno de ellos es de la mayor fluidez y delicadeza de talla, con las figuras con un canon de esbeltez que las espiritualiza.

Como marfiles del Renacimiento señalemos la polvorera del Emperador Maximiliano, la jarra del Emperador Carlos V, obra preciosa de la eboraria de Augsburgo. Arcas renacentes de Venecia, polvoreras francesas y alemanas, botes barrocos franceses de gran morbidez de talla. Y como anécdota, los silbatos de casa de Enrique IV de Francia.

Una importancia semejante presenta la serie de esmaltes. Aquí, el conjunto de esmaltería bizantina, podemos calificarlo de excepcional. Procedentes de Georgia, de la Colección Botkine de Rusia, hay una serie de esmaltes alveolados sobre oro, de una brillantez de color, de una arrebatada espiritualidad de expresión y de una técnica tan refinada, que señalan el punto más álgido de este arte. En la Edad Media francesa, los esmaltes excavados de Limoges nos muestran piezas selectas de estos talleres en arquetas, tapas de Evangeliarios, báculos, píxides, gemellones, candeleros, cálices, ostensorios y placas de frontal de la mayor belleza. Destaquemos un Lignum Crucis, del siglo XIII, adquirido a los Soviets. La serie de esmaltes pintados, también de escuela de Limoges, es muy completa. Los principales nombres de esta técnica—los Limousin, los Penicaud, los Courtois, Pierre Raymond—se hallan expuestos, algunos de ellos por piezas tan famosas como el tríptico Morgan.

La orfebrería medieval se exhibe en varias vitrinas que comprenden obras muy representativas del arte alemán, francés, español. Cálices, custodias, relicarios, imágenes de metales preciosos, permiten formar una idea bastante completa de la orfebrería gótica europea. Señalemos como uno de los ejemplares más publicados la Copa donada por Corvino en 1462 al Ayuntamiento de Wienerneustadt. También son de gran visualidad los bustos relicarios. Piezas famosas, como el vaso de oro donado por el Archiduque Alberto a Ambrosio de Spínola cuando la rendición de Breda. Y un conjunto selectísimo de piezas de cristal de roca. Así, una gran copa alemana del siglo XV, varias renacentistas, la gran copa con oro y esmaltes del Emperador Rodolfo II, tallada en Milán por el taller de los Sarachi, y la jarra y bandeja, espléndidas, de análoga factura, que pertenecieron a los reyes de Sajonia. A estas piezas hay que agregar otras de ágata, con las más bellas monturas del Renacimiento.

El conjunto que quizá impresiona más a los visitantes es el formado por las joyas. Todas las épocas y estilos están representados. En una vitrina se exponen joyas antiguas prerromanas, griegas—se destacan cinco collares y el célebre flautista de oro—y romanas. Como joyas medievales señalemos varios broches y fíbulas visigodos, ajorcas y collar árabes, cinco broches de capa pluvial del siglo XV y algunos cinturones góticos con esmaltes translúcidos. Las joyas renacentistas muestran la mayor significación por su delicadeza, pompa de color y refinamiento. Colgantes, collares, pendientes, anillos, todas las formas de la joya italiana y alemana del siglo XVI, destacándose los pendientes de los Sforza, por Benvenuto Cellini y el collar del gran Duque de Alba, por Caradoso. Estas joyas proceden de la Colección de Alice Rothschild. Las joyas barrocas son, en su mayor parte, españolas. Son más severas, sin los deslumbramientos coloristas del esmalte renaciente, con el acento estético puesto en la dedicación, casi siempre religiosa, de estas pie-

POR

JOSE CAMON AZNAR
DIRECTOR-DELEGADO DE LA FUNDACION

zas. La joyería romántica se reúne en una vitrina de gran poesía, con preciosas muestras de estuches, carnets de baile, esencieros, broches, todo ello primorosamente cincelado y esmaltado.

Dos salas italianas muestran un armonioso conjunto de obras renacentistas, que vienen a llenar un hueco en nuestros museos. Muebles florentinos, como el gran *cassone* y la silla de los Médici. Escultura como el relieve de Agustino de Duccio y el busto del Salvador, concreto y agudo, del Verrochio. Un extraordinario conjunto por su número y calidad de pequeños bronce. Este aspecto del arte italiano aparece aquí representado por obras preciosas de Riccio, de Alessandro Vitoria, de Juan de Bolonia, de Santa Agata, del Antico, de Bertoldo, de Leoni... Y como pieza príncipe de estas Salas la pintura de San Juan, por Leonardo de Vinci, hasta ahora casi inédita. En ninguna otra obra como en ésta podemos apreciar el penetrante misterio, la belleza pura, ese embeleso intelectual que baña las mejores creaciones del artista genial. Puede fecharse hacia el 1480, anterior a la etapa claroscurista que inicia con la Virgen de las Rocas del Louvre.

Tenemos que mencionar también la serie de placas renacentistas de bronce, entre ellas cinco de Benvenuto Cellini en el arte sutil y dinámico de este orfebre, y cuatro de Moderno.

La cerámica de Manises no muestra ejemplares numerosos pero sí selectos. Como bronce medievales hay varios aguamaniles y candeleros de los célebres talleres de Dinant.

La copa de vidrio de esmaltado de mezquita es pieza rara del taller de El Cairo, del tránsito del siglo XIV al XV, y la gran copa persa de bronce es también obra muy rara, firmada por Mahmud el Kurdo, en Venecia, a comienzos del siglo XVI.

La colección de pinturas es bastante completa, ocupando dos plantas del palacio. Las escuelas españolas del siglo XV se exponen aquí con una tal variedad y riqueza, que permiten seguir la evolución de la pintura gótica en su final. Tablas de escuela castellana—de Segovia, de Valladolid, el célebre tríptico del Maestro de Avila, de técnica perfecta, con dibujo preciso y coloración esmaltada—, de escuela aragonesa—mencionaremos la Virgen de Mosen Sparandeu, de donde arrancan todas las Vírgenes sedentes aragonesas del siglo XV, y las tablas de Juan de la Abadía y del Maestro de Alfajarín—, de escuela navarra y de escuela valenciana. De esta región este Museo muestra, como una de sus obras maestras, la gran tabla del Maestro de Perea. La personalidad del maestro palentino Bartolomé del Castro, sólo en este Museo puede estudiarse en su plenitud. Y ya dentro de la pintura renacentista española mencionemos el autorretrato de Beruguete, las tablas del Maestro de Astorga, del Maestro de Cabanyes y la Virgen de Cristóbal Colón, con el retrato orante del descubridor, vestido de almirante, tutelado por San Cristóbal y con la fachada de Santo Domingo a medio construir. Será de hacia 1530-40.

A la pintura flamenca se dedican dos salas por la importancia y selección de las obras aquí reunidas de esta escuela. Comencemos por señalar una tabla atribuida a Huberto Van Eyck, con la delicadeza, el primer objetivo y la brillantez de color de este taller tan enigmático. Varias tablas cercanas a Memmling y a Dierik Bouts, un gran tríptico de Quintín Metsis, otro de Gossaert, en maravilloso estado de conservación, brillante, expresivo, con acerados y violentos rasgos, varias tablas atribuibles a Isebrandt, con toda la poética atmósfera de las Vírgenes de este pintor, obras del Maestro de las Medias figuras.

Del Bosco se exponen dos obras. Una de ellas puede calificarse como una de sus pinturas maestras. El San Juan en Patmos, monumental, humano, con grandeza apocalíptica y pintado con las calidades más tersas. Y la Visión, de Tondal, cuadro de diablerías y caprichos dentro de la desenfadada imaginación de este artista. De Lucas Cranach hay dos tablas, con ese sentido plástico tan agudo que le caracteriza. Y una preciosa Virgen, de Alberto Durer, de tintas fragantes. Las alas de un gran tríptico de Martín de Vos, con una muestra del arte de este pintor, con el que se extingue el Renacimiento flamenco.

La escuela española de retratistas de la Corte comienza por un retrato de Juan III de Portugal, pintado por Moro. El retrato de Ana de Austria, por Sánchez Coello, y un precioso retrato de dama, en rojo, que es uno de los más bellos lienzos de esta escuela. A Pantoja se atribuye el retrato de la Duquesa de Saboya, a Felipe de Liaño, el de Felipe III, joven, y a Villandrado, el de una dama de rico atuendo en bellos grises. Las piezas expuestas del Greco son muy importantes para conocer las etapas primeras de este pintor. Singularmente, una Adoración de los Magos, de época veneciana, de pincelada suelta y coloración áurea y fúlgida. Un San Francisco, de tipo Expolio, y otras obras de su taller, completan su arte aquí realizado por un soberbio cuadro de su hijo, de Jorge Manuel. De Velázquez, citemos el retrato del poeta Góngora, pintado en 1622, con una delgada capa de color, pero modelado con todas las fluencias de tono, y el exquisito de su mujer, Doña Juana Pacheco, en pequeño formato, pero seguro y amplio de pincelada, ejecutado con frescura de boceto. Zurbarán está representado por tres lienzos con ese arte grave, varonil, de plástica firmeza, del maestro extremeño. Y de la escuela madrileña, el conjunto es selectísimo. Lenzos de Mazo, de Carreño—señalemos el retrato de dama en gama de platas, negros y rosas—de Antolínez—su obra maestra es la Inmaculada aquí expuesta—de Mateo Cerezo, de Pereda, de Claudio Coello. Tenemos que destacar la obra de este último, la Comunión de Santa Teresa, uno de sus lienzos más aparatosos y profundos, con densidad de calidades y escenografía barroca. De Ribera hay dos lienzos muy típicos. Y de la escuela andaluza, anotemos varios de Murillo, de Valdés Leal y de Herrera el Viejo.

La escuela holandesa se halla representada por obras de Van Berghem, de Dou, de Netscher, de Delen, de Heem, de Van Som, de Cuyp, de Mieris, de Hobbema. El paisaje firmado por este maestro es de los más expresivos de su arte, con una luz dorada y crasa. Y centrando la sala se encuentra el retrato de Saskia, por Rembrandt, firmado y fechado en 1634. El arte del gran maestro holandés parece aquí en ese feliz momento de su vida, en el cual sus típicas luces no se han atravesado todavía de fulgores dramáticos.

Como pintores de escuela flamenca se hallan representados Teniers, Van Dyck Peter Neefs, Brueghel de Velours, Rycert.

Otra de las aportaciones más brillantes de este Museo es la colección de pintura inglesa, una de las más ricas del mundo. Todos los grandes maestros se hallan representados. Gainsborough, Romney, Reynolds, Cotes, Hoppner, Lawrence, Etty, son autores de preciosos retratos, con esa distinción y esa coloración enojada y brillante, típica de esta escuela. De los promotores del impresionismo, de Constable y Turner, se exponen paisajes con la pincelada ya alada y viva que ha de sugerir el gran movimiento francés. Dentro de este siglo XVIII mencionemos los cuadros venecianos de Guardi—en dos estupendos paisajes—y los retratos de Tiépolo. De pintura española de este siglo se destacan los Paret y los Maella.

La sala dedicada a Goya presenta cuadros esenciales para estudiar las diversas facetas del arte de este maestro tan complejo. Desde una de sus primeras obras—El Descendimiento de Cristo, pintado en 1772 para el palacio de Sobradiel, en Zaragoza—hasta lienzos del período de Burdeos. Mencionemos el boceto de La Era, precioso, miniado, con primor esmaltado, los dos cuadritos de temas brujescos, pintados en 1798, para los Duques de Osuna; el retrato del P. La Canal. En una Sala se exponen cuadros muy selectos del siglo XIX. Retratos excelentes de Vicente López, como el del Canónigo Liñán, de Alenza, de Madrazo—el de la poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda—de Luis de Madrazo... Y como muestra del arte tan dinámico y nervioso de Lucas dos lienzos muy expresivos de su pintura, tan representativa del impresionismo español.

He aquí una visión demasiado esquemática de las riquezas de este Museo que tanto ha acrecido al patrimonio artístico español. El proclama la vocación de belleza, la riqueza de aficiones y la grandeza de espíritu de su donante, don José Lázaro Galdiano.

CALIFORNIA, RASTRO HISPÁNICO



Por CARLOS MANZANARES

CALIFORNIA es como la tierra de promisión, por su bello paisaje y por su inagotable riqueza.

A causa de su gran variedad me ha hecho pensar con mucha frecuencia en España, recordándome a veces los prados del Norte y a veces las campiñas del Sur. Pero la costa guarda una semejanza mayor con Baleares que con ninguna otra región española. Como en Mallorca, rivalizan en California la luminosidad del cielo con la intensidad de color de las aguas del mar. Y ved cómo, acaso más por designio misterioso de la Providencia que por mera casualidad, un fraile santo balear fué allí a misionar.

Por todo esto, si ningún ser humano puede quedar impasible ante las bellezas naturales de California, el español experimenta ante ellas una especial reverencia y devoción.

Aparte de su extensión territorial, casi la de España, California constituye, por su poderío económico y por su densidad demográfica, el segundo Estado de la Unión. Sus fuentes de riqueza son el petróleo, la fruta, el «cine» y la aviación, siendo el aeropuerto de Los Angeles, con el de Miami, los dos de más movimiento en Norteamérica.

La ciudad más populosa de California y una de las más grandes del mundo, es Los Angeles, que figura—en Estados Unidos—inmediatamente detrás de Nueva York y Chicago. Como agrupación urbana constituye algo muy raro, hasta el punto de que llamarla ciudad es un tanto aventurado. No se parece a nada y, sin embargo, tampoco cabe decir que tenga una fuerte personalidad como San Francisco. Hay quien dijo que parecía «una Cleveland entre naranjos», pero no está bien visto el símil. Aldous Huxley la ha llamado «la ciudad del goce terrible, en la que la conversación se desconoce». La característica primordial de Los Angeles es lo inconmensurable. Más que ciudad es confederación de pueblos o barrios, uno de los cuales es Hollywood. Cuenta con cinco Ayuntamientos independientes y con más de 930 grupos vecinales de población. Dentro de sus

límites urbanos habitan hoy más de dos millones de almas, y más de cuatro millones en su área metropolitana. Desde el comienzo de la segunda guerra mundial ha crecido su población en un millón. Lanza al mercado más automóviles que ninguna otra ciudad, después de Detroit. (Hay en Los Angeles un coche por cada 2,6 almas). Su puerto, construido artificialmente, comercia ya con un tonelaje mayor que San Francisco.

Y piénsese que toda esa masa, como decíamos, «inconmensurable», nació de un pequeñísimo establecimiento misional español, con 44 vecinos. En 1781 se fundó por nuestros frailes franciscanos el pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Angeles de Porciúncula. Todavía se conserva intacta la «Misión» y respetada ciertamente como reliquia por la gente que pudiéramos llamar más moderna de la tierra.

La belleza natural de California es inagotable. Contribuye grandemente a ello sin duda la variedad de su clima, pues—lejos de lo que se cree en Europa—no en toda California brilla un sol esplendente. Este es el caso en el Sur, pero en San Francisco y en Monterrey la llovizna, las nubes y la niebla velan la luz del día, dando al ambiente un tono de melancolía. En cambio, Santa Bárbara, Los Angeles y San Diego pueden competir en luminosidad con las ciudades de la vieja Andalucía. Santa Bárbara muy especialmente, situada en la costa a unos 140 kms. al Norte de Los Angeles y con un trasfondo natural, tierra adentro, de olivares y viñedos, es un auténtico pueblo andaluz: limpio, próspero y rico. Hasta sus calles tienen el encanto moruno de las andaluzas y su arquitectura no puede ser más parecida a la del litoral malagueño. Los geranios y las rosas rompen la blancura inmaculada de sus muros encañados. Y esta misma profusión de colorido se repite, con un gusto depurado, en Beverly Hills, lugar residencial de los magnates del «cine», próximo al núcleo urbano de Los Angeles.

Cuando se va desde San Francisco a Los Angeles

es como si se siguiera un camino de peregrinación, sobre todo si se hace escala en los lugares de las antiguas misiones españolas. Los nombres de santos se suceden sin interrupción, señalando valles y cordilleras, pueblos y ciudades... En otros puntos, los nombres de santos alternan con hermosas expresiones que, como las de Arcadia y Monrovia, acentúan la poesía del lugar.

De las antiguas misiones españolas que aún hoy se visitan, en la ruta señalada, la de San Carlos, junto a Monterrey y a la preciosa playita de Pebble Beach, a unos 150 kms. al sur de San Francisco, es la que conserva más sabor. Allí precisamente está enterrado nuestro Fray Junípero Serra, el verdadero apóstol de California. Yo sentí una sensación inefable al visitar aquella iglesia medio derruida, que se está restaurando con indudable acierto y conservando en lo posible el estilo colonial español.

Estaba al cuidado de la Misión un capellán retirado de la Armada, de origen irlandés y que, al saber que venía yo de España, se prestó gustosísimo a guiarme y a mostrarme cuantos rincones creía que podían presentar algún interés. Para mí todo lo tenía por el hecho de ser español y él así debió comprenderlo, con un afecto sencillo que se reflejaba en el relampagueo de sus ojos claros, mezclaba alguna que otra palabra castellana en sus explicaciones y se lamentaba de no hablar nuestro idioma. Desde que nos conocimos se estableció una corriente de mutua simpatía. Yo pensaba en la labor abnegada, callada y sublime de unos pobres misioneros españoles que ganaron aquellas tierras por un efímero período de tiempo para España y por toda una eternidad para la cultura. Esto mismo debía reconocer él, por la manera de mirar con mística unción aquellas piedras.

No sé quién le transmitió la emoción a quién; sólo sé que al despedirme de aquel anciano de cabellos blancos, conservador apasionado de una reliquia española, me incliné para besarle la mano y él, sin yo darme cuenta exacta de lo que hacía, me cogió la mía para besarla a su vez con el mismo respeto.

MORAL DE CALATRAVA

PUEBLO de unos 9.000 habitantes, situado en el histórico campo de Calatrava, es sobrio en todas sus manifestaciones, sencillo, religioso sin jactancia, hospitalario sin alarde, caritativo sin servidumbre. Así es Moral de Calatrava.

En esta ciudad, mientras los hombres trabajan en el campo, en el taller o en la fábrica, las mujeres se dedican a una esmerada tarea de artesanía, en que sus manos delicadas logran primorosos encajes.

Entre cuatro y cinco millones de pesetas oscila el importe total de la producción encajera de Moral. Una tradición no interrumpida ha conseguido que los bolillos, manejados diestramente, logren labores que son orgullo de la artesanía española.

Si el viajero de una línea andaluza pone atención a los pregones de los vendedores ambulantes de cualquier estación ferroviaria, no tardará en escuchar el canto de los mantecados de Moral de Calatrava,

otro importante capítulo de ingresos para este pueblo, que los exporta a toda la península.

La producción olivarera es de unas 120.000 arrobas de aceite por campaña. Cuatro fábricas, dotadas de moderna maquinaria, molturan la aceituna obteniendo un aceite calificado como el mejor de la Mancha.

Doce bodegas elaboran unas 400.000 arrobas de vino, blanco y tinto, muy solicitado.

Posee también este lugar dos importantes granjas avícolas: «San Fernando», de don José Ordóñez, y «María José», de don Manuel Aranda.

Bajo la presidencia de don Elías Coll Nieto, asesorado por el Secretario don Emeterio Pérez y con la colaboración de la Gestora, el Municipio ha logrado importantes mejoras urbanas. Actualmente se gestiona la canalización del río Jabalón. Obra que evitaría temidas inundaciones de trágicas consecuencias.

CAMPO DE CRIPTANA

Los molinos de Criptana andan y andan...». Así los recordó «Azorín» en *La ruta de Don Quijote*. Después han muerto algunos. No sabemos si cansados de tanto abrazar el aire en pos de una lucha infecunda e irreverente o tal vez de tedio o de asco por la incompresión de los hombres. Se han acabado muchos molinos. Algunos han creado la fórmula de morir de cansancio en lucha constante por una causa, restándose vida a cada braceo y a cada mordedura del grano; y otros han adoptado el modo de morir pasivamente, calladamente, terriblemente: abandonados.

Pero el final ha sido exacto. La ley del tiempo y de los hombres ha impuesto su matemática para trazar las dos rayas de cierre de cuentas, porque ha finalizado el movimiento y ha vuelto a cero, la vida. La muerte de estos molinos ha traído suma y resta a su historia. Ha habido suma en la idea y ha tenido destrucción, resta, en la forma.

«Los molinos de Criptana andan y andan...». Hoy sólo tres giran su ruleta en torno a los que juegan grandes ideales. Sus cartesianas cortan cada mañana las barbas del sol para que asista limpio y festivo a la gran romería de los gañanes y las vírgenes zagalas. Los tres molinos, el «Buletta», el «Sardinero» y el «Infante», con su presencia blanca y gigante, que asustan a los pájaros tímidos y son amigos de las golondrinas etíopes que llegan a la visita jubilar, se alzan de la esquelética joroba de una pequeña altura. Todo el caserío de la Villa parece agarrarse a su calva para no caer rodando por su inclinación rugosa y áspera.

Campo de Criptana, como una bandada de cigüeñas, vuela estática, por encima de una nube virgen de polvo, un vuelo de quimeras y locas aventuras. Presumida, efímera de un cinturón de trigos y pampas que aprietan fuertemente su desnudez blanca. Toda su noble presencia y estirpe se asoma a los escudos que presiden los pórticos de sus vetustos caserones. La Villa de Campo de Criptana, siempre de novia, sueña desposorios con aque l'idalgo que se llamó

Alonso Quijano, de sobrenombre «el Bueno», y, por eso, todos los días hay repique de campanas que anuncia bodas al amanecer. La mañana se despierta con un pregón callejero, mitad fandango y mitad seguidilla, que se va clavando como cartel de fiesta en las esquinas desconchadas de los viejos muros encalados.

De un carcaj de nubes un pincel de luna pinta un beso simbólico y se deshace en caricia en el alfeizar de una ventana pequeña. Mientras se calla el bullicio y la vida íntima de las casas se apaga un aire se escapa corriendo, llevándose los secretos de la anocheada, y mece las aspas de los tres molinos que aguardan el rezo de mañitines en un coro de cantos y tomillo.

Así se suceden los días y el tiempo, inflexible, va rayando los años en la piedra del molino y en el corazón de cada uno de los hombres para recordarles que pasa la vida fácilmente.

Todas las noches hay paz en la Villa y estos gigantes, compadecidos de nuestra quebrada humanidad, piensan y dicen con Eugenio D'Ors: «Hay que hacer un poco de harina para el pan de los hombres».

José González Lara

Criptana es también molinera por la infinita cantidad de grano que muele anualmente. La uva y el cereal constituyen su fuente principal de riqueza, tanto por las vastas extensiones de terreno dedicadas a estos productos, cuanto por los delicados cuidados y atenciones de los agricultores.

Mas no olvidemos, al tratar sobre este particular, el papel tan importante que juega la Hermandad Sindical de Labradores, regida por don Maximino Velasco Olmedo, con la asesoría técnica de don Emiliano de Torres y Torres, que es además alcalde presidente del Ayuntamiento.

A la labor de la Hermandad puede asegurarse se debe el fomento y desarrollo que ha alcanzado la agricultura en Campo de Criptana. Sin omitir los sacrificios del jefe local de F. E. T. y de las J. O. N. S. don Fernando Alarcón, tenaz defensor de los intereses morales de Criptana.

TOMELLOSO



Hospital para infecciosos, que destaca por los enormes beneficios a reportar a esta comarca.

Juzgado Municipal, con vivienda para el Juez y biblioteca, de nueva planta, casi terminada.

Pavimentación con adoquín de las principales calles. Obra que ha importado más de cuatro millones de pesetas.

Reforma total del edificio de la Casa Consistorial, que ha sido ampliada, decorada, instalada de nuevos servicios, y nuevamente amueblada.

Próximamente comenzarán los trabajos para edificar un centro sanitario que constará de salas destinadas a Puericultura, Maternología, Análisis y Casa de Socorro.

Tomelloso ha logrado así un extraordinario desarrollo urbano que sitúa a esta ciudad entre las primeras de La Mancha. La terminación, próxima, de las obras del pantano de Peñarroya, convertirán más de mil fanegas de secano en tierras de regadío.

Asimismo, se gestiona la prolongación de la línea férrea de Tomelloso hasta el río Zancara, que, uniendo la línea general de Andalucía con la de Levante, reportaría inmensa utilidad a esta zona, salvándose el nudo ferroviario de Alcázar de San Juan.

ESTA ciudad manchega, tan famosa por su riqueza vitivinícola pródiga, en alcoholes y muy rica por su ganadería, posee también un alto índice de prosperidad urbana. Aquellos que no hayan visitado esta ciudad manchega en los últimos años, quedarán asombrados por la transformación conseguida.

En efecto, en un período que no abarca más de cinco años, Tomelloso ha cambiado por completo su fisonomía. Ello ha sido conseguido por el ejercicio de una labor ejemplar y abnegada por parte de su actual Municipio, presidido por don José María Ugena. Como muestra, mencionaremos una selección de las numerosas obras realizadas:

Grupo de 99 viviendas protegidas.

Campo de deportes, con parque anejo.

Cinco grupos escolares: Uno, de seis secciones y cuatro de dos secciones.

PUERTOLLANO

PUERTOLLANO logró universal popularidad durante la primera guerra mundial, que amplió su expansión comercial en el mercado del carbón. Pero Puertollano hoy no es solamente sus minas, sus inagotables cuencas carboníferas; también es un municipio, una ciudad. Precisamente por conseguir el municipio que merece esa significación industrial trabaja incansablemente el Ayuntamiento de Puertollano, presidido por don José León Gascón, a quien secunda don Eleuterio Calatayud, experto Secretario.

Entre las obras realizadas destacan las siguientes:

Terminación de las obras de pavimentación y alcantarillado y aceras de varias calles y Plaza del Generalísimo, a la que se ha dotado, además, de un espléndido alumbrado. Repoblación del arbolado de la Avenida de José Antonio, donde se han colocado 300 plantones.

Actualmente, se está realizando el trazado del alcantarillado de todo el pueblo, que se completará más adelante con el adoquinado. A esta obra cooperan las empresas mineras, especialmente la Minero-Metalúrgica de Peñarroya, siempre presta a apoyar con la mayor generosidad

las mejoras urbanísticas. Proyecto, aprobado unánimemente por el pleno de la Corporación y que en breve plazo se llevará a cabo, es la construcción del mercado de Abastos. Este servicio, tan anhelado por el pueblo, se asentará sobre un solar de 3.800 metros cuadrados en el Paseo de Nuestra Señora de Gracia. El edificio, cuyo presupuesto oscila entre los cuatro y los cinco millones de pesetas, constará de dos plantas con 271 puestos, 29 almacenes, fábrica de hielo (200 kilogramos diarios) y cámaras frigoríficas para carne y pescado.

La distribución de aguas va a ser otro problema cuya solución se va a abordar inmediatamente, estando ya a punto de terminarse el proyecto técnico.

Eficazmente les auxilia el Teniente Alcalde señor León Gascón. El Alcalde y Secretario de Puertollano no están solos. Destacan también, por su interés y eficacia, entre otras personalidades, don Donato Luján, Delegado Comarcal de Sindicatos; don Hipólito Angel, Jefe del Sindicato del Combustible—de tanta importancia en esta localidad—; don Modesto Arias y don Toribio Arias, Jefe y Secretario, respectivamente, de la Hermandad Sindical de Labradores.

COSTUMBRES Y TRADICIONES

Entre los trabajos que el Jurado calificador del II Concurso de Reportajes MVNDO HISPANICO recomendó para su publicación, figura el que presentó don Pablo Garrido—por otro lado, ganador del primer premio por su artículo «La Ciudad sin horizontes: N. Y.»—sobre los extraños ritos de los mineros del Norte de Chile, que aparece unas páginas más adelante. Complemento del cual es esta información del mismo autor sobre las costumbres y las tradiciones de aquellas lindes chilenas.



SE extiende el territorio de Chile a lo largo de un litoral de más de tres mil millas, parapetado en toda su dilatada extensión por el macizo andino. La angosta faja de tierra chilena—que a los norteamericanos sugiere un «shoe-lace» (cordón de zapatos) y a Eduardo Marquina el tener «forma de espada»—encierra climas y paisajes variadísimos y desconcertantes. Consecuentemente, sus hombres mídense por la estatura telúrica emanada del capricho geológico.

Herederos de una raza india—la Araucana que cantara Don Alonso de Ercilla en admirable poema épico—el espíritu nómada preside su conducta social en arrobador conjunto de actitudes, hechos y fantasías. El fatalismo indio pesa fuertemente en la filosofía del pueblo chileno y basta observarlo a la hora de la aflicción para ver cómo la serenidad equilibra todos sus actos. Heredero, también, del

genio andaluz, la adversidad misma le inspirará una copla, o le hará rebotar en verso mordaz y sarcástico todo un conflicto del alma angustiada. Rudo en la faena extenuante, garboso en la alegría popular; parco en la palabra dolorida, locuaz en el trato afectivo: así se mueve el pueblo chileno, ya sobre la cresta de sus montañas nevadas, ya sobre las arenas candentes, ya por entre las selvas cuajadas de cantos y mujidos, ya por entre los canales australes y sus millares de islas.

El «huaso», que es el campesino a caballo, salpica de anécdotas chispeantes todo un clima de prístinas e ingenuas actitudes. El «roto», que es el trabajador de la ciudad, encubre bajo su vestimenta raída todo un mundo de pícaras consejas y un abismante desdén por las riquezas materiales. Tipos claramente diferenciados, «huaso» y «roto», tienen, sin embargo, comunes denominadores: llaneza, camaradería, hospitalidad, en una palabra,

aquella cordialidad humana que amista a los hombres en un instante, cordialidad humana que otros hombres de otros pueblos sólo brindan tras largos titubeos, si llegan a brindarla.

Desde los albores de la Colonia, Chile proyecta sólo dos grandes explotaciones como base de su incipiente economía: la agrícola y la minera. Mientras el soldado guerrea el sacerdote y las mujeres administran y cultivan el latifundio. Mientras el cultivo de la tierra sólo suple la exigua dieta y las necesidades temporales, el soldado—explorador improvisado por las circunstancias tácticas de su faena—busca el fabuloso «oro de Indias», el oro que suplirá, ¡sea con creces!, todas sus necesidades temporales y las otras: aquellas que le darán asiento en palacio, que le colmarán de honores, que le vendrán a sufragar ocios, laxitudes y bienestares.

¡Y he aquí que halla el oro y halla la plata! En las treguas, y junto al parto y naci-

miento de las ciudades y pueblos—glorificación racional de nido y stirpe, sueño de hogar añorado mezclado a guarnición y fortaleza—las vetas minerales van imantando a los guerreros que ya pareciera sólo anhelan convertirse en seres sedentarios.

En 1554, Cierza de León comunica a la Corona: «En los valles de Tarapacá» es cierto que hay grandes minas, y muy ricas, y de plata muy blanca y resplandeciente».

¡Qué fruición, qué delirio, qué gloria en aquel recado!



El capitán general don Pedro de Valdivia—que fundara la capital chilena el 12 de febrero de 1541—antes de Cierza de León, había escrito aquello de: «Esta tierra es tal que para vivir y perpetuarse en ella no hay mejor en el mundo». Quizás, si guiado por

sol calcinante, son chilenos los primeros en explotar en grande escala el «salitre» de los desiertos peruanos y bolivianos—lo que un día habría de provocar una insensata lucha fratricida con aquellas naciones circunvecinas—y son mineros chilenos los que desatan la riqueza minera fabulosa de Bolivia, entregando su pericia en los famosos asientos de «Llallagua, Caracoles y Huanchaca».

Cuando se descubre el mineral precitado de «Arqueros», en 1825, la joven nación recibió un potente flujo de transformación. Dice don Claudio Gay: «El deseo de instrucción se hizo una necesidad y luego se vieron reunidos en los mismos estantes, los libros más tolerantes junto a los más clásicos. Era la aurora de un aticismo que aparecía con todos los encantos de la antigua Grecia».

Lafond de Lucy, de tránsito por La Serena, presenció la descarga de mineral traído de «Arqueros», y señala que: «Venía un trozo de plata nativa de ocho arrobas de peso, el

Dieciséis años más tarde, en 1848, se descubre el mineral de plata de «Tres Puntas», al norte de la dichosa villa de «Copiapó», y el recuerdo sombrío del pirata «Drake»—robándose veinte barras de plata por valor de cuatro mil ducados, por allá por 1579—pasa a ser una insípida anécdota para esos mineros que se bañan en champaña, que cuando van de compras se llevan todas las existencias del negocio, sin pedir siquiera rebajas, que cuando necesitan curar su dentadura mandan buscar a los expertos de mayor fama europea, que mandan fundir estatuas y jarrones para sus jardines a la Ciudad Eterna.

Y ese mismo año de 1848, «California» desata la cordura humana, al descubrir sus minas de oro. Miles de mineros chilenos son de los primeros en llegar a la gran aventura de Norteamérica; allí forman hogares, allí adiestran generosamente a los improvisados buscadores de vetas de ensueño febril, y, sobre todo, allí imponen la justicia hacia los trabajadores con su arrojo indomable de doble herencia: la del indio araucano y la del español poeta y aventurero.

Pero no sólo el oro y la plata saben trabajar los mineros de Chile, pues la fama y lustre del mineral de «Tamaya» logró colocar a Chile en sitio privilegiado como productor de cobre en todo el mundo. Hay que mencionar también las minas de cobre de «Catemu», en el valle de Aconcagua; la de «El Teniente», en los contrafuertes andinos de Rancagua; las de «Las Condes» y «Disputada», en las cercanías de Santiago, las de «Batuco» y «Naltagua», al sur del río Maipo, la última citada y, recientemente, el fabuloso mineral de «Chuquicamata», el mayor depósito de cobre que se conoce en el mundo. Por otra parte, las minas de carbón de «Lota», «Coronel», «Curanilahue» (todas ellas en la región sureña del país) acrecientan el índice que forma la tradición minera de Chile.

Con respecto al «salitre», o nitrato de sodio, aun cuando son mineros chilenos los que explotan el subsuelo desde tiempos inmemoriales en la región de los desiertos del norte, los hechos históricos registrados en 1879 ponen bajo bandera chilena el territorio físico. La cesión, conforme al Tratado de Ancón, comprende una extensión de aproximadamente trescientas millas por treinta de ancho, donde se halla la «Pampa salitrera», y aun cuando viene a proveer una fuente incalculable de ingresos, crea un grave problema de migración nacional para el aprovechamiento de los recursos naturales de tan inhóspita región del desierto.

Fué por este desierto por donde pasara don Diego de Almagro en 1531, y él fué quien revelara todos los yacimientos mineros de importancia que se conocen hasta la fecha. Algunos soldados españoles rezagados dedicáronse a la explotación de dichos minerales, ayudados por indígenas, en los asientos de «Huantajaya», «Santa Rosa», «Copaquire» y «Yabricoya». Se estima que durante la Colonia, por el solo puerto de Iquique se exportaron minerales por valor superior a setenta millones de libras esterlinas. Fuera de dichas minas de oro, posteriormente no se han descubierto de importancia alguna. Algunos parajes arbolados, como el «Bosque del Tamarugal»—en las vecindades de «La Tirana», donde se encuentran ahora los restos del mineral de «Huantajaya»—desaparecieron totalmente por el consumo de leña precisado para beneficiar el mineral.

Aunque la fabricación de la pólvora en forma clandestina era castigada con la pena de muerte por la Corona, sábase que las ricas minas de «Potosí» (Bolivia) se alimentaban del explosivo producido en contrabando en



esta honda convicción, trató—en segunda y bien armada expedición a la Araucanía—de «limpiar» el territorio de los indios indomables. Pero el araucano no cayó jamás hasta muy corrido el siglo diecinueve, y eso tras rudas luchas con la república misma, porque pareciera que también los hijos de Caupolicán tenían la convicción de que «su» tierra era tal «que para vivir y perpetuarse en ella no hay mejor en el mundo».

El pueblo chileno, en su anhelo de independencia, trabaja afanosamente y puédesse citar el hecho que el mineral de plata «agua amarga» (al sudeste de Vallenar, al norte de la capital) financió casi totalmente la guerra de Independencia, proclamada en 1810 y consolidada en 1817 definitivamente.

Por 1825 se descubrió la veta mineral de «Arqueros», de primera magnitud, y la naciente República siente un providencial relevo económico. Avezados en las faenas bajo

que fué «chancado» y dió cerca de 85 kilos de plata pura, pues no tenía más de cinco a seis por ciento de tierra. Es lo más hermoso que he visto en mineral, y he visto mucho».

Siete años más tarde, en mayo de 1832, un cazador de guanacos descubrió, a veinte leguas al sur de «Copiapó», el mineral más fabuloso que registra la historia de la minería de plata en América: «Chañarcillo». La figura de «Juan Goldoy», su afortunado descubridor, se eleva a la estatura de héroe legendario, y «Copiapó» se convierte en el centro más ilustre de la cultura chilena. Por sus escenarios, a partir de 1832, empiezan a desfilar las más prestigiosas compañías de arte dramático, destacándose también, y entre muchas otras, figuras como la Patti, con el cuadro lírico completo de la Scala de Milán. Toda la nación siente el tintinear de la plata de «Chañarcillo» y la prosperidad sonríe en la cara de cuantos cruzan bajo los cielos chilenos.

estas regiones, siendo el salitre del desierto, el carbón de tamarugo y el azufre de las cordilleras los elementos utilizados. Es muy probable que los bosques de La Tirana fueran impenetrable escondrijo de este tráfico y los indígenas allí ocultos iban a darnos, muy luego, una leyenda admirable que se aureolará con signos piadosos cristianos.

Así, lo que una vez fué enmarañado bosque, en muy pocos años—y por la faena minera del oro—se convirtió en lo que hoy es conocido como la «Pampa del Tamarugal (que «pampa» es voz quechua y aymará, que significa llanura, campo, planicie o vega). El terreno se torna inhóspito, la riqueza y la codicia se consumen a sí mismas. Cuando Charles Darwin visita la región, en 1835, describe las minas del salitre del Tamarugal como un infierno transplantado. Pero cinco años antes ya se estaba exportando la primera partida de salitre hacia Europa y la industria iba a tomar proporciones ciclópeas. Se tendieron algunas ferrovías y buscaron obreros esforzados, dispuestos a laborar bajo el sol ardiente y el frío impiadoso nocturno. Incipiente en sus comienzos, la elaboración recorre las etapas tecnológicas adecuadas, pues el salitre, como abono, como fertilizante de los campos más improductivos, es un nuevo maná. Desde el sistema primitivo de disolver en fondos la costra salitrosa, logrando su cristalización en forma de nitrato de sodio, hasta la instalación del sistema «Shanks» (por el minero Santiago Humberstone) y al empuje del fabuloso rey del salitre, el ciudadano británico John Thomas North (1890), obstáculos como la inexistencia de agua en la región fueron totalmente salvados. Chile entrega casi la totalidad de los yacimientos a concesiones inglesas y yugoeslavas de sus nuevas provincias, convirtiéndose en el máximo productor de abonos y viendo que el monopolio del mercado mundial constituye el cincuenta por ciento de las rentas fiscales por espacio de varias décadas.

En 1912, treinta y cinco compañías explotan el nitrato de sodio y en 1916, durante el período álgido de la primera guerra mundial, Chile batió sus propios records de ventas: 3.294.000 toneladas de salitre, percibiendo un impuesto de exportación de doce dólares por tonelada.

Pero he aquí que el panorama comienza a nublarse y la industria salitrera chilena peligra. ¿Qué ha sucedido? El costo excesivo de transportación marítima y las altas tarifas de las compañías aseguradoras han despertado en algunos sectores europeos la curiosidad en torno al bendito abono. La guerra europea y su fuerte despliegue de protección marítima hace difícil el tráfico de los barcos salitreros, si no imposible. Ya por 1912, en Alemania, el profesor Fritz Haber, del Technische Hochschule de Karlsruhe, estudia las posibilidades de obtener nitrógeno del aire y, basándose en dichas experiencias en Alabama (USA) se investigan gemelos o parecidos procesos exitosamente. Alemania prescinde totalmente del salitre chileno y otro tanto va a suceder con diversas potencias en beligerancia.

Hacia 1920, terminada la sangrienta conflagración europea, en el mundo entero se construyen plantas de salitre sintético y seis años más tarde las iniciativas privadas norteamericanas logran la producción en gran escala que trae el derrumbe casi total de la una vez dominante industria chilena. El año 1929 se forma un «cartel», que consulta los intereses europeos y chilenos, cartel que consulta y fija cuotas, mercados propios y precios. Chile, amagado fatalmente en sus intereses busca la creación de un «pool» nacional, surgiendo en 1930 la «Cosach». En la fuerte competencia que abarca propiamente desde 1923 hacia 1934, la producción mundial

aumentó tres veces y media, con un fabuloso volumen de cinco millones ochenta y dos mil toneladas de nitrógeno. Finalmente, hacia 1944, cinco empresas estadounidenses producen tres veces más de lo que exporta Chile. Ha llegado la época de las vacas flacas y la economía chilena entra en una crisis aguda.

Lo que ayer fuera floreciente se derrumba precipitadamente. La mayor parte de las «oficinas» salitreras quedan automáticamente paralizadas y el desempleo de miles de obreros alarma no sólo al Gobierno sino a la nación entera. Refiriéndose a los dirigentes de la industria y a raíz del primer Congreso de la Economía de la Provincia de Tarapacá (1942), los ingenieros de minas Mariano Hartmann Morales y Ernesto Muñoz Maluschka escriben: «Sus dirigentes no previeron lo que iba a suceder y no se preocuparon de perfeccionar la técnica de la elaboración».

El problema de la desocupación y el derrumbe de la economía nacional estaban plan-

les o «quiscos» y la «llareta» (especie de combustible serrano); puede decirse que es tierra estéril por completo por carencia total de lluvia y aguas fluviales. Aun cuando en la costa el tiempo es generalmente nublado, extendiéndose bastante hacia el interior la llamada «camanchaca» (espesa neblina), el desierto ofrece una temperatura media de 20 grados centígrados de día y en la noche marca por lo general alrededor de 24 bajo cero. Esta zona de los desiertos se extiende desde la provincia de Tarapacá hasta parte de la de Atacama, con una superficie de 200.000 kilómetros cuadrados, y hállase sobre una meseta que se eleva entre 600 y 1.000 metros sobre el nivel del mar, por lo general terminando bruscamente en acantilados sobre el Océano Pacífico y resolviéndose hacia el Este en grandes rocas volcánicas, y, propiamente volcanes, hacia la frontera con Bolivia.

Durante la Colonia, y muy avanzada la



teados y tomaría largo tiempo en recuperarse aun en parte. El ingeniero norteamericano Cappelán Smith estudió y resolvió favorablemente el problema de la reducción del costo de producción, mientras que por otra parte el Gobierno de Chile proyectó y construyó maestranzas y ferrovías que tendían, al igual que otras medidas, a reducir el precio del producto con relación al mercado mundial. Y en esta forma se perpetuó la industria.

Estudiadas las condiciones climatológicas de las provincias norteñas que nos preocupan, a saber: Tarapacá, Antofagasta, Atacama y Coquimbo encontraremos características completamente antípodas a las otras regiones de Chile, vale decir la agrícola central, la de los grandes lagos y la austral. Salvo algunos fértiles oasis, en las tres primeras provincias el paraje es propiamente desierto, no encontrándose sino arenas, sales y piedras; sólo crecen minúsculos matorra-

misma, aquellas regiones fueron habitadas por los indios «Changos», pescadores que, naturalmente, sólo habitaron las costas y poco o ningún tráfico tuvieron con los desolados parajes en cuestión. Hacia el macizo andino hállanse aún reducciones de indios quechuas (Perú), aymarás (Bolivia) y atacameños (Chile y Argentina). Fácil es calcular que su vida se desarrolló y desarrolla en las propias márgenes del habitat, siendo, a su manera, autosuficientes. En esta última región, las tempestades y aluviones son asunto familiar y el individuo vive su vida en forma sórdida, alejado de toda convivencia con grupos étnicos de otras regiones circunvecinas.

Así bosquejado el habitat, compréndase que la explotación de las sales naturales debió requerir hombres de un temple muy singular, adaptables al medio físico y, sobre todo, dispuestos a una especie de voluntario destierro. Pero, ya el temple del minero chileno norteño (provincias de Atacama y Co-

quimbo), había «probado» someterse al infierno del desierto y no le amedrentaba nada. Cierta es que en los casos de las minas de oro y plata de estas dos provincias, el minero buscaba «su» porvenir en la pequeña escala de sus posibilidades. Su «gran aventura» tenía una meta muy clara: enriquecerse por su propio esfuerzo. Fracasaba y se dolía en carne y hueso, en espíritu y sueño. Triunfaba y llenaba «sus» arcas, era dueño de su propio destino. Cuando cambiaba de faena, dejando atrás la campiña dorada y perfumosa, sabía que iba a perder el paisaje de su infancia pero tenía en mente un «paraíso» que, como todo paraíso, era difícil—si no imposible—de conquistar o merecer. Ese es el temple del «roto» chileno: darse entero sin meditar, sin duda alguna, no importa qué resultados se logren.

Cuando la minería tomó el auge de una real industria, empezó a comprender—y cuán duro debió ser para él!—que extraía oro y

Provenían de las provincias agrícolas del centro y sur de Chile. Eran familias y hombres sólo dispuestos a «correr la aventura» en tierras del oro blanco, como se ha llamado al salitre. Venían de tierra húmeda de rocío, de tierra olorosa a mieses y caldos de vid, de manzanas y naranjales policromos, de tierra de avejillas canoras y ganado taciturno y generoso. Venían de pueblos donde la faena del agro se mezclaba al bordonear de la guitarra, al perlado del arpa provinciana, a las voces chillonas de las «comadres» y al taconeo de briosas «cuecas» camperas. Venían de tierras donde los buhos y las brujas circulan desde el crepúsculo dorado y al sonar el «Angelus», donde las ánimas recorrian el dulzor de la noche estrellada junto a aparecidos y «entierros» y tesoros migratorios bajo la costra verde de la tierra, cuajada de grillos y luciérnagas. Venían, en fin, de la tierra del «huaso», que galopaba de un confín al otro por entre las alamedas olorosas, para asistir al «velo-

eran las mismas que vió desde que tuvo uso de razón.

Entonces, en la aglutinación espantosa de individuos de todas las cataduras, la prédica disolvente hizo presa, e hizo presa legítimamente, hay que decirlo. La promiscuidad en que se lanzaba a grupos humanos, tenía que traer terribles consecuencias en la conducta social del «pampino», que así llaman al trabajador del salitre. Las empresas extranjeras, en la presura por obtener las utilidades de sus inversiones, no atendían al bienestar social del trabajador, y fuerte, muy fuerte, la doctrina materialista, persuade el cuerpo social proletario. Lo que se merecía por justicia ha de lograrlo por derramamiento de sangre y tras el envenenamiento de la salud espiritual del que a sí mismo llámase «paria». Surgen líderes obreros, de palabra tremante y apostólica, corre metralla inclemente y van quedando prendidos en el pecho del pueblo chileno diez, veinte, cincuenta hechos luc-



plata para otros. Se conformó con una paga mínima, exigua pero segura, y claudicó de sus ambiciones salomónicas. ¿Claudicó? He aquí el interrogante, he aquí el conflicto y he aquí el secreto, resorte que va a articular una serie de actitudes sociales por demás interesantes.

Después de la guerra del Pacífico, anexado un territorio por un Tratado internacional, Chile se veía en la situación de darle vida a aquellos inhóspitos desiertos.

Un censo del año 1791, para la provincia de Tarapacá, arroja una población de 7.963 habitantes; y el censo efectuado por la República del Perú en 1876, arrojó 54.669 almas. Los censos chilenos de 1895 y 1907 dan, respectivamente, para esa misma provincia, 97.677 y 117.239 habitantes; de esta última cifra no más de 15.000 eran extranjeros.

¿De dónde provenían entonces esos cincuenta mil «nuevos» moradores de esa sola provincia?

rio» o el «santo», o a la fiesta devota en la aldea cercana, y sabía que donde hiciera un «alto» en el camino allí encontraría un vaso de rica «chicha» de uva o de vino ambarino o rubí.

Ese hombre fué a dar con su humanidad a estas regiones del desierto, desarraigándose de todo lo que era funcional para él, para su estirpe, para su temple de «huaso» o de «roto». ¿Qué podría esperarse de él sino que se convirtiera en un desarraigado, en un tránsito, en un andrajo humano? No otra cosa podía ofrecerle el norte, ese norte por el cual había peleado en una larga guerra, guerra que había ganado legítimamente y que ahora le daba su premio. Nada había allí que le fuera familiar sino el cielo con sus misterios eternos. Pero, en su desconsuelo, a centenares de millas de distancia de su «campo», sin hallar cómo regresarse, maldecía ciertamente hasta de ese mismo cielo, de esas estrellas que no

tosos colectivos que no ha de borrar la historia que no se escribe en textos, pero que el pueblo sabe y acaricia secretamente.

Así, el norte de Chile conviértese en baluarte de reivindicaciones sociales, en fortaleza inexpugnable de una conciencia social dolorosamente adquirida. Cuando el «león de Tarapacá», el recientemente extinto político chileno, don Arturo Alessandri Palma, hablaba a las masas que ciertamente amó y protegió desde el Parlamanto y tres veces desde la Presidencia de la República, las decía: «Mi chusma adorada», y esa chusma sabía qué había detrás de una palabra tremante y ya el resto de la oración no le preocupaba. Cuando Luis Emilio Recabarren recorría las «oficinas» salitreras predicando la justicia social tocaba la llaga viva de una masa olvidada; verdad había en sus arengas, cuando decía: «Entre morir esclavos del hambre y del andrajo y morir luchando por el pan y la libertad, preferimos morir luchando».

EN EL NORTE DE CHILE

LOS EXTRAÑOS RITOS DE LOS MINEROS

POR PABLO GARRIDO

(FOTOS DEL AUTOR)

(DEL II CONCURSO DE REPORTAJES «M. H.»)



JOSE VARAS ROJAS. «CACIQUE» DE LOS BAILES DE CHINOS DE LA CANDELARIA HACIENDO LA TIPICA «EXCLAMACION».

PERO, he aquí que entre tanto amargor de vivir, una luz no ha cesado de alumbrar para quien logra alzar su vista piadosamente. Y ese mismo minero petardista y capaz de desmanes sangrientos, clava su vista en el dulce rostro de la imagen divina, y, aunque a su manera, siente la devoción cristiana y acude a los santuarios enclavados en medio de los desiertos o en las cimas de altas colinas cordilleranas.

Tres santuarios dominan esplendentes la piedad católica del minero chileno, La Tirana, Copiapó y Andacollo. Pero en verdad en no menos de cincuenta localidades de las cuatro provincias en cuestión, se veneran santos patronos con inusitadas prácticas religiosas.

Los ritos mineros del norte de Chile, los son en el más lato sentido de la clasificación, no tan sólo por ser la región norteña una de minería cerrada, sino porque tienen origen, su foco y su significación enraizados con la tradición minera, en casi la totalidad de los casos. Puede decirse que no hay «oficina» salitrera donde no exista un cuerpo o más de «danzantes», y ciertos asientos los poseen en crecido número y de viejísima tradición, es decir varias veces centenarios.

Estos grupos de promeseros danzantes, aun cuando tienen su santo patrono determinado, acostumbran acudir a otros lugares llevando sus alabanzas y preces para mayor lucimiento de las fiestas religiosas. Dase el caso, además, que mineros que cambian de residencia aun a sitios lejanos, acuden siempre a las celebraciones no importa cuantos sacrificios tengan que hacer durante todo el año para reunir los medios necesarios para su viaje o el de toda su familia. Tal es así que, como en el caso de Andacollo, promeseros vienen de países limítrofes, cruzando por escarpados «pasos» cordilleranos, ya desde Argentina, como de Bolivia o Perú.

Conveniente es consignar, además, que en ninguno de los tres principales santuarios citados, se expende alcohol durante las fiestas religiosas, lo que denota simultáneamente el profundo fervor puramente religioso, y la santidad del

ambiente en que operan los ritos. Los aspectos populares propiamente que asumen las celebraciones (que generalmente duran tres días) en forma alguna aminoran el carácter intrínseco de las mismas, limitándose, cuando más, a ventas de comestibles, imágenes, estampas, cirios, objetos conmemorativos lugareños y fruslerías de las siempre presentes en toda feria poblana.

Otra observación de interés es la que, aun cuando muchos de los promeseros tienen ideas políticas «de avanzada» social, no encuentran conflicto en modo alguno en congeniar las mismas con la religión católica. Es más, en ciertos apartados lugareños de la provincia de Tarapaca son militantes de partidos avanzados quienes cuidan de las humildes capillas.

*

El santuario de La Tirana está ubicado en el caserío del mismo nombre, a 1.010 metros sobre el nivel del mar y a 84 kilómetros al interior del puerto de Iquique. El origen de dicho Santuario se apoya en un hecho histórico.

A mediados de 1535, don Diego de Almagro salió del Cuzco a la conquista de Chile, con un séquito de 550 soldados españoles y 10.000 indios peruanos, figurando entre éstos el príncipe Paullo Tupac, el sacerdote del Templo del Sol Huillac Huma y su hija Huillac Ñusta. A la altura de Atacama la Grande (actual pueblo de Calama, provincia de Antofagasta), Huillac Huma desertó, y su hija le imitó—de regreso ya las tropas en su infructuosa expedición—frente a Pica, junto a un grupo de aguerridos indios, todos los cuales hallaron escondrijo seguro en el Bosque (hoy Pampa del Tamarugal).

Huillac Ñusta hizo del bosque una fortaleza irreductible. Sus huertes hicieron prisionero al minero portugués Vasco de Almeyda, quien explotaba las cercanas minas de plata de Huantajaya. La inclemente capitana, por designios extraños del destino, sintióse subyugada por el apuesto varón y sucumbió a sus hechizos. Conoció—refiere la leyenda—de otras verdades y otros cultos y en un rapto de sincera confesión le pidió al guerrero que la incorporase a la fe cristiana. Ente-

rados los indios de la traición que aquello suponía, hirieron a la pareja con sus flechas, en el propio instante en que ella recibía el bautismo cristiano. Años más tarde—entre 1540 y 1550—el evangelizador de aquellos desolados parajes, fray Antonio Rondón, encontró una cruz en el bosque, y en recuerdo de la bella Ñusta Huillac y su acto de fe, erigió una iglesia que dedicó a Nuestra Señora del Carmen. La devoción y la fantasía populares hicieron de la iglesia y de la leyenda un refugio espiritual, y hasta la fecha el santuario de Nuestra Señora del Carmen de La Tirana goza del favor de miles de devotos en todo el norte del país. Sobre los cimientos de la primitiva iglesia se erigió el actual templo que data solamente de 1902.

El principal atractivo de las fiestas religiosas, que se celebran anualmente cada 16 de julio y que atraen arriba de 10.000 personas al caserío de habitualmente 41 habitantes, son los llamados «bailes». Estas agrupaciones son cofradías extra-legales, diríase secretas, compuestas por promeseros juramentados ante la Virgen por voluntad propia y expresa. Al constituirse un «baile» su jefe («caporal»), señala la duración del grupo e invita a participar en él a los seguidores de determinado patrono.

Los grupos tienen nombres y características diversas, como ser: *chunchos*, *morenos*, *cuyacas*, *llameras*, *chinos*, *cruz del Calvario*, *promeseros del Carmen* e *indias*. Evidentemente los cuatro primeros grupos tienen su raíz en símiles de Ecuador, Perú y Bolivia, de donde son originarios y las versiones chilenas repetición o prolongación de una tradición aborigen. Los *chinos* son originarios de Andacollo, donde, como se verá, están en ejercicio no menos desde hace cuatrocientos años.

Es interesante anotar que, para sus presentaciones devotas en el santuario de La Tirana cada 16 de julio, los «bailes» se someten previamente a un largo y duro aprendizaje, el que comienza en la primera semana del mes de mayo y abarca casi dos meses y medio. Cada tarde, a la caída del sol y hasta la medianoche, en los pueblos «oficinas» salitreras y otras



NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN. DE LA TIHANA.

localidades, se pueden escuchar los violentos ritmos de las danzas rituales desde un radio considerable. En ese mismo período se fabrican o remozan los trajes tradicionales, cuidándose de los detalles más nimios y haciendo toda suerte de sacrificios personales para presentarse ante la Virgen del Carmelo con toda la galanía y unción que consideran justas.

Los «bailes» acuden, por lo general, dos o tres días antes de la fecha y los ritos se suceden con ordenación matemática, aun cuando su desarrollo horario puede ser motivo de cambio por mayor o menor afluencia de otros grupos de promeseros que a su vez cumplen con la misma secuencia los diversos actos piadosos.

Vestidos con trajes adecuados (posiblemente menos aparatosos que los del día máximo), celébranse las «vísperas», el 15 de julio, en el siguiente orden:

Primera, Segunda y Tercera «dentrada» al pueblo, etapas que abarcan tramos equidistantes en el límite «urbano» del santuario hasta la iglesia misma, partiendo desde un punto denominado «El Calvario».

Verificado lo anterior, preséntanse tres nuevos períodos, a saber:

- 1) Dentrada al Templo.
- 2) Adoración.
- 3) Retirada.

Si se considera que asisten entre 25 y 40 «bailes», se comprenderá que tales etapas demoran largas horas. Durante el proceso integral, los cánticos, la música instrumental y las danzas, tienen preeminencia, con la sola excepción del Canto de Adoración, junto al Altar Mayor, donde cesa el baile.

Cumplido el Saludo, y cantada La Retirada, los «bailes» se van congregando en la amplia plaza, donde continúan las ofrendas coreográficas en forma colectiva ya. A medianoche, los «bailes» se recogen—sólo por unas pocas horas—acampando en viviendas improvisadas diseminadas por entre los famélicos árboles del extinto bosque del Tamarugal.

A las tres de la mañana del 16 de julio, se canta el «Alba», y poco después, propiamente al amanecer, «La Aurora», luciendo todos ya el traje de gala. Hay un breve descanso—destinado al desayuno o algo parecido—descanso que no trasciende, puesto que numerosos bailes mantienen constantemente el ajeteo y bullicio, según el orden que les va tocando en sus presentaciones.

El aspecto litúrgico aparece por vez primera con ocasión

de la misa solemne, la que, debido a la enorme afluencia se hace «de Campaña». Ante el silencio absoluto miles y miles de promeseros siguen el desarrollo en todos sus imponentes detalles. Terminada la misa, atronan el espacio los cohetes y músicas rituales de danzas, entregándose los «bailes» a sus más febriles prácticas. Así hasta mediodía, en que, sin interrupción notable, almuerzan y reanudan, en todo esplendor y virulencia, hasta las cuatro de la tarde, hora en que se efectúa la procesión.

En la noche comienzan los preparativos para retirarse siendo el último rito la «Despedida del Santuario». Por la gran concurrencia de «bailes» y no pudiendo ubicarse a la vez más de tres en las naves del templo, el resto continúa sus danzas y devociones en la plaza, ya iluminada con inmensas fogatas en torno a las cuales se suceden aparatosas mudanzas y una destacada participación de los «diablos», que siempre forman en número no inferior a dos en cada agrupación y cuya función es la de «animar» marginalmente los ritos y también la de transportar las especies y alimentos de la cofradía. Durante todo el día siguiente los «bailes» aun están despidiéndose y, algunos, los de más fuerte tradición indígena celebran «cacharpaya», que es fiesta pagana, con profusión de «kashua» y «cachimbo», bailes mestizos de origen peruano.

*

Fué por el año de 1780 que el rico ganadero copiapino don Mariano Caro Inca, arreando animales por un paso de Argentina a Chile, halló fortuitamente una diminuta imagen de la Virgen tallada en piedra negra de escasos veinte centímetros de altura. Llegado al villorrio de San Fernando, a la salida de Copiapó, el suceso corrió veloz de boca en boca, y su afortunado poseedor decidió entre otras cosas, ofrendar anualmente una novena y erigir, posteriormente, un altar en un oratorio construido en su hijuela de San Fernando. Al morir, dispuso la erección de una capilla, la que, al correr los años y habiendo crecido la fe y la devoción, convirtiéndose en la hoy abandonada iglesia, fabricada en 1800 por el cura de Copiapó R. P. don Domingo Carmona. Por 1910, el R. Padre don Pedro Thelis, inició el santuario, donde actualmente se halla la histórica imagen y la que está dedicada a Nuestra Señora de la Candelaria. Consecuentemente, y ya desde largos años, cada 2 de febrero acuden devotos de toda la región

FORMACION DE MINEROS REVESTIDOS DE EXTRAÑOS ATAVIOS EN UN MOMENTO COREOGRAFICO DE UN PASO DE DANZA DEL BAILE DE CHUNCHOS, DE IQUIQUE, EN LA TIHANA.





BAILES DE «CHINOS» EN PLENO DESPLIEGUE RITUAL, EN EL ATRIO DEL SANTUARIO DE LA CANDELARIA, DE COPIAPÓ.

y de apartados lugares. Principalmente, los mineros la rinden culto, con sus típicos bailes, cánticos, estro poético y típica vestimenta.

El nombre genérico de «chinos» que exhiben estos danzantes, proviene de un nominativo de carácter coloquial, por el cual chino es sirviente o servidor, y sin lugar a dudas proviene del hecho familiar que en algunas regiones metropolitanas chilenas, peruanas y bolivianas, los súbditos del Celeste Imperio ocuparon y lograron cierta eminencia como servidores en casas de abolengo. Por extensión, entonces, «chino» de la Virgen significa «servidor de la Virgen». Los «bailes» chinos, luego, nada tienen en común en absoluto con los orientales; se hallarán preferentemente en las provincias de Atacama y Coquimbo, aun cuando en las dos restantes provincias extremeñas del norte hállanse cofrades danzantes de similar denominación y características.

Son grupos exclusivamente de varones y mineros, admitiéndose en cada «baile» cuatro promeseras las que cargan los estandartes y banderas, por la mera voluntad y disposición personal de ellas. Forman en los «bailes», promeseros, es decir, personas que hacen promesas a la Virgen solicitando sus favores, o bien por reconocimiento de sus bondades, recibidas en forma material y visible. Hay padres que se comprometen a entregar a sus hijos desde la más tierna edad. Hay ancianos que, como el caso de Juan Rafael Cortez, se han incorporado a muy avanzada edad. La entrega de los hijos, como asimismo el voto de promesa personal, se hacen con la sola mediación de los «alféreses», ante la imagen original, y sin la participación de sacerdote alguno. Hay casos de promeseros que hacen largos viajes para cumplir sus mandas.

A semejanza de las instituciones del mismo nombre de Andacollo, los «chinos» de Copiapó se rigen por una especie de código moral estrictísimo. Por ejemplo: Ninguno puede usar el traje en actos que no sean de adoración, y en todo caso siempre que tenga la autorización correspondiente del «cacique», que lo es el jefe más antiguo y que recibe dicho cargo por heredad. La infracción se castiga como «falta grave», y conlleva suspensión de uno a tres años. Se observa la moralidad del «chino», y el jefe tiene un control de los denuncios, y entre las prescripciones que inhabilitan el formar en dichas agrupaciones de danzantes, lugar preferente ocupa la de no

aceptar sujetos que no tengan sus hogares constituídos legalmente.

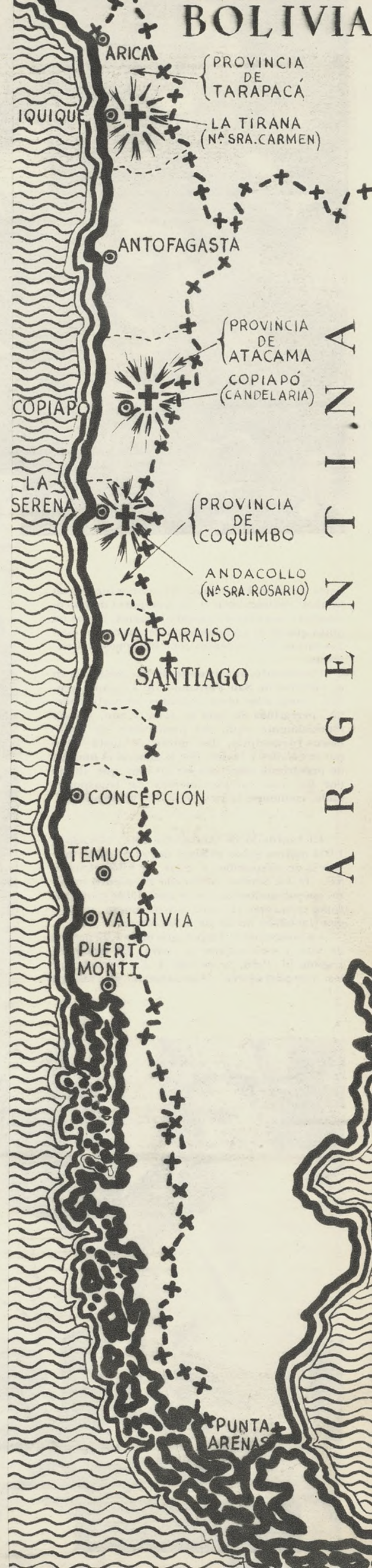
Existe una jerarquía entre los «chinos» de la Virgen, y, en ordenación descendente ella se sujeta al siguiente esquema: *Alferez general (cacique). Primer alferez. Segundo alferez. Abanderado. Tambor. Flauta.*

En general, domina en los atavíos de los mineros el color celeste pálido, que lo es el de la Virgen, o más bien, del primer vestuario que ésta recibió. Aun los instrumentos musicales están recubiertos con telas de dicho color.

De estos instrumentos la «flauta» no es propiamente tal, sino una simple caña, de entre 25 y 50 cm. de largo, uno de cuyos extremos está obstruido por la corteza natural, y por el otro cortado en dos cantos para formar un triángulo por el cual se sopla. El sonido producido es potente y ronco, y llámanlo «ragido», como en este dístico:

*delen ragido a la flauta
delen sonido al tambor.*

Hay un típico «ragido Candelaria», en oposición al «ragido descontrapesado». «Ragido» debe provenir de una equívoca aplicación de «rasgueo», que es la acción y efecto de rasgear, o bien de *rasgar*; romper o hacer pedazos, a viva fuerza. La verdad es que el «sonido» emitido más que a tal, evoca el de un graznido o ruido de aserrar, tal es así, que, al sentirse durante las mudanzas, dan las flautas la impresión de un fantástico aserradero, en una persistencia rítmica enervante, por estar espaciados grandemente un soplo de otro. Proviene esta peculiaridad del hecho de que las mudanzas son más propiamente grandes pasos alternativamente de izquierda y derecha, en forma monocorde, ritual, pesada y grotescamente parsimoniosa, si la forma de explicar no hiriera el real fervor y tremenda apostura varonil de los mineros devotos. El avance es sumamente lento, pues cada dos pasos retroceden uno, y esto en armónico cuan brutal balanceo de todo el cuerpo. Hay que concederles aquí el sentido profundamente litúrgico que pretenden imprimirle a sus danzas todos los mineros, y como danzas varoniles encubadas junto a la roca y la faena pétrea, nada debe extrañarnos de su aparente carencia de flexibilidad o genuflexiones típicas de las danzas menos primitivas observadas en las regiones del salitre en el





BAILE DE CUYACAS FORMANDO EN LA PROCESION DE LA VIRGEN DEL CARMELO, EN LA TIRANA.



LA «PAMPA», CALCINADA POR EL SOL, SE ESTREMECE BAJO LAS EVOLUCIONES COREOGRAFICAS.

norte de Chile. Los ritmos del tambor (que es un tambor rudimentario a la semejanza de los corrientes), son exclusivamente binarios, lo que no quita que en el agrupamiento de dos o más «bailes» surjan sorprendentes combinaciones polirrítmicas.

Finalmente, al santuario de la Candelaria en el villorrio de San Fernando de Copiapó, acuden—como a los otros restantes del norte chileno—peregrinos de toda la zona y aún, y muy especialmente aquí, los promeseros de Catamarca (Argentina), que gozan de justa fama por sus bailes y trajes. Por lo general el número de peregrinos sobrepasa los 20.000; que llegan por los más variados medios de transporte: mula, camiones, trenes, barcos y aeroplanos.

★

El santuario de Andacollo está ubicado a 1.031 metros sobre el nivel del mar, en la provincia de Coquimbo y unos 50 kilómetros al SE. de La Serena. Andacollo es asiento minero, encontrándose el oro en apreciable cantidad, como asimismo el cobre y manganeso, y tiene una población media de 1.500 almas.

La imagen de la Virgen, que mide 1,25 metros de alto y está tallada en cedro, fué traída de España al Perú, y de allí a La Serena, por los conquistadores. Amenazados de saqueo



FAMILIA DE RUFINO CABRERA ARCOS, PEREGRINOS DEL SANTUARIO DE LA CANDELARIA, COPIAPO.

e incendio por los indígenas, los colonos estimaron prudente llevarla a la alta montaña, donde fué escondida en sitio seguro.

La leyenda dice que un unido, llamado Collo, en sus vagancias por los faldeos de la montaña, escuchó una voz celeste que le decía claramente: «Anda, Collo, a la montaña; busca y serás rico y dichoso». No dando fe a esta misteriosa revelación, Collo se dispuso a continuar cortando leña de árboles cercanos y rumiando su infortunio y desolación. Cuál no sería su sorpresa al destrozarse un tronco, cuando apareció, allí dentro mismo la imagen de una hermosísima virgen morena. Corrió al poblado vecino a comunicar el hallazgo, y la población indígena se trasladó en masa al sitio indicado por Collo. Se formó procesión y se adoró la imagen de la Virgen, la que quedó instalada en la cabaña de Collo. Desde entonces, los descendientes de Collo mantienen prerrogativas sobre la imagen de la Virgen del Rosario, la que fué derrochando milagro tras milagro, haciendo del sitio—que pasó a llamarse *Andacollo*, en homenaje al descubridor—un peregrinaje dilecto.

Esto ocurría, por cierto mucho antes de 1580, fecha en que don Juan Jufre y don Juan Gaytán de Mendoza hicieron construir la primitiva capilla. Por el año de 1676, don Bernardino Alvarez, párroco de Andacollo, levantó una estructura más firme. El auge de los lavaderos de oro, atrajo una respetable población. Posteriormente, el párroco don Vicente Valdivia, elevó un edificio de estilo colonial, amplio, que es el que actualmente sirve de parroquia y es la residencia habitual o «camarín» de la Virgen. Sin embargo, dado el crecido número de peregrinos, que de año en año iba en aumento, fué necesario la erección de un santuario digno del rango, y el 25 de diciembre de 1873, el Excmo. Sr. don Manuel Orrego, obispo de La Serena, colocó la primera piedra de la que había de constituirse—a su inauguración y dedicación por el obispo Fontecilla—en basílica de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, veinte años más tarde. Es de estilo romántico bizantino, con cinco naves y varias galerías flotantes, un pórtico monumental, dos torres de cincuenta metros de elevación cada una, y una hermosísima cúpula de 45 metros de alto. La Basílica tiene cabida para diez mil personas, cómodamente instaladas.

Andacollo es, incuestionablemente, el santuario más favorecido por el pueblo chileno. A él acuden por millares los hombres y mujeres atribulados a ofrecer y a pagar «mandas», cada 26 de diciembre. El camarín de la Virgen luce prendas de valor incalculable, venidas desde todo el mundo, aun de los países más remotos.

Al igual que en Copiapó, y respondiendo al nombre genérico de «chinos», existen las cofradías extra-legales de promeseros mineros que bailan a la Virgen. Aquí se dividen propiamente en tres tipos diferenciados: «Chinos», «Turbantes» y «Danzantes». Al correr de los años, estas cofradías se han extendido desde Andacollo hasta países vecinos, y célebres son los grupos mineros que vienen desde: Tamaya, Limari, Sotaquí, La Cocinera, Ovalle, Higuera, Peñón, Coquimbo, La Serena, San Fernando, Copiapó, Tierra Amarilla, Antofagasta, Iquique, Pozo Almonte, Illapel, La Ligua, Los Andes, Cal-Cai, Caleu, Quinteros y Olmué.

Son los más antiguos los «chinos de Andacollo» (356 años), y los de Limari (242), según consta en el libro oficial que guarda en su poder la familia Barrera, de Andacollo, descendientes del indio Collo. En la actualidad, el cargo supremo de «cacique» de todos los «bailes», lo ha asumido doña Salomé Jorquera, viuda de Barrera, por votación del año 1936 entre los jefes de «bailes».

Los «bailes» forman la guardia de honor de la Virgen, y en razón del hallazgo de Collo, el «cacique»—sucesor en línea recta suyo—es el «dueño» de la imagen y nada se hará sin pedirle a él la venia. Perteneciendo éste al «baile de chinos de Andacollo», tiene este grupo privilegios, y no es el menor el de dejarles dueños absolutos de la imagen durante el fausto día 26.

En la víspera, y desde las colinas del santuario, los «bailes» aguardan el alba, hora en que bajan con estandartes desplegados, cantando al acompañamiento de guitarras, tamboriles, «flautas» y sonajas. Hay saludos en la puerta del templo, y hay campanas invitando a la misa. A su término, dada la voz de mando del «cacique», se saca el anda de la Virgen, la que es colocada en el atrio del templo y se da comienzo a los saludos y homenajes de los «bailes». Cada uno tiene un cuarto de hora para sus ritos: danzas, cantos, versos, promesas, quejas y agradecimientos.

La procesión es el momento culminante de la fiesta religiosa. Desfilan numerosas andas cuajadas de flores y cintas tricolores, entre los petardos y los sones de «flauteros» y bombos, junto a banderas chilenas y batallones de estandartes de estirpe centenaria. Tras todo aquel cortejo, viene la imagen veneranda, en anda de plata y derroche de piedras preciosas y metales alucinadores.

El fervor popular es tremante, en una multitud de cuarenta mil personas. Voces atronadoras en vivas y júbilos, cantos litúrgicos sucedidos de sones paganos de ritmos desconcertantes, y, por encima de todo, los quejumbrosos y estridentes *granzidos* de las extrañas «flautas» de los promeseros. Inciensos y campanas, pólvora y cosméticos de feria pueblerina, se funden con la polvareda de la montaña reseca en el naciente estío, que parece estremecerse entera en esa explosión de fe ancestral.

Quien contemple este extraño espectáculo de los ritos mineros, aun con el mero prisma del simple curioso, quedará hondamente impresionado, y nadie, ni el más descreído, podrá negar que hay aquí—como en todos los otros santuarios del norte de Chile—un profundo fervor, nacido de aquella tremenda angustia del espíritu humano que busca una Luz para aclarar el misterio de la Vida. Y aquí, en estos parajes inhóspitos, donde todo le es hostil al hombre, la bendición de la doctrina cristiana alcanza una significación que las arengas sociales jamás satisfacen: alimentar el espíritu con el pan de la Verdad Eterna.

La Venta del Batán



EN los terrenos de la madrileña Casa de Campo se ha alzado, por obra y gracia del Municipio, la «Venta del Batán», donde se exponen cada año los ganados de las corridas de San Isidro. Días antes de inaugurarse la feria del Patrón de Madrid son encerrados allí los toros, que pastando libremente en grandes corrales aguardan turno para demostrar en el ruedo de la Monumental su casta frente a los mejores espadas.

Madrid necesitaba la «Venta del Batán». El aficionado a la fiesta gusta de contemplar los toros antes de la corrida, examinar sus defensas, estudiar su estampa, palpar su poderío, pues sólo así es capaz de saborear luego toda la emoción de la lidia. Antes, los taurófilos sólo podían satisfacer este deseo en Madrid contemplando los toros en un estrecho corral de la misma Plaza, unas horas antes de la corrida. Ahora lo pueden hacer en la «Venta del Batán», durante varios días en extensos corrales donde los toros lucen toda la belleza de su lámina.

La existencia de otros lugares de este tipo en Andalucía, como la

EN LAS FOTOGRAFÍAS, ALGUNOS ASPECTOS DE LOS CORRALES DE LA VENTA DEL BATÁN Y CABALLISTAS EN DÍA DE ENCIERRO. EN LOS CORRALES, EL GANADO LIDIADO EN LA FERIA DE S. ISIDRO.



EN LA HORNACINA, SAN ISIDRO, PATRONO DE MADRID.



EXCURSIONISTAS MADRILEÑOS CONTEMPLAN LOS TOROS.

PROYECTO DEL BAR ROTONDA, QUE PRONTO SE INAUGURARA.



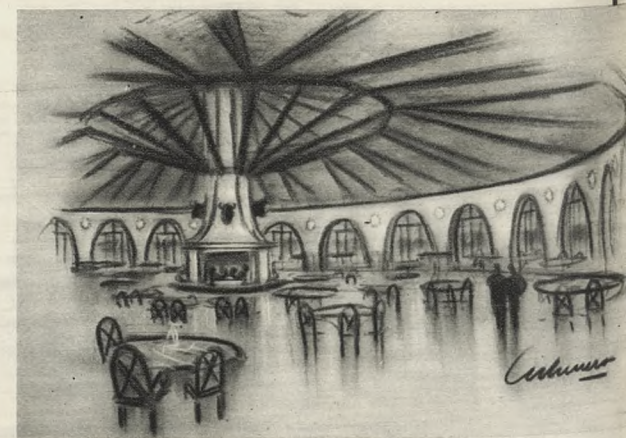
famosa venta de Antequera, hacia fácil caer en el mimetismo, sencillo expediente de tantas obras en que se descuida la oportuna ambientación. Así habríamos hecho de la venta del Batán un falso cortijo andaluz que se habría despegado en el severo paisaje velazqueño. Otra ha sido nuestra inspiración: motivos típicamente madrileños, de ese Madrid viejo y barroco que guarda un tesoro inagotable de belleza. Así, por ejemplo, sobre una de las tapias que cercan el recinto de la Venta se halla una hornacina con una imagen del Patrono de Madrid. Tapia, hornacina y santo que no será difícil ver inspiradas en el Puente de Toledo.

El lugar de su emplazamiento ha sido escogido de tal forma, que la «Venta del Batán», enmarcada en el espléndido paisaje de los bosques de la Casa de Campo, pulmón de Madrid, con su alegre trazado campero netamente castellano, es ya norte incitante del esparcimiento madrileño. Y lo será mucho más aún cuando se logre que se encierren allí todas las corridas de la temporada taurina, no sólo las de las fiestas de San Isidro.

Todo esto es un paso más hacia ese Madrid perfecto, digna capital de España, que anhela el Excmo. Ayuntamiento de la Villa, presidido por D. José Moreno Torres. Un paso más que está en la misma línea de otras dos obras recientemente inauguradas: el Campo Municipal de Deportes de Vallehermoso, soberbio estadio, y la Piscina de la Casa de Campo, de categoría olímpica. Es éste un importante aspecto a atender en toda buena política de urbanismo y que no ha sido olvidado en el plan de engrandecimiento de Madrid—algunos de cuyos resultados tuvo «M. H.» ocasión de ofrecer en marzo pasado—gracias a la gestión infatigable del concejal Sr. Jiménez Millas. A los demás únicamente nos corresponde el escaso mérito de secundar iniciativas y resolver técnicamente la propuesta formulada: dotar a Madrid de lugares de recreo y esparcimiento.

El lector podrá juzgar por sí mismo el alcance de esta obra recentísima. Una de las fotografías recoge un aspecto del bar-rotonda que, decorado con temas taurinos, se instalará en la Venta y que, inaugurado el año próximo, hará de ésta un definitivo lugar de excursión y recreo, que es lo que hemos querido lograr.

HERRERO PALACIOS (Arquitecto)





Contrastes en Tánger: Europa, América y África.



Uno de los mayores alicientes de Tánger es la indefinición de cosas, principios y personas. Pero se da crédito, sin interés, o al menos se finge darlo, a lo que las cosas, principios y personas aparentan ser. Un aventurero puede fingirse marqués y todos le daremos ese título, mientras no nos cueste dinero. Y un multimillonario podrá solazarse en la playa, o pasear con el cesto de la compra por el Zoco Grande, sin que demos muestras de conocer su elevada posición económico o social. El «quién es quién» no nos importa demasiado.

Por eso, al saber que se ha llevado a la Asamblea un proyecto de Ley para reglamentar los certificados de origen, nos sentimos un poco escépticos respecto a sus resultados. Nos consta que hasta un sabio extranjero que intentó investigar el origen de las Grutas de Hércules, tuvo que renunciar a ello, sin sacar nada en limpio. Sólo descubrió, al fin, una lápida que esculpieran quizá viejos piratas, en la que podía leerse esta inscripción:

«Respetar las costumbres que aquí rigen y de nada investigues el origen.»

Nuestra experiencia personal es menos científica, pero igualmente convincente.

Conocemos cortes de trajes «Made in England», que en secreto nos han dicho:

—Soc catalá, ¿sab?, però miri ¡si el public vol pagar el doble...!

En cuanto a las personas, aún es más difícil conocer su origen verdadero.

Un día nos hallábamos reunidos cuatro amigos en la terraza de un café.

Al pasar un conocido nuestro, alguien le saludó:

—¡Good bye, mister Pérez!

Y uno de nuestros amigos comentó con cierta envidia:

—Se ha nacionalizado americano y las entidades mercantiles se lo disputan para socio de paja. ¡Qué suerte!

TANGER

sede internacional de la vida cómoda

POR FERNANDO SEBASTIAN DE ERICE



—Sí— asentimos nosotros—es de las cosas más útiles que se puedan ser. Tanto es así, que creo que no habría nunca guerra en ciertos pueblos si Norteamérica, a modo de arma atómica, se prestase a bombardearlos con pasaportes americanos...

—Pero, en cambio—nos permitimos observar—, si mister Pérez quiere ir a los toros de Algeciras no tendrá ahora más remedio que cambiar seis dólares a 16,40...

—No—contestó uno de mis contertulios, un muchacho moreno y bajito con acento de Estepona—, no cambia un centavo porque tiene un certificado con el que demuestra que un tío suyo, que vive en Cuenca, le paga hasta el limpiabotas.

—¿Qué cosa más hermosa es la familia!—comentamos candorosamente.

—¡Nada de eso! Es que su tío cobra aquí el dinero que presta a mister Pérez, porque quiere comprarse un cochecito mediante otra declaración jurada que acreditará que se lo ha regalado un primo segundo que tiene en Tegucigalpa.

—Te estás metiendo en Honduras—dijo Gómez, otro de mis compañeros de café—... ¿Y tú, cómo te las arreglas cuando cruzas el Estrecho? Porque aquí, el amigo, es holandés—añadió, disparándole a quemarropa el dedo índice.

—¿Holandés? ¿Cómo es posible?—dije yo—. ¡Si lo conozco hace varios años y lo tenía por tangerino! A ver, dígame: ¿sabe usted pronunciar este nombre?

Y escribí sobre el velador el apellido de un alto funcionario de la Administración tangerina.

—Si lo pronuncia bien, creeré que es usted realmente un holandés.

Ante esta pícara treta, nuestro amigo se sonrojó un poco. Y confesó:

—Es cierto que soy holandés; pero no hablo el idioma. Me he pasado quince días en un cursillo de pronunciación holandesa, organizado para aprender a decir de un tirón ese ilustre nombre; pero ha sido inútil, no sabré nunca pronunciarlo como es debido.

—Sin embargo—agregó, dirigiéndose al que descubriera su nacionalidad—confiesa que a ti te ocurre lo mismo con la lengua de Camoens; porque tú eres portugués y no sabes ni decir: «muito obrigado»...

—¡Zeñore!—prorrumpió entonces nuestro tercer amigo, el simpático Martínez—. Antes de que usted se metat conmigo, yo voy a decir mi verdad; que yo tampoco le doy bien al inglés...

—¿Pero es usted súbdito británico?—preguntamos con asombro.

—¡Dígo! ¡Ma inglés que Chúrchi. De Gibraltar, na má. ¡A ver si no!

Y exhibió su certificado de nacionalidad para que no hubiera ninguna duda sobre ello.

Entonces me puse en pie de un modo automático.

—Pero hombre, ¿dónde vas? ¡Tómame un café!

—No. Me voy ahora mismo a mi casa. Quiero ver inmediatamente mi pasaporte.

—Pero, ¿por qué, hombre, por qué?

—Porque me ha entrado de pronto la duda de si no seré yo, también, a lo mejor, checoslovaco; porque es que

—lo reconozco ante vosotros—yo tampoco sé una palabra de checoslovaco... Y por si acaso... ¿eh?

*

Tome usted un taco de almanaque madrileño. Suprima de él los meses de enero, febrero y agosto. Baraje el resto. Corte. Y vaya soltando días sobre Tánger tal como quieran ir saliendo, al buen tun-tun... Ese es nuestro clima.

Ahora supongamos que cae usted en paracaídas, desprendido de un avión estratosférico y supersónico (neologismo que en honor a usted diremos que deriva de *super-persona*) y admitamos la hipótesis de que ha olvidado la fecha en que vive. Pues bien, nos jugamos su cabeza a que no acierta a adivinar siquiera la estación del año.

Es que aquí se empujan los días sin excesiva lógica. A uno de diciembre sucede otro de julio cuando en realidad estamos en febrero. Y por eso, quizá tienen razón los moros en llevar chillaba en todo tiempo, mientras que nosotros, pobres europeos ignorantes, tan pronto nos envolvemos en ropaje de invierno como en telas de verano, según nos despista el sol, y así atrapamos unos resfriados que son luego la delicia de los médicos. (La penicilina no se aplica en estos casos porque alguna enfermedad hay que dejarles también, caramba.)

Para aumentar el desconcierto, festejamos tres entradas de año (cristiana, musulmana y hebrea), y numerosas Pascuas, para desesperación de pavos, gallinas y corderos, que desde hace siglos siguen sin comprender el por qué de esas degollinas...

Con las horas sucede algo parecido. Mientras no pongan contador al sol y sufra entonces apagones como una fábrica de luz cualquiera, la diafinidad del día viene a ser la misma a cualquier hora. Las diez de la mañana son como las cinco de la tarde, o la una oficial del mediodía. Pero ni en el llamado verano se nota, por ejemplo, a la hora de la siesta, ese peso del sol, que en otros climas, pone cálidos temblores en los contornos de las cosas. Y como todas las horas del día son iguales, la consecuencia es que cada cual se las administra como quiere. Unos comienzan su faena a las ocho, y otros a las once. Unos le invitan a comer a la una, y otros le citan a las dos y media para sentarse a las tres. En los salones de té se sirven meriendas lo mismo a las cuatro y cuarto que a las ocho. Y la Administración (¿hora española?, ¿hora francesa? Pues... ora francesa, ora española, y en paz) adelanta o retrasa nuestros relojes en la seguridad de que de todas formas nos da igual.

Pero se nos ocurre preguntar: ¿Por qué no creamos la hora tangerina? ¿No habrá llegado aún nuestra hora? Medítenlo nuestros legisladores.

De todos modos, el mejor reloj será siempre el que tiene por manecillas el sueño y el apetito. Sin excesiva reglamentación intervencionista. Libertad de dormir y de comer en el momento en que apetezca; y diga el reloj lo que quiera.

*

Se dice de Tánger que es la ciudad de los Bancos, de los automóviles, de los negocios, de los turistas; pero aún no se ha dicho que esta ciudad alegre como pocas, es también la de los cementerios. Y, sin embargo, a falta de parques y jardines públicos, los pulmones de Tánger son sus cementerios. Junto a las calles de más tránsito, asoman las piedras blancas y los árboles añosos de las viejas necrópolis. Entre césped y flores silvestres, los que se fueron siguen oyendo el palpitar de la vida. Conocieron quizá un Tánger tan grato y amable que no quisieron dejarlo del todo. Y ahí siguen, desde el sagrado de sus solares, sin comprender, tal vez, el por qué de este mundo trepidante de boci-



Vista aérea del Tánger moderno: espaciosas avenidas, edificios suntuosos. Junto a la ciudad mora, Tánger, ciudad europea.



En el Zoco Grande tangerino, musulmanas, que tapan su rostro con el típico velo árabe, venden una preciada mercancía: claveles, rosas, tulipanes, camelias...



Este es el más típico comercio de Tánger, los cambistas de monedas de todo el mundo.



Casi todos los cambistas son judíos. Ellos le proporcionarán, si la paga, la moneda que Ud. necesite.

nazos y voceríos que los rodea. Quién sabe si más de uno no optaría por vender a dos mil pesetas los dos metros de tierra que ocupa y marcharse más lejos, donde encontrar por menos precio el silencio de la eternidad...

El censo inanimado tangerino nos sale al paso en multitud de calles céntricas. Es la prolongación perdurable de una convivencia que no queremos interrumpir. Es cierto que la muerte nos colecciona por credos, pero sin separarnos mucho a unos de otros. Hamido, Manolo y David, que hoy, se citan en la terraza de un café del Zoco Chico irán a parar definitivamente a distintas calles, pero el que sobrevivirá tendrá ocasión de pasar continuamente junto a la eterna propiedad inmueble de sus amigos a los que dedicará cada día la oración de un saludo mental.

Este respeto a los muertos, cuya última morada tienen por diario paisaje miles de casas en Tánger, es una nota de indudable valor espiritual que debe ponerse de relieve en una ciudad como la nuestra, tildada por los extraños de negociante y materialista. Confesemos que en nuestras urbes europeas en cuanto la zona de su crecimiento alcanza algún viejo patio de nichos y cipreses, desalojamos a nuestros bisabuelos y vendemos el terreno que ocuparon por pies cuadrados...

Aquí, en cambio, el desarrollo urbano es más urbano todavía con los antepasados de la ciudad. Ni los desahucia, ni los separa abriendo a su través nuevas vías de comunicación; los rodea con baldosín y asfalto y se limita a levantar un muro como frontera entre la vida y la muerte. Única frontera que puede atravesarse en estos tiempos sin visados ni excesivos trámites.

Convengamos en que hay ciudades en las que morir se no apetece nada, absolutamente nada. Pero Tánger... Qué original propaganda pudiera hacerse: La ciudad ideal para morir. Sí; sobre todo para quienes más amaron la vida. Porque quedarse aquí es casi un seguro contra el olvido, que es lo que más fastidia a los muertos. Convertirse en una parcela de jardín es mucho mejor que yacer arrinconado entre gente desconocida en cualquier patio tétrico. Y luego los amigos que pasan junto a uno y dicen: «Ahí está fulano». Y cuentan una anécdota que el tiempo habrá hecho más graciosa de lo que fué.

Sí. Vivir en Tánger es un privilegio, pero morir en Tánger tiene también sus ventajas que no debemos de ocultar por más tiempo al mundo mortal cosmopolita para conocimiento de cuantos deseen morir a gusto.

*

Reconozcamos, ante todo, que la comodidad es la madre del progreso. El padre quizá sea el afán de lucro. El hombre, al ser desahuciado del Paraíso, se encontró de pronto en un medio hostil, lleno de incomodidades. Y las fué venciendo una a una. Pero ello inventó el lecho, el vestido, la casa, el fuego, la flecha y la rueda. Andando el tiempo venció el dolor en numerosas enfermedades, acortó distancias, domó a los elementos, descifró el misterio de los astros y de las ondas y descubrió la máxima fuerza en el átomo invisible. Todo ello le costó esfuerzo, pero el resultado ha sido evitarle un despilfarro de energías. Resulta, por tanto, que para lograr una mayor comodidad hay que pasar antes por un incómodo esfuerzo. Y de horizonte en horizonte, el hombre sigue esforzándose, entretanto, en busca de una máxima y perfecta comodidad que nunca encuentra en esta vida. Pero convengamos, de todos modos, que el ideal de la comodidad es perfectamente defendible y que puede tener hasta su mística, como desde luego tiene su filosofía y su altruismo.

El «comodista», no el comodón, que nada tiene que ver con él, es un eterno aspirante a su comodidad y a la de los demás. Ideará sistemas para trabajar menos con mejor resultado y hará partícipe al prójimo de cualquier incomodidad que haya vencido. Apartará la piedra del camino, buscará los atajos, se instalará en los lugares más amenos y economizará siempre que pueda sus gotas de sudor.

Antípoda suyo es el austero perezoso, que tampoco hay que confundir con el que lo es por auténtica virtud. Pero este tipo de austeridad es poco frecuente, y en el fondo de muchos austeros lo que hay es una terrible desgana o incapacidad para el desarrollo de una actividad cualquiera, cuando no un conformismo servil ante cualquier incomodidad moral o material que hayan de sufrir.

Hay quienes creen que se hace al prójimo más virtuosamente austero y a los hombres, en concreto, más varoniles, si los acostumbran a soportar cualquier clase de incomodidades. Y hay que reaccionar contra esa idea peligrada que es el mayor entorpecimiento para el progreso espiritual y material de un pueblo. Construir casas cómodas y sanas, desterrar enfermedades, declarar la guerra a las plagas e insectos, alimentarse, descansar y recrearse cuando sea necesario, arreglar de inmediato el bache y el descomchado, sin permitir nunca que la perezosa conformidad de hoy suponga un mayor esfuerzo mañana, para nosotros o para las generaciones que vienen detrás.

Los americanos, grandes campeones del comodismo, nos han demostrado en la última gran guerra que se puede ser un gran soldado de la manera más cómoda posible. Y aunque es cierto que su riqueza les facilita muchísimo una vida confortable, hay que convenir que, en buena parte, deben esa riqueza a su constante afán de vivir colectivamente cada día mejor. Y el resultado es una raza alegre y trabajadora, moral y físicamente sana.

Porque, además, el «comodismo» tiene un aspecto espiritual de la mayor importancia. Simplificar el trato social, allanar las distancias entre las clases, dar paso hacia la cima a quien por sus méritos lo merece, combatir la incomodidad del odio y de la envidia, dar crédito al valor ajeno para



Día animado de mercado en el Zoco Grande. Allí se da cita una abigarrada multitud de todas las razas y países.

que los demás también nos lo concedan, hacer grata la vida a quienes de nosotros dependen. Todo ello, no sólo es virtud, sino que además es... maravillosamente cómodo. Y concluimos por donde pensábamos haber comenzado: Tánger es una ciudad bastante cómoda. En general, todo aquello que no cause daño al prójimo está admitido. Los comerciantes abren o cierran sus tiendas cuando les conviene, cada uno se rige por las costumbres que más le agradan,

viste como le viene en gana, y se siente en plena libertad mientras no incomode a los demás con sus actos o la exteriorización ofensiva de sus principios. Todo eso es sumamente grato y constituye uno de los encantos de la ciudad.

Por comodidad colectiva también, se ha seguido en esta Zona un sistema de organización constitucional que evita la formación de sectores que dividen y enconan la política

administrativa. Un mosaico de ideas, de razas, créditos y hábitos nacionales, se avienen en una mutua y cómoda tolerancia. Pero interesa que ese espíritu de comodidad no se haga objeto de acaparamiento, que se extienda a todos, al indígena y al turista, al residente y al transeúnte, al comerciante y al cliente, al contribuyente y al funcionario. Porque mien-

tras el mundo sufre, desgraciadamente, la más dura de las postguerras, con su fatal secuela de malestar, escasez, intervencionismo y austeridad forzosa, ninguna propaganda pudiera mejor hacerse de nuestra ciudad—aunque hoy suene a privilegio cruel—que el proclamar a todos los vientos: TÁNGER, SEDE INTERNACIONAL DE LA VIDA CÓMODA...

TÁNGER, «RADAR» DE AMÉRICA

POR JULIO ABRIL

TÁNGER crece, Tánger se dilata, Tánger se moderniza de día en día. Su viejo recinto amurallado es hoy sólo un barrio pintoresco que el tangerino apenas frecuenta. Porque el tangerino moderno es un hombre con cuatro ruedas, y éstas no caben por el dédalo de callejas estrechas de la Medina. El perfil panorámico de Tánger se ha transformado en pocos años. Nuevas calles, nuevas construcciones, nuevas barriadas surgen cada mes. Toda la Zona internacional se compra y se vende por metros cuadrados. El campo no existe. La hectárea se desconoce. Todo es solar, sobre el que basar una especulación, o unos ladrillos.

El dinero afluye de todas partes por oleadas. Nadie pregunta de dónde, ni cómo, ni por qué vino. Y el dinero llama al dinero. Nuevos templos se erigen, para ganarlo y guardarlo, cada día. Casas de cambio, Sociedades absolutamente anónimas, Bancos, con ventanilla y cajas fuertes, que irradian y reciben órdenes de compra de divisas y productos de todos los países.

Bajo la administración española (1940-45) fué la oleada semita de la Europa central. Muchos de aquellos húngaros, polacos y checos fugitivos tienen hoy grandes fortunas. Vino después el aflujo de capitales españoles (1946), franceses (1947), holandeses, italianos, suizos y de otras varias nacionalidades. A unos les empujaba a Tánger la ocultación de beneficios, a otros el temor a los impuestos nacionales, a éstos el señuelo de una rápida ganancia, a aquéllos la búsqueda de un seguro escondrijo. Y a todos el miedo. Miedo al Fisco, a la inflación, a la guerra... Miedo. ¡Qué gran estatua debiera levantar Tánger al Miedo!

La vida encareció verticalmente. Los precios pronto fueron el doble, el triple, el cuádruple, de los que pudieron sostenerse en el quinquenio de la guerra, cuando Tánger sólo contaba con un modesto presupuesto de quince millones de pesetas (hoy mil millones de francos), con docena y media de francos (hoy unos cincuenta), y con unas aspiraciones limitadas al disfrute de una vida placida y a la atracción del honrado turista.

Cada oleada de dinero, cada aluvión de gentes, han dado a Tánger algún rasgo en su fisonomía.

Dentro de un marco arábigo-andaluz, un colorido cosmopolita, en el que se funden y se confunden pintaladas nacionales; cada cual dió lo suyo:

España, el habla popular, los actos religiosos, enseñanza, sanidad, espectáculos, toros, y la mitad

de cuanto en Tánger se consume. Zoco chico y rada pesquera. Y casas, casas, casas. Francia, el habla oficial, los actos mundanos, enseñanza, espectáculos atrevidos, modas. Y casas, casas, casas. Italia, notas de arte y de industria. Portugal, historia, pescadores y transportistas. Otros países, veleta de negocios, yachts de recreo, vestimentas audaces. La colonia israelita (de fondo español, aunque adscrita a diversas nacionalidades), cambios monetarios, tráfico mercantil, y un ansia lograda, de constante superación social. Los demás están de paso, y ellos de vuelta; y en su casa.

Y dejamos para el final la explicación del título de esta crónica. El nuevo elemento que ha hecho irrupción en Tánger: el norteamericano. Como specimen humano el yanqui es atractivo y simpático, sencillo, optimista y sincero. Pero si además va acompañado de abundantes dólares, entonces despierta aún mayores sentimientos de entusiástica admiración.

El americano no vino a comerciar, ni a especular en terrenos o divisas, ni a colocar productos propios, que están ya en manos de agentes tangerinos. Vino a auscultar el viejo mundo, a extender su palabra más allá de herméticas fronteras, vino a conservar la paz, y a evitar sorpresas bélicas, desde un punto del globo donde se entrecruzan rutas e intereses de tres continentes. Y trajo muchos dólares, levantó cientos de postes metálicos y de antenas, dibujó en el mapa internacional una subzona para las ondas americanas (R. C. A., MACKAY, y Voz de América); sus aviones van y vienen por el cielo tangerino... Mientras Tánger negocia y se nutre de las crisis económicas y políticas de otros pueblos, América vigila, estudia, compulsiva estadísticas y aguza el oído y el sexto sentido de su radar para estar más atenta al latir de los pueblos.

Tánger, ciudad-hembra, precavida y cauta cual ninguna, se pregunta a veces: —¿Qué puede ocurrirme? ¿Será un bien? ¿Será un mal?

Muchos quisieran los dólares, mas no el radar...

Al oído quisiéramos decir a Tánger: —No temas, disfruta, trafica en lo que puedas. Nunca fuiste de nadie totalmente y todos se te rindieron. Nada darás, porque nada tienes; que todo te lo dieron. Nada han de quitarte tampoco, porque tu encanto es eterno. Cualquiera que sea el porvenir, Tú, Tánger pagana, mora y cristiana, incrédula y hebrea, serás siempre compendio de credos y culturas, rosa de todos los vientos, novia de tres continentes. ¡Sonríe, confía y espera!



Vista general de la playa de Tánger y de la ciudad. En primer término, la parte moderna.

FOMENTO VINICOLA

ELABORACION, CRIANZA Y ALMACENADO DE VINOS FINOS Y CORRIENTES — EXPORTACION



HUELGAN comentarios, encomios y ponderaciones al tratar de exponer la envergadura y significación de una empresa o factoría cuando se dispone de unas fotografías tan fieles y elocuentes como éstas. Ellas muestran la tan acreditada y renombrada industria FOMENTO VINICOLA, de Campo de Criptana (Ciudad Real).

Creador e impulsor de la misma es don Ramón García Casarrubios, a cuya capacidad y original estilo se debe el prestigio de los famosos caldos elaborados bajo su dirección.



RAMON GARCIA CASARRUBIOS ANGULO
BODEGAS EN: CRIPTANA (CIUDAD REAL). — CONCEPCION, 25. — TELEFONO 116

ESTAMPAS CARTUJANAS

Por ANTONIO GONZALEZ

Por especial deferencia de su autor recogemos algunos capítulos de este libro, «Estampas Cartujanas», reciente y ya con dos ediciones y los mejores elogios. En él, Antonio González rompe con las interpretaciones románticas y con todos los tópicos de lo tétrico para darnos un retrato de La Cartuja «por dentro», visión clara y propia de las más profunda vida espiritual, en una prosa llena de emoción transparente y de alta calidad estética.



El 21 de julio de 1483, veintinueve años justos desde la muerte de don Juan II, subiendo la penosa cuesta de la Cartuja, hizo la Reina Isabel su primera visita a Miraflores. No la acompañaba Don Fernando, ocupado en la guerra

contra los moros de Andalucía. Ante la puerta del Monasterio hubo de advertirle el Prior don Juan de Temiño, que en la Cartuja estaba terminantemente prohibida la entrada a mujeres. Al punto le contestó la gloriosa reina: «Lejos de mí, Padre Prior, que por mi causa sufran alteración las leyes de vuestra santísima Orden». Dicho lo cual, se retiró de los dinteles del Monasterio.

Como su objeto era venerar los restos de su padre, se levantó la losa de mármol que los cubría; sacaron los religiosos el féretro fuera de la clausura y ante su vista se postró a orar la magnánima reina. Regresó a las Huélgas, donde se hospedaba y al día siguiente hizo su entrada, con gran solemnidad, en la ciudad de Burgos. La tela de tisú de oro del palio bajo el cual fué recibida la envió de regalo a la Cartuja de Miraflores.

A su interés y generosidad se debió, después de curiosas vicisitudes, la terminación de las obras de este admirable templo. Hoy, en el atrio del mismo, se lee una inscripción latina que los monjes dedicaron a la hija del monarca fundador; gratitud perenne de la Comunidad, a la egregia señora: «Quorum memoria apud hujus Cartusiae alumnos, in perpetua erit benedictione».

Justamente merece esta gran reina ser tenida y considerada como fundadora de la Santa y Real Cartuja de Miraflores. Honróse con ello levantando templo a su Dios, sepulcro a sus padres, cobijo y asilo a la venerable Comunidad que ha conservado en este Monasterio, a través de los siglos, la tradición y el espíritu de la Regla de San Bruno.

Una crasa ignorancia de lo que es la Cartuja ha creado en torno a ella y a la vida de sus monjes una leyenda tan falsa como disparatada acerca de su rigidez y austeridad. Es frecuente oír, entre personas cultas y bien intencionadas, los consabidos tópicos de que los cartujos cavan diariamente su sepultura, se saludan con frases que renuevan constantemente el pensamiento de la muerte y que su silencio les obliga a comunicarse por señas. Esto, unido a

otras vulgaridades y leyendas de un romanticismo enfermizo, ha presentado a los cartujos como unos seres extraños que, siempre mudos y absortos en el pensamiento de la muerte, terminan por aborrecer la vida.

Nada más lejos de la realidad. Ochos días de retiro en Miraflores siguiendo la distribución de los cartujos, me han permitido observar esta vida, mezcla feliz de la vida monástica y de la eremítica. De la primera, tiene la ventaja de la obediencia y sujeción a los superiores; de la segunda, la soledad y el silencio, que ayudan al alma al trato íntimo con Dios. Y están obviados en ella los inconvenientes del trato continuo con los hombres y el peligro de gobernarse cada uno a su capricho.

Su Regla es modelo de prudencia, en su conjunto y detalles, lo mismo en lo que se refiere a la vida de soledad como en lo que se relaciona con la vida en comunidad. Consagrados por entero a la oración y al canto del oficio divino, con una sabia distribución, no pueden menos de santificarse aquí quienes, llamados por esta vocación, la practican sinceramente.

La Cartuja, por dentro, es austera, pero alegre. Los religiosos que en ella se santifican lo son también; con esa alegría santa, con esa paz y esa circunspección que da la práctica de las virtudes. Los temperamentos tristes y melancólicos han dado aquí siempre medianos resultados. Y hace falta, desde luego, la especial vocación, sin la cual no es posible resistir esta vida. Pero observándola, al detalle, y tratando con quienes la practican, se puede sentar esta afirmación que acaso llame la atención de muchos lectores: La Cartuja es alegre; con una alegría sin contrastes, equilibrada y serena, que no derrama los ojos ni el espíritu.

Hay en la mirada de estos monjes una clara placidez de aguas tranquilas y, al propio tiempo, un especial fulgor de transparencia. Es como el reflejo de la paz, de la alegría y del fervor de su vida interior; ese resplandor sobrenatural que irradian, también al exterior, las almas que en la plenitud de su vocación han roto toda clase de ligaduras con la tierra, viviendo de Dios sólo y sólo para Dios.

Los cartujos dividen la noche en vigiliat y el día en partes de tiempo de semejante duración. Aquí empieza el día cuando en las demás partes acaba. A las once menos cuarto de la noche se levanta el cartujo. Después de recitar «Maitines y Laudes» de la Virgen, en su celda, asiste en la iglesia a los oficios de «Maitines y Laudes» del día, que suelen durar hasta las dos o las tres de la madrugada. Dice luego



en la celda, «Prima» del Oficio de la Virgen y se acuesta hasta las seis menos cuarto. A las siete suena de nuevo la campana y los religiosos vuelven a la iglesia. Previo un cuarto de hora de adoración al Santísimo, seguido de las letanías de los Santos, asisten a la Misa conventual. Después los sacerdotes van de dos en dos a las capillas donde dicen su misa rezada, ayudándose mutuamente. Y ya no vuelven al Coro hasta la hora de «Vísperas», a las tres de la tarde.

La distribución de la vida que hacen en la celda es muy minuciosa. Rezan en ella las demás horas del Oficio y el de la Virgen; lectura espiritual, estudio y otras devociones.

La soledad y el silencio forman como el ambiente propio dentro del cual se desenvuelve la observancia cartujana. Su vida es una oración variada y no interrumpida. Y si de algo se quejan los cartujos es de la rapidez con que el tiempo pasa.

Los domingos y fiestas de Capítulo, los Padres suelen tener en común una hora de recreo. Sabia y prudente medida del Estatuto cartujano, profundo conocedor del alma humana y de los peligros que la soledad y la incomunicación absolutas pueden acarrear, incluso a estos hombres llamados a vivir en las excelsas cumbres de la vida contemplativa.

Un día a la semana, el lunes generalmente, los cartujos salen fuera de la Cartuja para dar un largo paseo de varios kilómetros por el campo. Y desde que abandonan la Cartuja hasta que regresan a ella hablan entre sí.

Su alimentación es muy sobria. Nunca, ni por ningún motivo, toman carne. No hay desayuno. A las once, comen y tienen luego, en su celda, una hora de esparcimiento que dedican, según su gusto o afición, al paseo por su pequeño huerto, al cultivo de sus flores, a algún trabajillo manual. Entre cuatro y media y cinco, se toma la cena, si no es día de ayuno; la «colación», cuando lo es. Además de los ayunos de la Iglesia, guardan todos los de la Orden, que prescribe su Regla. Sin embargo, la salud de estos hombres es excelente, llegando en su mayor parte a edades muy avanzadas.

A esta frugalidad, precisamente, se atribuye en gran parte, la salud que en la Cartuja suele disfrutarse y la longevidad extraordinaria de los cartujos, que llama tanto la atención de las gentes. Cuando el Papa Urbano V pretendió suavizar la austeridad de su Regla, en puntos tan esenciales como la soledad y la abstinencia, los cartujos enviaron al Santo Padre una comisión para suplicarle que desistiera de semejante intento. Pero ¡qué comisión! La formaban veintiocho religiosos, el más joven de los cuales contaba ya sus ochenta y ocho años...

La vida penitente de estos monjes edifica a las almas sinceramente cristianas, espanta a las tibias o ignorantes y desorienta con frecuencia a los hombres sin fe que no aciertan a comprenderla.

Asombran sus mortificaciones exteriores: los ayunos, la perpetua abstinencia de carnes, la interrupción de su sueño a medianoche, su soledad, su silencio, el rigor de sus disciplinas. Mas hay que advertir que todas estas penitencias, dirigidas con prudencia, no se encaminan a destruir la naturaleza, lo cual sería pecaminoso y hasta absurdo, sino a someter la carne y las pasiones al dominio de la recta razón y del espíritu. Cercenando a su cuerpo todo lo superfluo, sometiéndolo a lo estrictamente indispensable, su espíritu se prepara para ese libre y majestuoso vuelo que se requiere para entrar en las altas regiones de la Contemplación y acercamiento a la Divinidad.

Ojos miopes, muy dados al utilitarismo, se han lamentado a veces, de la inacción de estas inteligencias y encías que, sometidas a la práctica de su Regla, no pueden dedicarse a ningún ministerio exterior: predicación, confesión, enseñanza, etc., considerando esta vida como obra de un estéril egoísmo. ¡Error profundo el de esta visión de la vida contemplativa!

La vida cartujana tiene una importantísima misión que llenar dentro de la vida misma de la Iglesia. Su extraordinario valor ha sido estimado y elogiado por los romanos Pontífices. Estos monjes, encerrados en la soledad de sus celdas, practicando durante toda su existencia la oración y la penitencia, ejercen, dentro de la economía de la Iglesia, un ministerio apostólico, tan útil y necesario por lo menos como el que realizan los religiosos de vida activa.

Si el ministerio exterior de acción que constituye la base y fundamento de la organización de la Iglesia, instrumento ordinario de sus conquistas, opera cerca de los hombres distribuyendo entre ellos las influencias del poder divino,

este otro que pudiéramos llamar ministerio de unción divina de las órdenes contemplativas, en íntima comunicación con Dios, es el que obtiene de su divina Bondad lo que el ministerio activo tiene el encargo de distribuir.

He aquí la misión sublime de estos monjes.

Cargadas de historia, de arte y de nobleza, están estas venerables piedras de Miraflores que evocan un pasado de grandeza y de fe, el más esplendoroso de la Historia de España, pero saturadas sobre todo por el aroma de las virtudes heroicas de tantas generaciones de monjes que aquí maceraron su carne y divinizaron su espíritu, siempre sometidos a una disciplina y a una Regla nunca reformada, porque nunca sufrió deformación. Conocido es el axioma: «Cartusia nunquam reformata...» Hecho quizá único en la historia de las antiguas Ordenes monásticas.

Y ¡qué fuerza de convicción encierra a través de los siglos y ante la conmoción de la guerra más espantosa, por sus medios de destrucción, que ha conocido la historia, el mote del escudo cartujano: «Stat Crux dum volvitur orbis!...».



En estos días de noviembre —avanzada del invierno— Miraflores va cobrando un carácter aún más austero. Los grandes árboles de La Quinta y de la explanada exterior de la Cartuja se desnudan de hojas. Un sol otoñal ilumina

los contornos de la crestería, de las gárgolas y pináculos de la iglesia y pone, aquí y allá, pinceladas ocres y amarillas sobre los musgos viejos y en las hojas que aun permanecen adheridas a las ramas. Un halo gris, que tiende a envolverlo todo, desdibuja en la lejanía el perfil de los montes.

El frío ciñe este paisaje castellano y castiga la tierra, las aguas y la vegetación cubriéndolas de escarchas y de hielos. El día es despejado y, sin embargo, este sol burgalés no pasa de ser una bella ilusión cuyo calor hay que buscar a través de las galerías encristaladas. Porque la temperatura descendió anoche cuatro grados bajo cero y todavía, mediada la mañana, las cisternas aparecen cubiertas de una espesa capa de vidrio.

En el atrio de la entrada forma grupo con sus parientes, que han venido a visitarle, un monje cartujo, joven aun. Por la puerta de la clausura asoma el Hermano Melchor. Siempre fino y sonriente me conduce hacia la celda prioral. Respondiendo a mis preguntas, el anciano me va informando de las novedades de la casa:

—La salud es excelente; el médico no ha pisado estos claustros. El Padre Procurador y el Hermano Bruno, ¿no lo sabe?, han sido trasladados a la casa de «Aula Dei». Sí, sí; así lo han dispuesto los superiores...

Y siento la ausencia de estos dos excelentes religiosos y amigos que, por razón de sus cargos, eran los que más trato mantenían con los visitantes.

El «Procurador» es, en las Cartujas, el encargado de administrar los bienes del Monasterio bajo la dirección inmediata del Prior. Es, al mismo tiempo, el superior inmediato de los Hermanos, a quienes atiende de un modo especial. Sirve la comida en los días que los religiosos comen en el refectorio y tiene la misión de proveerles de todo aquello que la Regla les concede. En unos graciosos papelitos he visto alguna vez sus curiosas peticiones.

Don Miguel ha sido aquí el Procurador modelo. Afable y diligente, ponderado en el juicio, sencillo como un niño y hasta ingenuo al parecer, estaba en todos los detalles. Tenía esa discreta perspicacia que penetra en seguida la condición de las personas: golpe de vista certero e indispensable en quien, por razón del cargo, recibía en la Cartuja tantas visitas y de tan variada condición. Su natural deseo de reintegrarse a la vida de retiro y soledad en la casa de su profesión, después de once años de meritorio servicio, ha sido esta vez estimado por sus superiores.

Ahora que, recluso en la soledad de su celda, no tiene la obligación de tratar con las gentes, me atrevo, sin herir su modestia, a dedicarle este recuerdo cordial.



N Miraflores—que se rige por la hora solar—van a dar las doce. Frente al arco que desemboca en el pequeño claustro, cruza ante nosotros una fila de encapuchados. Visten hábito pardo; alguno que otro, de blanco, deja aso-

mar bajo la capucha unas floridas barbas bíblicas. Son los Hermanos legos. Pasan en silencio, llevando cada uno una tosca caja de madera que contiene su comida; y se pierden en un largo corredor a cuyo lado se abren sus celdas y los obradores donde realizan su trabajo: el lavadero, la sastrería, la carpintería... Les llaman aquí las «obediencias», y ocupan toda esta parte del Monasterio.

Dispensados de algunas partes del oficio, estos Hermanos atienden a las necesidades indispensables de la vida de la Comunidad, verdaderos especialistas algunos de ellos en sus pequeñas industrias. Me consta que lo son en la elaboración de quesos y en el cultivo de la apicultura, que gozaron de antiguo en Miraflores especial y merecida fama.

La Regla cartujana, código minucioso en sus detalles, se ocupa también de estos oficios—«de coquinario et dispensatore, de sutore, de fabro...»—que a la vida de los cenobios cartujanos, alejados por lo general de los núcleos urbanos, resultaba indispensable entonces y siempre conveniente a la economía doméstica y a la soledad y al retiro de su vida. La ganadería y la labranza quedan, en los Estatutos, a la prudente discreción del Procurador.

Padres y Hermanos forman, en realidad, dos comunidades bajo el gobierno de un mismo Prior, en quien reside toda la autoridad y la facultad de elegir y nombrar para todos los cargos y oficios. En el claustro, en la iglesia, en el refectorio, tienen los Hermanos celdas, coro y comedor separados de los Padres. Pero unidos a éstos por el lazo común de los votos y la mutua comunicación de servicios materiales y espirituales, que recíprocamente se prestan mientras viven, tienen al morir los mismos sufragios.

Los Hermanos legos están un año de «postulantes» y otro en el noviciado de «donados», después del cual hacen la promesa que llaman «donación». Por ella se «donan», es decir, se entrega el postulante al servicio de la Orden. Los que aspiran a mayor perfección comienzan cinco años más tarde el noviciado de «conversos», que dura otro año. Sigue la profesión de votos simples, que dura otros tres, al cabo de los cuales hacen su profesión de votos solemnes. Once años de prueba en este género de vida parecen suficiente garantía en la seguridad del paso definitivo que entonces han de dar.

La regla del silencio obliga a los hermanos lo mismo que a los Padres y también las demás observancias, cuya rigidez admite en algunos casos cierta mitigación. Su vigilia nocturna es más corta; los ayunos no tan rigurosos; todo en consideración al trabajo que tienen que soportar. Pero los domingos y días festivos son, en cambio, para ellos, de absoluto retiro y silencio en las respectivas celdas. Es la ley de las compensaciones.

Los «conversos» visten hábito blanco con cogulla más corta y sin banda. Los «donados» lo tienen también blanco para los días festivos; pero el ordinario es de color pardo. Aquellos llevan la cabeza rasurada sin cerquillo y unas barbas que crecen sin limitación. Son los famosos «barbones» de los que hablan las viejas crónicas.

—¡Qué día trae usted!—dice el Prior, paseando de un lado a otro en el «Ave María» de su celda.

—Sí, hace un frío que penetra los huesos.

Me place descubrir en el fondo humano que también en estas almas desprendidas de todo, acrisoladas por la virtud, acusa la reacción de los efectos y sentimientos del corazón. Porque el Prior de Miraflores no puede ocultar su pena por la ausencia del que ha sido hasta ahora su Procurador y su fiel colaborador en el gobierno y la administración del Monasterio.

Hoy me hace el honor de acompañarme en la Hospedería.

El Hermano Luis cumple los buenos oficios que llenaba aquí nuestro Hermano Bruno, con su graciosa seriedad, sus grandes zancadas y sus tropezones con el castellano. El Hermano Luis tiene la sonrisa a flor de labios y una expresión más que inocente, candorosa. No podían haber encontrado para él nombre más propio.

—Aquí tenemos calefacción natural—dice el Padre Prior, con su habitual humor.

El sol, a través del doble vidrio de la ventana, parece como si quisiera entibiar la estancia.

Miro hacia el exterior. El Hermano Jacinto, con sus ochenta años, su calva brillante y sus luengas barbas va y viene acarreado leña. Encorvado más por los años que por el peso de la carga, lleva sobre el hábito de converso un amplio delantal y unos grandes manguitos de mahón azul. Sale de un cobertizo con un cesto grande, repleto, que lleva hasta las dependencias de la cocina: descarga rápidamente y vuelve por otro, y otro, y otro que alguien sin duda carga dentro, porque las idas y venidas se suceden sin darle un punto de reposo.

Me admira la energía del anciano y comento con el Prior el afán que ponen en el trabajo todos estos Hermanos.

—Son admirables—dice—y además angelicales. ¡Oh!, cómo me río y disfruto cuando charlo alguna vez con ellos. Son almas sencillas, verdaderamente infantiles.

—¿A qué se ha dedicado, Hermano, durante los cuarenta años que lleva en la Cartuja?—le preguntaba días atrás a uno de ellos.

—Pues mire, Padre: quince años en la zapatería, diez en la cocina, ocho en la huerta... y otros tantos a remendar cáligas y esarpines.

—¡Anda, anda! Menuda responsabilidad cuando llegue el día de la cuenta y le pregunte el Señor por sus trabajos en el mundo!

Luego, en la celda prioral, nuestra sabrosa plática se ve pronto interrumpida por la campana que llama a Vísperas. Me despido y entro en el coro con los monjes.

La iglesia de Miraflores tiene a esta hora de la tarde una luz clara que arranca reflejos a los oros viejos del retablo y destaca sus fondos azules. La salmodia se inicia con el tono reposado y austero que he oído tantas veces. Terminado el primer salmo, salgo de allí por el Coro de los Hermanos. Aun me vuelvo tras de la reja y me quedo unos momentos contemplando la armoniosa perspectiva de este magnífico templo.

Cuando llego a la puerta de salida, que está entornada, tropiezo con una mujer que, en unión de una joven, escucha desde fuera con atención el canto de las Vísperas. Voy instintivamente a cerrar, cuando la mujer se dirige a mí y con tono de súplica me dice:

—Señor, haga el favor de no cerrar... Tengo ahí un hijo cartujo cuya voz estoy oyendo...

Y lo dice en un tono y con una emoción que no puede menos de impresionarme. Representa unos cincuenta y cinco años. Lleva en la cabeza un paño negro. Viste modestamente al estilo de los labradores acomodados de Castilla. En seguida reconozco en ella a una de las personas que formaban el grupo que hallé a la entrada.

—Ah, ya le conozco—digo.—Es don José María. Suele ser el primero que aparece en la iglesia cuando llama la campana a los actos de Coro. ¿Es hijo único?—pregunto.

—No, señor. Tengo varios. Tengo otro, sacerdote, y otra, novicia en las Carmelitas de aquí, de Burgos, y siete más en casa.

La salmodia de los monjes, remontando la bóveda, llega hasta nosotros como un eco lejano. De pronto se escucha la entonación de una antifona y la mujer exclama:

—¡Mire, ése es! ¡Esa es su voz!... Y el alma se le escapa por los ojos humedecidos.

No sé ni lo que le he dicho, ni cómo me he despedido de ella. Quería decirle algo amable y la voz se me ahogaba en la garganta.

—Como está prohibida la entrada de las mujeres en la iglesia durante el oficio—me explica el Hermano Melchor—nuestro Padre Prior, por una concesión especial en este caso, las ha autorizado a oír desde la puerta.

—¡Ah!, ya...

¡Admirable y doloroso sacrificio el de la vocación religiosa que así une en Cristo y separa en la tierra a los hijos de sus propias madres!



CALZADA DE CALATRAVA

En el histórico Campo de Calatrava, rico en leyendas y en hechos de armas, se encuentra enclavado el pueblo de Calzada. Lejos ya los desórdenes de las guerras civiles—en una de las cuales, 1838, fué incendiada la iglesia parroquial—, Calzada trabaja en paz y armonía, religiosa y disciplinada.



Con la ganadería y la agricultura las principales actividades de Calzada, en progreso constante. Y entre sus labores de artesanía destacan sus encajes.



Un Ayuntamiento responsable y eficaz dirige la vida de este lugar manchego. Lo preside, desde 1940, don Carlos Maldonado Fornier, a quien auxilia como secretario don Francisco Sánchez Leiva. La labor desarrollada por estos dos hombres ejemplares es extraordinaria. Después de un trabajo ingente, han hecho posible saldar los ejercicios municipales con superávit, habiéndose abonado incluso las deudas contraídas por el Municipio durante el triste período de dominación roja.



La estética y decoro del pueblo ha merecido todo el mimo de su Alcalde, y pruebas de ello son la alineación, adoquinado y asfaltado de la mayoría de las calles de este lugar. Trazado regular que armoniza con la blancura de sus edificios. Para el abastecimiento de aguas Calzada se ha sumado al Consorcio de Ciudad Real.



Después de la actuación sectaria de los Ayuntamientos de la República y de los horrores de la persecución durante el período nefasto de dominio rojo, Calzada de Calatrava ha logrado el renacimiento de su tradicional fe católica, que siempre la honró. No ha sido ajeno a ello el Ayuntamiento, que ha apoyado decididamente el

resurgimiento religioso de este pueblo. Y así, las tres Hermandades que existen en Calzada reciben subvención municipal, a fin de llevar a cabo sus funciones con toda dignidad. En la adquisición de imágenes, es un ejemplo, se han invertido más de 225.000 pesetas. Los desfiles procesionales de Semana Santa son protegidos por el Ayuntamiento, que ha ampliado a su cargo—es otro ejemplo— la sección de soldados romanos de 75 a 90. Así se ha conseguido que la celebración de la Semana Santa haya logrado en toda la Mancha renombrada fama, acudiendo numerosos turistas a presenciarla.



Hemos dicho antes que Calzada de Calatrava trabaja, y esto lo hace no sólo en el campo, también tiene un importante desarrollo industrial. Entre las firmas más importantes destaca la razón social "Viuda de Ramón de la Calle". Fundada sólidamente por el señor De la Calle, a fines del pasado siglo, dedica sus actividades a negocios de vinos, aceites y alcoholes, dirigida por el mayor de los hijos. Esta razón social no es, además, una mera empresa comercial, sin más preocupación que lograr los más favorables resultados en sus libros de contabilidad. Por el contrario, una auténtica política social es practicada por ella cerca de sus numerosos empleados, siempre atendidos en sus necesidades.



También es preciso destacar la comodidad y el buen gusto con que está montado el Círculo de Labradores de Calzada de Calatrava. Dotado actualmente de teatro, biblioteca, varios acogedores salones de tertulia, bar americano y repostería, está dirigido por don Agustín González Caballero, y fué fundado en 1920 por don Antonio Molina, don Juan Rodríguez y don Federico Muñoz. Este casino, conseguido por el apoyo privado de un núcleo de personalidades manchegas, es un título de honor para Calzada de Calatrava.

ELECTRONICA IBERICA S. A.

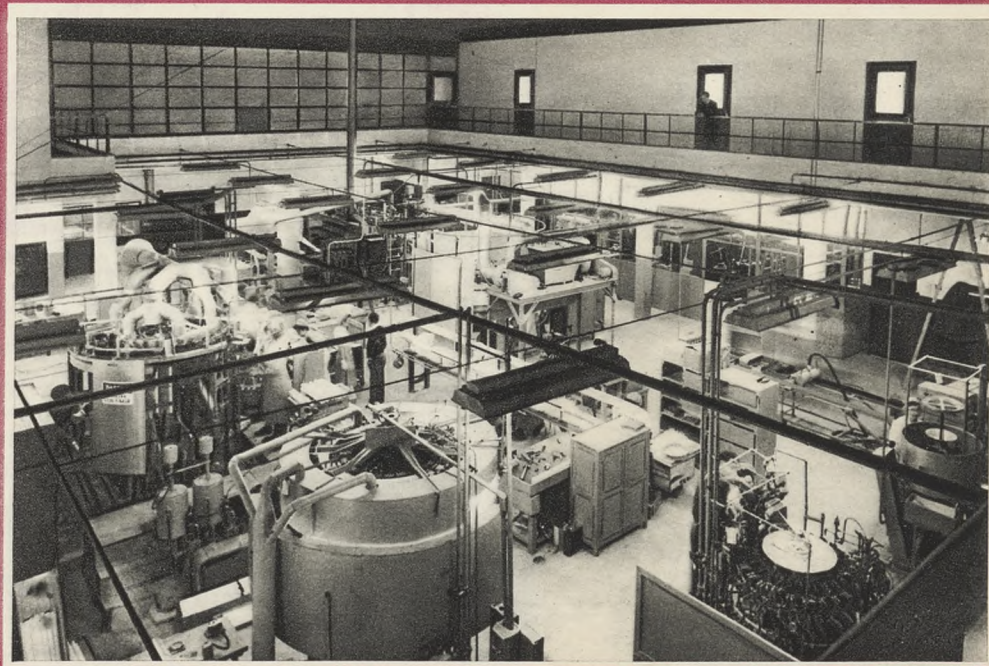


El día 22 del pasado mes de enero fué inaugurada en Madrid una moderna fábrica de lámparas fluorescentes. Su moderna y magnífica maquinaria ha sido importada de los Estados Unidos y construída en las factorías de la Westinghouse. Sólo esto basta para acreditar la importancia de esta industria que ha comenzado su producción con magníficos resultados y suministra sus lámparas, no sólo al abundante mercado de España, sino también al del exterior.

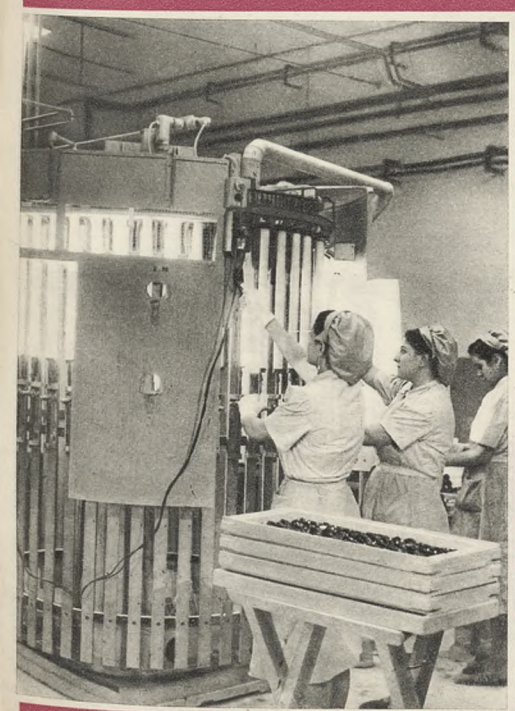
En esta página de *MUNDO HISPÁNICO* se muestra la importancia y el relieve de esta gran industria nacional denominada **ELECTRÓNICA IBÉRICA, S. A.**, que ha venido a liberar a España de ser tributaria del extranjero

en esta clase de alumbrado, pues produce anualmente, en sistema normal de trabajo, cerca de medio millón de lámparas fluorescentes, de todos los vatiajes y en colores idénticos a los que Westinghouse produce en Estados Unidos.

Recogemos aquí tres aspectos de las instalaciones de esta gran industria eléctrica, enclavada en la calle Madriñena de Pradillo, 74 que muestra la magnífica realidad de **EI.IBE**, lograda merced al esfuerzo de un destacado grupo de técnicos españoles en colaboración con la asistencia técnica de Westinghouse. Para todo asunto relacionado con la exportación, diríjase la correspondencia al apartado de correos 1195, Madrid.



**HA SIDO INSTALADA EN MADRID
LA PRIMERA FABRICA EUROPEA
DE LAMPARAS FLUORESCENTES
SISTEMA WESTINGHOUSE**



Ante su propia obra. ¡Qué alegría!

Adquiera pronto una máquina de coser y bordar,

ALFA

EIBAR (ESPAÑA)



ESTE AVION LE ESPERA CADA MARTES Y SABADO

para llevarle a

Río de Janeiro Montevideo Buenos Aires Santiago

32 años de experiencias han formado nuestra norma de atender a su seguridad, dotándole de 4 motores MERLIN; al ahorro de su tiempo, con aviones modernos, y a su «comfort», con el acondicionamiento de aire para que pueda sobrepasar los temporales. Pero, ante todo, a la constante resolución de las preocupaciones de cada pasajero que ha de viajar por aire.

PRECIOS desde MADRID

Río de Janeiro	Ptas.	8.385
Montevideo	»	9.860
Buenos Aires	»	10.005
Santiago de Chile	»	11.955

También servicios regulares para La Habana, Miami, Islas Caribe

Reserva de Billetes en las principales Agencias de Viajes (sin recargo) o en las oficinas de Líneas Aéreas Británicas. Madrid, Avenida José Antonio 68, teléfono 2110 60; Barcelona, Av. J. Antonio, 613 tel. 22 91 47

con los "Argonaut" Speedbird

B. O. A. C. ASEGURA SU BIENESTAR

VUELE POR **B.O.A.C.**



LÍNEAS AÉREAS BRITÁNICAS